

TRATADO DEL AMOR URGENTE

Daniel Fermani

Malferida iba la garza

enamorada;

sola va, y gritos daba.

TRATADO DEL AMOR URGENTE

*Cartas a un amor imposible y Breve tratado sobre asuntos
humanos*

PRIMERA CARTA

Querido amor mío: Interrumpo este desordenado latir de mi cotidianeidad para hablarte, para dirigirte palabras que quedarán escritas, y que tal vez leas, y que muy probablemente, si la desmesurada lógica que rige todas las cosas en este mundo impone también sobre mi existencia sus leyes, durarán más que yo mismo.

Sé demasiado bien que las palabras son mentiras, porque nunca –si existe el nunca- podrán decir lo que yo quisiera decir. Pero me resigno, pues yo mismo no sabría decir lo que quisiera decir. Y las palabras, mi bien, son el único instrumento que siempre ha estado en mis manos, a pesar de su ambigüedad y de su mutilada capacidad de significar algo. Ay, y ese algo que significan es tan poco, tan pobre, tan caótico, o mejor debería decir, tan poco caótico en su limitadísima mezquindad. Porque las palabras se terminan. Llega un lugar en donde se terminan. Necesitan aire para volar de una boca a un oído, y necesitan fronteras inamovibles para conformarse y mantener el propio equilibrio. ¿Te imaginás si las palabras pudieran decir todo? ¿Si nuestro pensamiento cupiera en las sílabas, en las palabras, en

las oraciones y los párrafos? Pero ves, ya estoy delirando nuevamente, vos siempre tuviste razón. No son las palabras las que nos limitan. Es nuestra triste imaginación el hacha que mutila. Y sin embargo te escribo, te escribo sabiendo que las palabras nos han separado, uso el mismo instrumento que diseccionó nuestro amor, para comunicarme con vos. Qué pretencioso soy, y seguirías teniendo razón sobre mí. Pero ahora ya no me podés ver, ni escuchar, y ni siquiera sé si leerás estas palabras. Palabras escritas son, y no nunca pronunciadas. Por eso escribo, escribo en la mente y en este papel. Y comparo las palabras de mi mente con las que se dibujan con pereza sobre la hoja en blanco. No, no son las mismas. Las palabras de mi mente gritan, aúllan, sangran lágrimas amargas de las que las palabras escritas no saben nada, allí enhiestas como espadas de utilería, vanamente afiladas para una representación de teatro.

Ya sé, quizás te aburro, siempre lo he hecho, ¿no es cierto? Pero qué importa, no veo ni veré tu aburrimento, y quizá ni siquiera estas palabras, convertidas por destino o rigor en el espejo de tus pupilas durante el inconmensurable segundo en que poses la mirada sobre estas líneas, tampoco verían tu expresión hastiada, tu profunda desidia en el tratar de comprenderme. Qué ilusos somos los seres humanos, que pretendemos comprender y ser comprendidos. Nos comprende un perro, que a nuestros pies espera la caricia, la orden o el puntapié con la misma infame sumisión; nos comprende un gato, que desconfiado se apoltrona sobre nuestra falda instantáneamente dispuesto a saltar lejos al menor temblor de nuestro cuerpo. Nos comprende el geranio al que damos agua cada día y que añora esa mano bienhechora que lo mantiene en el mundo. Pero otro ser humano, ¿comprendernos? Cómo se puede comprender a otro desde esta patética torre de carne llena de necesidades que únicamente se preocupa por los momentos de ingesta y de evacuación, y que transita por el mundo de la existencia con la necia convicción de que algo la espera, algo extraordinario de lo cual tampoco sabe absolutamente nada, como no sabe el plazo de su propia vida, ni el significado de los sueños que la atormentan.

¿No es absurdo todo esto? Escribo palabras mientras trato de destruir las palabras, sabiendo que no las vas a leer, y entonces estas mismas palabras se detienen en el tiempo, se petrifican, se deshacen y dejan sus esqueletos de coral apoyados en esta

página, arqueología de pensamientos perdidos para siempre. Porque no pienso, no pienso más, y en eso también tenías razón. Pensaba demasiado, y como todo lo excesivo en la humana existencia, mi afán era trágicamente inútil.

Termino esta primera carta, debo proseguir la redacción de mi Tratado. No sé cuánto tiempo me queda, ni sé cuánto tiempo le queda a ninguna de las cosas del mundo. Pero el mundo está en mí y fuera de mí. Y lo que está en mí parpadea como si estuviera por extinguirse.

Hasta pronto amor mío.

SEGUNDA CARTA

Me ha sucedido una cosa extraordinaria. Y con extraordinaria quiero decir que vino de otra dimensión, de otro mundo quizás. De alguno de los otros mundos de mi mente.

Yo estaba sentado tratando de escribirte, ésta, mi segunda carta, cuando una sombra pasó detrás de mí. Una sombra liviana y veloz, como todas las sombras. Me levanté de mi silla y me dirigí a la puerta. A mis espaldas la realidad vibró y se onduló como si imprevistamente se hubiera sumergido en un océano profundo y denso. Me asomé fuera de mi estudio. El pasillo que se dirige a mi habitación era largo y penumbroso. Y allí estaba. Estaba la sombra, sí, la sombra que había pasado ante mi puerta, a mis espaldas, mientras yo te escribía. Y era una sombra magnífica, porque todo en ella se movía, trepidaba como un universo en construcción. Eran miles, millones, miríadas de palabras que bullían, temblaban, se agitaban armoniosamente en la forma humana de esa sombra. Porque era humana, sí, era muy humana. La sombra tenía tu forma, tenía tu contorno tan amado, tus piernas y tu pecho.

Fue entonces que me puse a llorar. No pude contener un estertor de llanto que me sacudió tan ferozmente que tuve que inclinar la cabeza para tapar la cara con mis manos abiertas y sostener esas lágrimas que brotaban de todo mi ser, pero se derramaban por los ojos como lo haría un río a través de compuertas rotas, y transformaban mis mejillas en un cauce, en el lecho de ese nuevo caudal salado que todo lo arrasaba. No sé si los segundos fueron siglos, o si estuve mucho tiempo

tratando de respirar a través de las manos que dejaban escapar el río de mis lágrimas. Pero cuando levanté la cabeza y a través de los ojos aún nublados y lavados interminablemente por el llanto, volví a mirar el fondo del pasillo, la sombra, tu sombra hecha de palabras, había desaparecido.

Y quise convertirme también yo en una sombra, volar por el mundo sereno y libre. Pero en mí las palabras son cadenas pesadísimas que me atan y me hunden en esta tierra, la tierra de los pobres seres que se llaman hombres.

LAS PALABRAS

Se trata de diseccionar el sentimiento. Colocararlo sobre la mesa de acero de la razón y separar cuidadosamente parte tras parte. Habrá azul, violeta, amarillo. No importa el orden, o quizás sí. Es necesario que no se mezclen los colores, tarea bastante compleja si se tiene en cuenta que el poder del sentimiento radica en la mezcla, en el catastrófico desorden cuyo resultado tiende a ser imprevisible, ardiente, infeliz, letal. No, ese cadáver peligroso debe ser mantenido bajo la tutela de la mutilación, porque una fuerza que no es de este mundo, una fuerza poderosa y malvada tenderá a reunir los fragmentos, como una criatura frankensteniana apresurada por llegar a la vida desde los recónditos intersticios donde cada una de sus partes había encontrado la muerte. Esa fuerza ha de ser conjurada sin palabras, porque todo lo dicho se da vuelta y dice otra cosa; cada palabra es una caja de doble fondo. Debajo hay otra cosa, y esa cosa puede ser lo contrario.

Y lo contrario, es la perdición.

Por eso hay que evitar las palabras. Hay que evitarlas cuando se está feliz, porque la felicidad es el instante más fugaz del universo, y sólo tiene un sinónimo que empieza con la misma letra: falacia. Y hay que evitar las palabras cuando se está triste, porque en esos momentos –por cierto indescriptiblemente más largos y duraderos que los de la felicidad- se ve todo transformado en una masa blanda y repugnante, llena de nubes y atardeceres pintados. Y hay que evitar las palabras cuando se está aburrido, porque son sólo sinónimos de la nada. Y hay que

evitar las palabras cuando se está durmiendo, porque borran el inconsciente.

Hay que evitar las palabras.

TERCERA CARTA

¿Te acordás de cuándo éramos viejos? Hace tiempo de esto, o no, no lo sé, creo que el tiempo no existe. Éramos muy viejos y nos costaba caminar. Pero caminábamos juntos. Íbamos por las callecitas del cementerio, bajo las sombras puntiagudas de los frescos cipreses; nos dirigíamos a elegir los modelos de tumbas que nos gustarían para nosotros mismos. Había algo de ternura en este caminar del brazo, temblando de temblores de desequilibrio. Éramos viejos, sí, y muy unidos. Más unidos que nunca, más unidos que ahora, que ya no estamos unidos, que no nos vemos, que estas palabras que escribo para vos solamente definen la distancia que ya nunca vamos poder atravesar, para acercarnos, para volver a estar juntos, para ser como éramos.

¡Ah, palabras, sólo palabras tengo para estar con vos! Y uso el mismo puñal que nos ha cercenado uno de otro para amarte. ¿Te das cuenta? ¿Te acordás de cuando nos reíamos y nos teníamos que sentar en esos banquitos del cementerio, porque éramos muy viejos, viejitos, y no nos daban las piernas para seguir caminando, para seguir mirando tumbas y para reírnos de las lápidas carcomidas por el tiempo? El mismo tiempo que vuelve, y regresa, y se retuerce, y nos distancia, y nos ha devuelto la juventud y ya nos la quita, pero jamás nos vuelve a juntar. A vos, mi amor, mi vida, y a mí, pobre infeliz que sigo tratando de descifrar el enigma que nos ha separado.

¿Acaso recordás de qué nos reíamos en nuestros paseos por el cementerio? Nos reíamos de las inscripciones en las lápidas, esas frases suntuosas y grandilocuentes que no dejaban de contener un “nunca te olvidaremos”, y agonizaban arrasadas de abandono. Qué pretensión la vida humana, durar más que el mármol mismo de una lápida. Y después nos quedábamos callados, tratando de no mirarnos en los espejos de esas mismas lápidas, convertidas en anuncios de nuestra propia historia, la de los dos, la historia que proclamaba eternidad y estaba tan sujeta al olvido como todas las cosas y los seres que pueblan el

mundo, como todo lo que debe obedecer a las leyes inmutables de la existencia, separación, desgaste, memoria y desmemoria, decadencia, dolor y pérdida. Sí, nos reíamos porque para nosotros el cementerio era absurdo, absurdo y pretencioso, y a su vez era un amargo y vano gesto de desesperanza. Porque la esperanza no es sino desesperanza, de otro modo no tendría razón de existir.

EL TIEMPO

El tiempo no existe.

Existe una sensación de tiempo, o mejor sería decir: una sensación a la que denominamos tiempo. Un pasar indefinible que transita por dentro y deja huellas por fuera. Pero son huellas sólo reconocibles al protagonista de este proceso. Sus descendientes, las demás personas, no percibirán estas huellas porque el mundo para ellos será otra cosa; para los demás será una cosa diferente, una materia única y personalizada en la que cada uno percibirá los signos de una hecatombe personal, que no es la hecatombe del otro. Y allí radica el trágico engaño del tiempo.

El concepto del tiempo es una construcción psíquica tan inexistente como el contenido de las religiones, y como ellas destinada a paliar con una explicación aparentemente racional, la decadencia y la muerte. Los ciclos de la naturaleza son parte del movimiento de la Tierra y del Sol, y de la galaxia y del universo.

Tratar de medir con el tiempo inventado por los humanos la metamorfosis de una planta es absolutamente inútil y catastróficamente equivocado, tanto como calcular en años la duración de una vida humana. El crecimiento, la maduración, la vejez y la muerte en un ser humano son profundamente semejantes a los de todo integrante del universo, piedra, planta o animal, porque su proceso es el mismo, y la variación en el proceso radica solamente en el material de que cada elemento está constituido.

Naturalmente se tiene una sensación de tiempo durante este proceso, pero esa sensación podría medirse igualmente con la sucesión de estados de ánimo en la persona, o de la oscuridad y

la luz en el cielo. El tiempo tal como lo imaginamos no cambia nada. La psiquis humana madura –en el mejor de los casos- y concibe las cosas de manera diferente de acuerdo con esta maduración, debida a su crecimiento y al desarrollo natural que le otorgan las experiencias y la cultura. Ese crecimiento se atribuye al tiempo, y es sólo la consecuencia del proceso biológico, sumado a la complejidad creciente de las situaciones que el individuo debe enfrentar y resolver, y de la información que va acumulando.

El tiempo no existe.

Contemplo desde mi ventana la flor que esta mañana se abría fresca y a la que acudían los colibríes enamorados, bordando una ronda de alas en el aire inmóvil de su perfume; y esta tarde la veo marchitarse inexorablemente, resecos los pétalos como pergaminos, perdido el color y el aroma, doblándose sobre el tallo debilitado como un ánfora a punto de derramar el néctar ya ácido de su inminente muerte. ¿No es éste un sentimiento, y no la quimera del tiempo, que no existe?

CUARTA CARTA

Mi buen amor: estuve hablándote de las palabras. Gasté innumerables palabras para intentar destruir el poder de las palabras. Te dije que las palabras no significan lo que debieran significar, y que abren puertas ignotas e indeseadas hacia otras zonas, jardines oscuros llenos de amenazas. En cambio no alcanzaban a decir lo otro, aquello para lo cual fueron creadas, su uso verdadero. ¿Pero cuál es la verdad de las palabras? Tal vez sea su forma, esta inexplicable unión de vocales y consonantes, el error. Porque, amor mío, he descubierto que existe una única llave que abre, desarma y resignifica este engaño de la palabra. ¿Digo resignifica y creo que con ello estoy destruyendo, creando, inventando algo que la palabra subyacente no haya previsto? He descubierto que las palabras tienden a acercarse unas a otras, a apoyarse entre ellas, a buscar las rígidas ortopedias de los signos de puntuación para reforzarse, para recobrar sonoridad y veneno. Sí, las palabras se necesitan, se conjugan, se completan unas con las otras, y de este modo erigen este engaño denominado realidad, que está muy lejos de nuestro espíritu y sus verdades sin lenguaje. Por

eso estoy ideando un instrumento de tortura, una máquina atomizadora, un agujero negro que desbarate la conjura de las palabras. Está construido con la misma esencia de las palabras, como un suero antiofídico se destila de la propia ponzoña de la serpiente. Este instrumento se llama *yuxtaposición*, o sea el principio constructivo de las palabras, las frases, los párrafos, el universo. En un sistema de poco más de veinte signos, la yuxtaposición alcanza el infinito. Pero yo la voy a usar de manera diferente, voy a subvertir la tendencia lógica que acerca signos y palabras y les da sonido y significado. Voy a erigir una barrera que impida la resignificación, porque mi uso de la yuxtaposición interrumpirá el discurso lógico (¿digo lógico? ¿quiero decir lógico?), y por lo tanto no permitirá que las palabras aúnen sus fuerzas para lanzársenos encima con su arsenal de espurios significados y sus implicancias lacerantes. Voy a someter mi escritura, estas páginas que a vos están dedicadas –y no digo destinadas, porque es muy difícil que un día, una noche o un año cualquiera las leas, vos que has muerto-, digo que voy a someterlas al cepo de la yuxtaposición.

Mueran las imágenes sensoriales, mueran para siempre las metáforas, asesinas de la libertad; condenen la metonimia a la celda invisible de la inexistencia.

YUXTAPOSICIÓN

La yuxtaposición es un intento humano por destruir la maldad de las palabras.

La yuxtaposición es un dique que impide el normal (¿normal?) fluir del discurso lógico. Y ese dique crea una nueva realidad, pegada inmediatamente a la anterior, pero absolutamente diferente, en tamaño, en volumen, en peso, en dimensión, en textura... pero hecha al fin de la misma materia.

La yuxtaposición es una tentativa de recobrar la cordura a través de la locura. ¿La repetición conforma un destino? Entonces quizás la yuxtaposición sea el camino hacia ese destino. Cortar, mutilar, cercenar, no permitir la entrada de una coma, la presencia de un punto y coma, la innegable autoridad de un punto. Yuxtaponer, y esperar a ver qué sucede. Y cerrar

los ojos para encontrar la ruptura, el quiebre, la derrota de la idea. La idea que sostiene las palabras desde su alma misma, la esencia que las mueve. Esa idea perece con la yuxtaposición. Se abre una puerta hacia lo desconocido, y lo desconocido debe ser un reino donde no gobiernan las palabras. Un reino absurdo tal vez, penumbroso como el inconsciente, simbólico, no sé. Nuevo. Un reino que haya derrotado todas las tiranías y proclame otro tipo de libertad, la salida, por fin la salida.

No, no creo en las palabras y en su cadena de acero, por eso las condeno a la yuxtaposición. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Qué les va a suceder si a la frase “*te extraño tanto que....*” yuxtapongo “*pino*”? No tienen respuesta, no la van a tener, y yo voy a reírme, voy a reírme hasta destrozarme las mandíbulas. Al fin voy a reírme de las palabras. Y voy a llorar, porque siempre será tarde para recuperar a mi amor. Porque voy a yuxtaponer amor con odio, sexo con olvido, tiempo con recuerdo. No. ¿No ves que ya me están engañando? ¿Que ya las palabras tratan de unirse nuevamente? Tiempo y recuerdo. No, no, tengo que empezar de nuevo.

QUINTA CARTA

Visité tu tumba. Es un cenotafio, me dijo una voz silente a mis espaldas. Una voz silenciosa, qué extraño. Pero cuando me di vuelta no había nadie. Esa voz surgía de mí mismo. No era tu fantasma, ni tu recuerdo. Era yo. Sí, una tumba vacía. ¿No es ilógico? Todas las tumbas están vacías. Porque si estuvieras en esa tumba yo la hubiera abierto con mis manos, hubiera excavado con mis dientes para sacarte de la oscuridad. Pero nadie está en una tumba. Las tumbas son para los vivos. Las tumbas son el pilar material en que se apoya el dolor, porque el dolor necesita dónde apoyarse y darse nombre. Vos no estabas en esa tumba y yo sabía que no estabas en esa tumba, y la voz me decía lo que yo ya sabía, porque aunque hubieras estado en esa tumba no habrías estado en esa tumba.

¡Ay! Las palabras se confabulan para nublar mi pensamiento y tratan de alejarme de vos. Perdoname, perdoname, siempre tuviste razón, estoy aprisionado, estoy torturado por las palabras. Vos no has muerto. Nunca has muerto y estás siempre junto a mí, invisible. Te creo yo, con las mismas palabras que

te quitaron de mi lado. Uso el veneno que te ha matado para alimentarme.

No es monstruoso, no. Es la existencia.

SEXTA CARTA

Te vi en el jardín. Yo estaba en el estudio. Sentado frente a la ventana semicircular. Romero. A mi izquierda la vieja ventana de hierro se abría al pórtico y al jardín, como siempre. Licuaba el sol un líquido maligno sobre los árboles y los arbustos, crepitaba el pasto. Romero. Yo escribía. Escribía como lo hago cada día. Escribía para escapar del ojo candente del sol y de todas las cosas que se metamorfoseaban bajo su pupila de fuego. Romero. Escribía y sentía un ardor en la palma de las manos, en los pies; navegaba mi cabeza libre de ataduras por el vidrio impenetrable de esa luz. Te escribía. Romero. Te vi. No te miraba, pero te vi. Tu cuerpo se había vuelto cobrizo bajo el resplandor del aire ardiente. No mirabas hacia ningún lugar, hacia ningún lugar en donde pudieras encontrarme. Te veía en el esplendor de tu adolescencia, transpirando deseo sobre el pasto brillante. Romero. Y vos sin boca para hablar. Y yo sin voz para llamarte. Fuerzas descomunales me ataban invisibles a la silla de mi escritorio y mi cuerpo que te deseaba obligado a la inmovilidad. Romero. Ah, qué flujos circulaban adentro de la piel que me encarceló, qué poderes instintivos daban golpes mortales a las rejas enmudecidas de mi esqueleto; qué sangre se agolpaba inconsciente y animal entre mis piernas. Y vos, romero. Y vos con tu cuerpo todavía nuevo, disfrutabas de de la luz enceguecida y tal vez sonreías, sonreías sin verme, con esa sonrisa que aún no conoce la amargura. Sonreías y ofrendabas tu cuerpo ya cobre, ya petróleo, ya obsidiana. Tu cuerpo que no era mío, era más tuyo que nunca a través de la ventana infranqueable, yo atado a mí mismo, a mi deseo imposible, y vos vos, nada más que vos. Qué fuimos entonces, romero. Romero que perfumaste el jardín con la brevedad de un día, de un año, de un instante en que el sol restalló en tu cabello oscurecido por el resplandor ardiente. Fui mi esclavo ante tu belleza, porque tu cercanía me esclavizó. Fui tu belleza, porque tu belleza estaba en mis ojos, en mi corazón, en mi sexo. Tu

belleza que existía sólo para mí. Nada podía ofrecer al mundo ni a ese minuto petrificado para liberarme. Porque la belleza ata, somete, tiraniza, y no da nada a cambio. Y a cambio yo no hubiera sabido qué pedir a tu belleza. De ese instante, el instante que ya había pasado y en el jardín fatigado por el sol el arbusto exhalaba su espíritu agrídulce de antigua memoria. Allí mecido por la mano piadosa de una brisa fugaz, allí con sus ramas erguidas, flexibles, llenas de verde y de insensibilidad. Y vos no estabas. Romero.

RECONSIDERACIONES Y ADVERTENCIAS SOBRE LA YUXTAPOSICIÓN

Es necesario, o sería más apropiado decir, es indispensable, advertir sobre los inmensos peligros de la yuxtaposición. Porque el corte en el hilo lógico del discurso y la eliminación, por lo tanto, de cualquier recurso estilístico que reforzase o ampliase de manera monstruosa el significado de las palabras y sus reverberancias en el mundo del inconsciente, fracasó totalmente. Tengo que admitir que este recurso se ha revelado un nuevo brazo armado del poderío de la palabra, y en lugar de destruir o al menos limitar radicalmente su fuerza avasalladora, ha abierto una puerta a dimensiones ignotas que se extienden entre significante y significado, generando un agujero negro, una singularidad cuyas consecuencias temo y cuyos alcances no soy capaz de prever.

Sí, la yuxtaposición es una trampa.

En lugar de dar el poder a la persona, otorga a las palabras la clave del inconsciente de quien está escribiendo, y utiliza contra él esas armas secretas que nadie domina, y cuyos efectos son tan letales como los sueños. Porque al usar la yuxtaposición, contrariamente a lo que mi teoría había previsto, las palabras se liberan de toda atadura que las vinculase a un dominio de la razón, y desencadenadas del hilo del pensamiento lógico, desembarazadas de tener que metafORIZAR, comparar, simbolizar, se aventuran a horizontes inalcanzables por la voluntad humana, y desde allá se ríen, sonora carcajada

que es el derrumbe apocalíptico de las murallas de nuestra cordura.

Sí, la yuxtaposición es la clave de la locura.

No quise nombrar a una persona amada, o a la visión o espejismo de una persona amada con el sustantivo romero. Pero escribí esta palabra sola, yuxtapuesta, aislada por los puntos. Y paulatinamente este núcleo radioactivo comenzó a emanar su fuerza invisible. Todo el texto empezó a teñirse de esta absurda expectativa. Que cada vez era menos absurda, porque poco a poco, frase tras frase, esa palabra yuxtapuesta repetida contaminaba con sus reverberancias todo el discurso, el relato de tu perfecta imagen en el jardín, y todo se perfumaba de romero, de romero y su resonancia, su lugar de palabra cada vez más importante, concreta, sonora, presente, esperada. Y al llegar al final, ese delirio ya me había poseído, me había traspasado de tal manera que no eras vos, no, no era tu imagen bajo el sol meridiano del jardín, era esa palabra, que recuperaba brutalmente su forma y con ella su significado vegetal, mitológico, eterno. Romero. Romero Romero

SÉPTIMA CARTA

He soñado con vos, amor mío.

Nada hay más desgarrador que los sueños.

Mutilan, laceran, hieren profundamente, porque no tiene en ellos un lugar la piadosa razón para abrirse camino, no hay pensamiento que detenga la cuchilla cortante de sus metáforas, de sus símbolos de hielo. Soñé con vos y reías, te reías con una risa muda y feliz, tan feliz que a mí me llegaba sarcástica al corazón, y lo despedazaba de a poco, humanamente, como un niño despedaza una naranja para devorarla en un día tórrido de verano, ya agua la boca, ya agua la naranja, ya agua de oro, ya oro. Pero vos te reías porque el amor te llevaba a otra parte, a una parte para la cual ya tenías a tu lado una valija, una valija pequeña, marrón, de cuero, como aquellas valijas antiguas de las fotos en sepia. Y te reías con toda la boca y toda la cara, y todo el pecho y quizás el vientre también te reía. Y me

mostrabas las fotos de tu felicidad, fotos en que aparecías en tu desnudez magnífica, la piel coloreada por un sol que desconozco, y que eran los primeros testimonios de tu vida lejos de mí, de tu vida que ya no me pertenecía, que se acunaba junto a otro cuerpo, a otro corazón, a otra voz, a otro sexo. Y yo me apartaba para llorar, primero por dentro y después por fuera, porque no podía soportar tanta tristeza. Esa tristeza de los sueños, que te aplasta y te devora todavía vivo y respirante, te engulle a dentelladas, sin piedad, y no te permite despertarte, porque si en ese momento despertaras el corazón se detendría, incapaz de soportar el peso del dolor. Y aún veo tu risa. Y la seguía viendo en las paredes de mi habitación cuando al fin me desperté, volví al infierno de tu ausencia y salí del infierno de tu presencia. Tu presencia que era humo, niebla, nada. Que era mi inconsciente diciéndome, gritándome. ¡mirá! ¡mirá, pedazo de infeliz, en qué ha quedado tu amor!

Soñé con vos pero soñé conmigo. Porque siempre se sueña con uno mismo. Es la mente en sus meandros libres de los signos de puntuación que le impone la vigilia. O qué digo. Tal vez allí también funcione la yuxtaposición. Tal vez allí también la palabra haya echado raíces poderosas y desmesuradas y libere significados desconocidos al día y a su luz engeguecedora. Allí, en ese reino de lo que es posible porque es imposible, vos te reías. Yo me reía. Pero yo me reía de infelicidad, de desconsuelo, de desencanto. Y ponía en tu bellissimo rostro, en tu cara tantas veces besada, tantas veces acariciada, tantas veces mirada con arrobó, ponía esa risa que se reía de mí, de mi incapacidad, de mi poquedad, y volvía a tu risa sardónica, humillante, como vuelve un mendigo a tender la mano sucia hacia una vida que nunca será su vida.

Sin embargo, no fue tu risa la que me devolvió al mundo percedero de la vigilia, a mi habitación y a sus paredes blancas, y a su ventana siempre cerrada. Fue un agudo dolor en el pecho, allí donde los seres humanos esconden lo que en anatomía se llama corazón, y que es un músculo sensible, un músculo repetitivo que tiende a cometer siempre los mismos errores, hasta que un día se equivoca de paso, como un bailarín cansado, que ha envejecido prematuramente sobre escenarios anónimos, y al fin se cae, se cae lleno de vergüenza ante un público mudo y despreciativo, se cae y le da tanta pena levantarse, tanta tristeza, que el desconsuelo lo gana, y permanece tirado sobre las tablas del escenario. El escenario

que fue su reino y su gloria, allí donde fue feliz. Nunca hay que regresar a los sitios donde nos visitó la felicidad.

Las manchas de sangre en la pared quedaron. No sé si fue el estallido de mi corazón, o mi cabeza que insistió en golpearse, golpearse tremenda y repetidamente contra la pared para no escuchar tu risa.

Tu risa feliz.

LOS SUEÑOS

La inestabilidad del mundo onírico es solamente una apariencia, no más frágil ni inconsistente que esa otra apariencia a la que llamamos realidad. El mundo onírico se rige por la yuxtaposición, es la síntesis maravillosa y perfecta de este recurso del lenguaje que ha logrado en esa dimensión su expresión más acabada. Porque cada noche agrega un aspecto nuevo, aparentemente desconectado de las imágenes del otro sueño, el anterior, el de la noche precedente o el de otras noches atrás. Y esa desconexión es la que esconde las profundas significancias, las íntimas raíces que revelan. ¿Nos es acaso un desastroso sinsentido que cada mañana el paisaje que vemos desde nuestra ventana sea el mismo? ¿No es ese fenómeno una monstruosidad que nos debería helar de terror, hacernos correr hacia el primer precipicio para arrojarnos en él con los ojos cerrados? ¿No es acaso demencial que cada día volvamos a encontrar a las mismas personas, y que éstas nos saluden, y que reanudemos conversaciones que de todos modos nos llevarán siempre de retorno a un punto inicial que no es más que el núcleo de esa pesadilla que insistimos en llamar realidad?

Los sueños se constituyen entonces como el único camino de iniciación, la síntesis perfecta de pensamiento y emociones, el ámbito puro en el que se realiza la libertad, la limitadísima libertad de la humana existencia. Sin embargo, es justamente allí, en esa dimensión onírica donde el hombre y la mujer superan la terrible barrera del espejo. Allí el espejo es un ojo que nos mira desde afuera y nos devuelve otra imagen, lo que fuimos, lo que queremos ser, lo que no somos y por lo tanto somos. El sueño es la mente liberada de la materia, el

pensamiento en armonía con la intuición y los sentimientos, al borde del infinito. Los sueños son la entrada al universo.

Nada hay más perecedero que la llamada realidad, y sin embargo nos parece tan concreta, tan absurdamente duradera. Qué sensación de desamparo nos produce ver que la casa de nuestra infancia ha sido demolida. Y sin embargo alabamos esa capacidad del ser humano de construir, construir permanentemente cosas, como si esas cosas fueran a durar más que el mismo material de los sueños, un material que conoce la eternidad, porque material no es, sino esencia. Los grandes edificios y las moles de acero, las avenidas, los puentes, las estatuas de bronce, el mármol de las columnas, materia, materia pesada y muerta que entorpece la vida. Todo destinado a la nada, y sin embargo erigido con la idea de la durabilidad. Y qué significa toda esa materia inerte, sino el ansia de anclar en una dimensión que detenga el vértigo, que ponga una mano piadosa en la garganta que siempre quiere devolver lo que ha tragado. Parar la náusea que provoca la existencia. En cambio los sueños son de otra especie, allí paisajes y estructuras mutan incansablemente, están hechos del mismo material del alma, por lo tanto son el ámbito ideal para el hombre y la mujer. Allí juventud y vejez se alternan, cambian de rostro y anatomía, adecuan constantemente su espíritu y su apariencia a las necesidades del inconsciente, el verdadero magma de la creación, la esencia de la que está hecho todo el cosmos y que se metamorfosea de manera incansable para repetir una y otra vez los principios fundamentales, los paradigmas que no queremos ver en el otro mundo, éste de la vigilia. Allí en cambio, en esa otra dimensión, la onírica, se mueven y habitan las verdades, que no son verdades humanas, son universales, y por lo tanto son profundamente humanas, porque vinculan directamente al ser humano con el resto del todo. Separados estamos en el mundo por paredes de cemento, ropas, autos, materia, materia que nosotros mismos hemos fabricado. La necesidad de concreción, el ansia de los límites, el terror del vacío y la supuesta disgregación que conlleva. No, el vacío no es ese temor, el vacío es la materia, la vigilia que nos impone un mundo duro, fatigoso, lleno de límites, fronteras, palabras desnaturalizadas. Donde para moverse hay que pagar, hay que explicar, hay que tener. El *verdadero* vacío no es la angustia, sino que consiste en la libertad, en el despojo de todo y en esa nada poblada de imágenes cambiantes que proponen los sueños. Es en esa dimensión, en ese plano al que accedemos

sólo pocas horas -si es lícito medir con el tiempo de los relojes nuestra permanencia en una dimensión en la cual los relojes no existen- es allí donde el hombre y la mujer son libres, sujetos a la dicha y a la amargura, una seguida de la otra y a veces mezcladas y ya es el placer más inmenso cuanto el vértigo más desolador. La vida. Para qué otra cosa habría aparecido el ser humano en el universo sino para disfrutar de esa libertad. Allí, en ese ámbito maleable y proteico, se derrumban todas las categorías, se desacralizan los mitos de la sociedad concreta, la de la vigilia; allí lo santo y lo natural no son categorías del espíritu ni de la sociedad, sino colores, situaciones cambiantes ya gozosas, ya ondulantes y absurdas. En el mundo de los sueños no existe la necesidad de pagar para atravesar fronteras, ni existen las prohibiciones. Pero cuidado, la vigilia acecha, y muy a menudo arranca al hombre y a la mujer libres, de su condición natural para arrojarlos brutalmente en el infierno denominado realidad, y les hace creer que aquello era una fantasía.

Afortunadamente todo termina.

OCTAVA CARTA

Te esperé en la estación, como me habías pedido. Te esperé sentado en uno de los horribles bancos, sucios como todo lo que hay en las estaciones, lacerado de soportar miles de cuerpos que también esperaban. Porque no existe peor herida que la espera. Porque siempre es inútil, trágica, absurda. Se basa en lo que nos llega de afuera, y no nos deja comprender que nada, nada nos llegará desde afuera porque todo debe llegar desde adentro, desde nosotros mismos para nosotros mismos, y si somos lo suficientemente generosos, desde nosotros para otro, para otros, para el mundo.

Pero yo te esperaba. En el micro de las seis. ¿Nos es una buena hora para llegar? El sol comienza a debilitarse y la gente se apresura para llegar a donde no hay nadie, ni la necesitan, pero la mueve esa premura de sentirse indispensable. Y yo sentado en uno de esos bancos sucios, casi sin apoyarme y apoyada el alma en tu recuerdo. Y en mi imaginación te veía bajar del

ómnibus, brillante y derramando magnificencia, la magnificencia de tu hermosura que tal vez sólo yo vea, y que es mejor que sólo yo vea, para no poner en marcha el enfermo mecanismo de los celos. Te veía con tu belleza como único equipaje, tu belleza que relucía junto a la fealdad del resto de los pasajeros, de los transeúntes de esa terminal anodina. Tu belleza que enloquece mis sentidos y hace dar saltos a mi corazón. Tu belleza que me envuelve y

Pero no, era mi imaginación, y lo que veía eran ómnibus que llegaban y partían, ómnibus viejos, destartalados, provincianos, con carteles que escribían lugares improbables donde ningún ser humano quisiera vivir, ni ir, ni conocer siquiera. Y personas deformes, mujeres con las piernas oblicuas como postes de viña, hombres flacos como sarmientos retorcidos por las heladas y la intemperie, mochileros sucios y desgredados, como si la suciedad fuera una joya para exhibir impunemente ante la humanidad; y había niños que gritaban, gritaban casi más que sus madres, agotadas, extenuadas de haber tenido que cumplir ese mandato sin sentido de reproducirse y de recitar el viejo sagrado papel de madres, y nunca se dieron cuenta de que podrían haberse ahorrado esa penosa tarea; que nadie las obligaba, sólo el terror al vacío. Y viejos patéticos que arrastraban sus cuerpos ya muertos sin el decoro de evitar esa vista a los otros, para no recordar que la muerte nunca es invisible, sino que se manifiesta así, en esa degradación. Y los vulgares, los que pasaban vestidos con pantalones cortos, chinelas, calzas ajustadas hasta la desesperación, derramando ordinariéz, sin merecer el único don de que puede valerse un ser humano para reivindicar su condición humana: la piedad. Porque eran despreciables. Despreciables en su torpeza, en su descaro de mal gusto, en su contaminante presencia entre las cosas del mundo. Porque no son comparables a nada que haya hecho la naturaleza, ya que el más sarnoso de los perros es más digno y más merecedor de consideración que una persona vulgar. La vulgaridad es maldad.

Y yo te esperaba. Esperaba verte descender de uno de esos ómnibus de colores, vos con tus colores propios, que no existen en el universo, sólo en vos, en vos que creáis el arcoiris de tu propia persona, vos que sos mi razón, mi sinrazón y mi delirio.

Te esperaba. Te esperé horas y horas, si de alguna manera se puede medir el tiempo. Me habías dicho que ibas a llegar. En un micro a las seis. O tal vez a las siete. A las ocho la tarde ha

declinado como una palabra latina, y como ella toma otro sentido, otro significado, y pronto se vuelve noche, y en la noche yo no te veía, no te esperaba, porque necesitaba la luz para verte, no la luz del neón petrificado de esas galerías inmundas, sino la luz del cielo, el único dosel que podía hacer de marco a tu persona. Tu persona que no estaba, porque no iba a estar, porque nunca iba a bajar de uno de esos coches innumerables, ni a las seis ni a ninguna hora. Porque nunca me habías dicho que ibas a regresar. Nunca me habías dicho que fuera a esperarte. Nunca nos vimos.

LA HUMANIDAD

Bajo esta etiqueta se designa a millones y millones de seres que caminan sobre dos patas. Y que son esencialmente malos. Nada tienen de humanos si por humanos entendemos algo sublime – palabra desmesurada-, algo que distinga a este género bípedo del resto de los seres bípedos, cuadrúpedos, octópodos, animales, vegetales y minerales e inclasificables en ninguna de estas categorías, que pueblan este planeta.

Por lo tanto si con el término humano se quería enaltecer en algo la raza de estos bípedos, ha sido una equivocación abismal. El género humano no tiene ningún tipo de componente superior a ninguna otra especie, y mucho menos sublime, y su presencia en el mundo es altamente nociva.

Sin embargo, algunos de estos ejemplares desarrollan una alta sensibilidad, no hacia todas las cosas, sólo hacia algunas, porque la humana naturaleza es muy limitada, y por más que lo pretenda, no puede aceptar ni mucho menos amar a la mayor parte de los seres que la rodean. Esta sensibilidad hace que se acumulen recuerdos, sensaciones que muy probablemente se deban a artilugios de una mente cultivada, y este proceso termina por generar una sustancia venenosísima y pura, increíblemente fértil en su amarga eficacia. Se trata de la angustia, la rara enfermedad que sufren estos humanos elegidos, y que les permite ver otras cosas diferentes al resto de sus congéneres, hacerse preguntas que obviamente no tienen respuesta y por lo tanto son alimento para la propia angustia, y finalmente utilizar algo, algún elemento de su común patrimonio con el resto de los seres humanos, posiblemente las

palabras, para conjurarla. Porque la angustia es el veneno que mantiene vivos a los pocos seres humanos verdaderos del planeta. Y a su vez los mata. Pero no está científicamente comprobado si los afortunados que sufren este morbo viven exactamente menos que el común denominador de sus congéneres, los que están libres del azote del pensamiento.

En fin, que sin la angustia la humanidad no tendría nada de humano. Porque todos esos atributos de que tanto se enorgullece este género, ya existen en estado puro en la naturaleza, y los demás, los que se califican como “logros culturales”, son en su mayor parte convicciones que se han impuesto a través de un sistema político milenario, y deben su supervivencia a la perfección con la cual han logrado encajar y canalizar la perversión humana. Sí, tal vez ésa sea una justa calificación de la humanidad, su inconmensurable, infinita capacidad de ser profundamente perversa.

Pero después de todo, cómo condenar a una raza que otra posibilidad no tiene que desarrollar la perversidad como única opción. ¿Acaso la humanidad podría ser bondadosa, generosa, honesta, altruista? Eso pensaban los poetas románticos, pensaban que la educación y la alfabetización traerían la paz mundial. Como si los gobernantes fueran analfabetos. Como si los estrategas de las guerras fueran analfabetos. Como si los dueños de las multinacionales fueran analfabetos. Como si los dictadores fueran analfabetos. Afortunadamente esa quimera romántica ha sido desechada hace más de un siglo, y ya no se cree en nada. Y quizás ésa sea la única esperanza de la humanidad: no creer en nada. Porque mientras sobreviva la mínima creencia, mientras la insidiosa esperanza siga extendiendo sus tentáculos venenosos desde el fondo de la Caja de Pandora, la humanidad seguirá sumida en la miseria más abyecta, arrastrándose en el barro de su propia iniquidad.

Sí, la desesperanza es la única esperanza. No tener miedo de morir. Pero no porque después de la muerte haya nada que prosiga este absurdo y loco movimiento sin razón que se llama existencia, sino porque la muerte es el regreso a la nada, al vacío, al sentido de no ser. Ésa es la esencia de la humanidad: bípedos que tuvieron la mala suerte de acceder a la capacidad de abstracción, y de allí creyeron que habían sido creados (¿?) con algún fin trascendente, que los proyectaba más allá de la cadena de muerte y transformación que mueve al universo.

Porque nada ha hecho la humanidad en su conjunto que se pueda llamar verdaderamente humano. Algunos hombres y mujeres aislados lucharon por la justicia, por la paz, por la honestidad. Algunos artistas dieron su vida por la verdad. Pero los demás, la gran masa que compone esta raza llamada humana, nada ha producido de bello ni de sublime más que vulgaridad y destrucción.

Naturalmente y por el mismo movimiento circular que rige el cosmos, la humanidad desaparecerá muy pronto –hablo de tiempos universales- y se disolverán en el vacío la Mona Lisa, la capilla Sixtina, las pirámides mayas, Don Quijote de la Mancha y los dramas de Shakespeare. Nada en el polvo cósmico recordará los pocos y brillantes destellos de algunos hombres y mujeres que fueron humanos. Y vendrá el olvido, el olvido del infinito, que es el verdadero destino de la humanidad.

La piedad del universo.

NOVENA CARTA

No te vi nacer. Cuando llegué al hospital corrí por un pasillo enjuto, por otro, por otro, y siempre era tarde. Siempre ya habías nacido. Si amarte ha sido el hecho más grande de mi existencia, y si no poder amarte ha fecundado el dolor que iba a significar esa misma existencia, entonces impedir tu llegada a este mundo lo hubiera tenido que hacer. Que no nacieras. Que no respiraras el mismo aire que yo respiro. Que no estuviera yo destinado a tu encuentro. Y si no hubieras existido no existirías, no existirás. Pero yo, ¿hubiera existido sin mi amor y mi dolor? Qué soy sino esta voz que no hace más que llamarte, que buscarte, que caerse a pedazos en el papel en que te escribo. Una voz que se traza, toma forma en estas palabras, y así construyo mi propia cárcel. Estoy dibujando ahora las rejas de una celda infinita.

Si no hubieras nacido, si tu existencia no hubiera creado este mundo en el que gravito como un rayo de luna que traspasa el agua de un minúsculo lago de montaña, y prisionero de esa densidad entre las rocas toca el fondo enigmático y aterrador. Si yo no hubiera sido. Si vos ese día, mientras yo corría

desesperadamente por esos pasillos equívocos del hospital, no hubieras salido al mundo en el que yo estaba. Y sabiendo que ibas a ser mi alma. Temiendo que nacieras y temiendo que si no nacías no nacería tampoco yo. Yo que te construyo con las palabras que conjuran tu ausencia, estas mismas palabras que nada dicen de vos porque nacen de mí. De mí y me son enemigas, se aquilatan con tu ausencia para pesar más en mi corazón y obligarme a sacarlas, a dibujarlas, a convertirme en su súbdito y por lo tanto en el tuyo. Porque tu nacimiento creó las palabras. Tu nacimiento inevitable que corta definitiva mi piel de adentro.

Ah, amor mío, no te vi nacer.

Pero vi la cuna en que dormías, en la pequeñez de un cuerpo indefenso y ya tirano. No, no dormías, me mirabas. Ya me mirabas con los ojos llenos de pasado que me persiguen y me iban a perseguir, sin tregua. Ojos que ya creaban palabras. Entonces empecé a escribirte, antes de tenerte, de ya haberte perdido, antes de que viviéramos juntos este rompecabezas caótico del tiempo. Antes de no amarte, y amándote, empezaron las palabras. Tus palabras, éstas.

Si no hubieras nacido. Si no hubieras muerto. Si no hubieras vivido. Si no. Si. No.

DÉCIMA CARTA

Estuve de pie en una cola bajo la llovizna. Caía desde todas partes, desde el aire mismo, se arremolinaba en torno a mí y se pegaba a mi cuerpo como si me hubiera estado buscando. Nadie me busca. Sólo las palabras. Y las palabras estaban esperando conmigo, en la cola para la reapertura del teatro. Lo reinauguraban con el estreno de una de las grandes obras de Shakespeare. Y vos encarnabas uno de los personajes. Hubiera hecho esa cola durante toda mi vida, sólo por verte. Bajo la llovizna de esa noche provinciana o bajo el fuego del apocalipsis en cualquiera otra parte del mundo. Mas nada de eso fue necesario. Pasaron unas dos horas, la cola era muy larga y muy inmóvil, porque las personas se inmovilizan bajo la llovizna, como si la quietud les evitara ser penetradas por esa agua invisible. Había silencio, y las luces de los coches que

pasaban encendían fugaces constelaciones de cristal en el aire, arcoíris falsos que se diluían instantes después para rehacerse de nuevo, diferentes y casi iguales, inmediatamente desmembrados por la inicua gravedad.

El teatro era espléndido. Habían lustrado las balaustradas de bronce y resplandecían los pisos de granito pulido. Dentro de la sala, el escenario estaba enmarcado por nuevos cortinados de terciopelo granate, iluminados de manera tal que semejaban sangre líquida que se hubiese detenido caprichosamente plegada en volutas largas y pesadas, dispuestas a moverse por una voluntad secreta que nadie hubiera conocido. La gente entraba murmurando en voz baja, como si toda esa magnificencia tuviera algo de sagrado que vetaba la profanación de las voces, y dentro de mí yo agradecía esa discreción impuesta, esa devoción artificial que respetaba mi propia devoción, la que yo reservaba a vos, a la espera de verte, a la obra de Shakespeare que me transportaría a tu lado. Porque ese lado, el otro, el lado que construye la ficción, era mi lado, el que yo habito sin estar dentro de una obra teatral. Por eso confiaba en acercarme a vos, porque vos, por una vez, ibas a estar de mi mismo lado. El lugar donde vive lo imposible.

Me senté en una de las butacas recién tapizadas, pero no estaba sentado, estaba casi en el aire, mi cuerpo se preparaba para alcanzar a mi alma, ya detrás del telón, ya en el mundo del escenario, ya junto a vos. En ese tiempo único inexistente e irreal del teatro. El único tiempo en que podíamos estar juntos. Esa noche, esa noche de llovizna infinita.

Se abrió el telón. La sala se había oscurecido silenciosamente y una admiración totémica dirigió todos los ojos hacia el escenario. Un castillo medieval, un anciano de mirada iracunda que ya anunciaba la locura, y tres mujeres como pájaros circundándolo. Sí, pensé, Shakespeare siempre habla de la locura; Shakespeare estaba loco, por eso describe la locura de tantas maneras, en sus innumerables variaciones. Shakespeare, ese loco. Y la acción desencadenaba furias y sospechas, silencios cargados de ardidés y gritos desolados. Ya no podía escapar a la fascinación que provenía de ese escenario, de ese mundo en el cual vos estabas viviendo y en el cual ibas a aparecer de un momento a otro, vos también con esas ropas inventadas, vos invento mío, o del teatro, o de Shakespeare. Y yo navegando hacia esa tierra barrida por todos los vientos y las tormentas, navegando mi cuerpo sin cuerpo para buscarte. Mi

cuerpo con alma. Entonces apareciste, radiante y la luz te seguía porque de tu boca salían las palabras exactas, las sílabas que yo quería escuchar y que alguien, tal vez Shakespeare, había escrito para mí, para que yo las oyera pronunciadas por vos. Ah, qué delicia sentarme a la vera de tu camino, vos recorriendo esos paisajes de cartón pintado, esos acantilados furibundos en los que cualquier rey se precipitaría en la enajenación. Pero vos no, vos caminando. Vos actuando. Y yo espectador y cuerpo invisible en tu escenario. Yo que bebía cada uno de tus gestos y buscaba esa mirada que no era cordial. Mirada de fiera. Mirada de muerte. Pero es una obra, sí, es una obra de teatro. ¿Por qué entonces no puedo salir y regresar a mi butaca y mirarte de lejos si tu belleza traspasa los ruidos bordados del telón para llegar hasta mí? ¿Por qué debo besar las invisibles huellas de tus pies sin que los demás protagonistas de esta historia lo noten, yo un perro intangible en el escenario de tu existencia? Entonces el monarca enloquecido delira y llama a la tempestad que todo lo azota, y ya están volando en las fauces de los vientos todos los seres del mundo, pero vos te mantenés, allí en tus plantas purpúreas, o descalzas, no puedo ver entre el furor de la lluvia que fustiga la tierra innoble, y más allá el océano. La injusticia está por triunfar y ya su mano poderosa se alza sobre tu cabeza pero vos ponés otra vez tu mirada que finge en las manos del aire, y la tormenta se aplaca, se aplacan las mentiras que llevan a la muerte. Todo tiembla, se estremece de pavor. No, la injusticia no se va a retirar tan fácilmente. Temo por vos, ay, cuánto miedo tengo de que vos también, con tu belleza incólume a los castigos de un destino tan adverso, vos también caigas bajo la iniquidad de esta obra maldita. Esta obra, ¿quién construyó semejante maquinaria de las vilezas humanas? ¿Cómo alguien pudo resumir en estas páginas toda la abyección del alma del hombre? No, que no te toquen, que no te toquen porque yo no tengo espada, pero voy a gritar para salvarte, voy a romper el hechizo tremendo de este mundo que te crea y ya te arrebata. No, vos no. Y se acercan la muerte y sus ejércitos, y llora el rey que debe morir de desconsuelo, de nada le sirve la razón, y vos lo mirás con esos ojos que besaría pero no puedo no puedo.

Y entonces un estruendo que nace del espacio exterior me arrebata y me arroja entre el barro, y se encienden mil soles enemigos y te borran de mi lado, porque yo me he caído en el infierno. Me he caído y nadie me va a levantar porque no estás cerca de mí. Allá arriba, allá sonreís y te inclinás y todos han

vuelto a vivir y ya son otros, y yo lloro, yo lloro más que la lluvia de afuera. De ese afuera del que no puedo salir.

EL TEATRO

El teatro es un arte

No, basta de mentiras. El teatro es un modo estético, a veces, ya en la posmodernidad ni siquiera eso. Es un modo artificial de cumplir la perversidad humana. ¿Artificial he dicho? ¿Qué tiene de artificial que un hombre o una mujer vestidos y maquillados como si fuesen otro hombre u otra mujer, perpetren las más atroces maldades con una sonrisa en el rostro, y no sean castigados más que con una espada de madera o con una copa donde presuntamente se halla un veneno que es sólo agua coloreada?

Sí, el teatro es una perversión.

Pero si abolieran el teatro, como muchas dictaduras han hecho, aunque sólo por el tiempo en que han durado ellas mismas, la sociedad no tendría dónde desahogar su caudal de malignidad, su ansia de asesinato y su desbocado deseo sexual. El teatro permite a seres humanos abyectos representar las abyecciones de todos los seres humanos. Obras sublimes, sentimientos generosos, sacrificios por amor, equívocos de corazones puros.... Son sólo las excusas para desplegar la verdadera naturaleza humana, que es la maldad, y su consecuencia inmediata, el dolor, porque nadie sabe ni sabrá cuál es el origen ni la causa ni la finalidad de esa maldad.

Por cierto, hay quienes hacen teatro “muy real, muy natural”, y creen (¿de verdad lo creen?) que están imitando la vida con ese absurdo. Y hay quienes van a ver ese tipo de teatro, y ríen y lloran a la par de los actores, porque lo que sucede en el escenario “es la vida misma”. ¡Qué bufonería! ¡Como si el arte tuviera algo que ver con la vida! Como si el mal teatro pudiese justificar su poquedad alegando que es el espejo de la vida. Para la gente que gusta de ese tipo de teatro, llamémoslo así, se han hecho –y con mucho éxito- las telenovelas, los shows en vivo, las series de amores y desencuentros, los noticieros las veinticuatro horas, los programas de opinionistas.

Existen otras personas para las cuales el arte, y el teatro en especial, son otra cosa. Una rara materia a veces totalmente incomprensible, pero atrapante, seductora, insoslayable, que mansilla y penetra brutalmente el alma, y la insulta, y la despierta, y a su vez la adormece. Para estas personas, asqueadas de “lo real”, el teatro es la entrada en otra dimensión, de la cual muchas veces no quisieran salir.

Los griegos encarnaron lo invisible para conjurar el mal bajo la apariencia de la restitución de un orden que se vinculaba con lo divino. Shakespeare dibujó de manera nítida y cortante ese mismo mal, pero le arrancó la máscara de lo divino y lo puso en el mismo corazón del hombre y la mujer. Beckett inmovilizó al ser humano en medio de su propio vómito, para que reconociera lo absurdo y vil de su propia naturaleza. Sí, para eso sirve el teatro.

El buen teatro dice sólo la verdad.

Demuelan todos los teatros y finalmente la humanidad va a poder destrozarse a dentelladas por las calles, y cada hombre y cada mujer se van a lanzar unos sobre otros para satisfacer sus apetitos sexuales milenariamente reprimidos. Padres contra hijos, hermanos contra hermanos, amigos contra amigos, desconocidos contra desconocidos.

¡¡Viva el teatro!!

CARTA ONCE

Sentí que entraste en mi cama. Eran las tres de la madrugada, tal vez las dos. Yo, como siempre, fingía que dormía. Lo hago tan bien que a veces hasta yo mismo me lo creo. Regularizo la respiración, me mantengo en una posición imposible, y de vez en cuando agito un pie o una mano, o incluso cambio de posición sin abrir los ojos y retomo inmediatamente la regularidad respiratoria. Hasta monto un teatro detrás de los párpados voluntariamente cerrados para que aparente ser un sueño, y allí actúan las marionetas de mi locura con la imposible mecanicidad del mundo onírico. Engaño a los fantasmas, a la noche, al silencio y a la soledad. Pero a vos nunca pude engañarte. Porque vos siempre supiste que yo no duermo. Y que si llegara a dormir un minuto, un instante, el

lapso fugacísimo en que el sol pinta la primera y única línea de oro líquido sobre la espalda inmóvil del horizonte, tendría pesadillas. Pesadillas tristes, horribles, que me hacen desear no haber dormido ni volver a dormir nunca.

Por eso anoche cuando entraste en mi cama yo me hacía el dormido y vos sabías que estaba fingiendo. Y los dos sabíamos. Creo que eso pasa siempre cuando se está por hacer el amor, los dos saben. Lo que no saben es otra cosa, es el equívoco, la ausencia, la imposibilidad de hacer algo que convierta dos soledades, dos aislamientos, en una comunicación, en un acercamiento. No digo un acercamiento material, porque cuando se hace el amor se puede prescindir de las odiosas palabras, por ejemplo. Tampoco hablo de la unión corporal, extensiones carnosas que vinculan temporariamente cuerpos, orificios que son penetrados, líquidos que se trasvasan intempestivamente acompañados de estertores, o no. Hablo de otra clase de aislamiento, el que se hace presente, se corporiza y adquiere mayor fuerza cuando dos personas tienen sexo. Hay un qué de innombrable entonces, y tal vez sea mejor no nombrarlo.

Vos entraste en mi cama y solicitaste a mi cuerpo que hiciera el amor con vos. No se lo solicitaste a mi alma. ¿Podrías haberlo hecho acaso? Mi corazón sí, él vive para vos, late para vos. Pero el corazón no hace el amor; al corazón no le interesa ese agitarse del cuerpo en busca de una salida que lo lleve a la aceleración para después soltarlo como un niño suelta un insecto que había atrapado cuidadosamente en el jardín, y con un movimiento de la mano lo arroja al aire para obligarlo a volar. Y quizás el insecto no tenía alas. En cambio el alma sí hace el amor, porque el alma es abierta, es carnal, es intangible pero se encarna, desea, posee. Pero para solicitar un alma es necesario algo, una suerte de lenguaje inequívoco, o sea sin palabras; no sé en qué consiste verdaderamente, tal vez un contacto con las pupilas, tal vez el oído apoyado en el pecho, no sé. Vos no lo hiciste. Y al no hacerlo, lo único que podía responderte era mi cuerpo, mi cuerpo que estaba ahí, porque los cuerpos siempre están en algún lugar, y ese lugar siempre es un ahí. No saben hacer otra cosa, salivan cuando sienten olor a comida, se erizan cuando escuchan un grito, tiemblan cuando los toca el frío, exudan si los rodea el calor; están. Son materia, materia orgánica. El alma es otra cosa.

Sí, siempre dije que no creo en el alma. Pero también dije que creo en el alma. Porque creo en esa construcción minuciosa que cada uno hace de sí mismo a lo largo de su vida. Esa obra artesanal, delicada, compuesta de millones de palabras, libros, películas, músicas, experiencias, recuerdos, amores y desamores. Lo que no creo es que nazcamos con un alma; creo que la hacemos. Y por eso también creo que hay personas que no tienen alma, que nunca la van a tener. Eso no significa que crea en un alma inmortal, qué estupidez. El alma en la que yo creo es tan perecedera como nuestro cuerpo orgánico, como nuestra mente y sus recuerdos. Por eso desea, siente, elige. No es sentimiento como el corazón, no es emociones. Es nosotros, nuestro yo invisible, el que hicimos con nuestra vida, con lo que nos dejaron de ella.

Por eso anoche cuando hiciste el amor conmigo no lo hiciste conmigo. Lo hiciste con mi cuerpo, que era yo y no lo era.

Y yo, que me estaba muriendo de amor.

Y yo que escribía cartas y cartas a tu recuerdo, no podía tenerte. Porque te había construido con palabras, y en esa noche sin palabras y sin pupilas no era el amor lo que nos unía, sino el deseo, que es solamente un desvío fugacísimo de la naturaleza, un desvarío, un error quizás.

SEXO-SEXUALIDAD- CUERPO EN EL SEXO

El sexo es otra de las ingentes mentiras sobre las que se construye esta metáfora vacía de la cultura humana. Digamos, el sexo como se entiende socialmente.

Porque el sexo es sinónimo de placer (habrá alguien que aún crea que sirve para la reproducción). Y en una sociedad que promete placer a manos llenas, o sea que promete lo que debería provocar el sexo, la relación sexual se convierte en una fricción corporal que aumenta la soledad y el individualismo, cuando no en una simple transacción monetaria que aumenta las posesiones materiales, las cuales pueden llegar a sustituir el orgasmo netamente sexual.

Pero si hablamos de sexo, de sexualidad, de cuerpo en situación sexual, ¿de qué hablamos? ¿Qué hay más allá del orgasmo? Y

sobre todo, ¿qué hay más allá de la necesidad de llegar al orgasmo? El cuerpo humano en situación sexual es solamente un organismo sobre el cual están actuando miles de estímulos procedentes de su más lejana infancia y pervertidos a través del tiempo, y están provocando un derrame hormonal de proporciones desmesuradas, tendiente únicamente a lograr la culminación del acto que desemboca en el orgasmo. Acto que hubiera podido evitarse sencillamente desmontando cautelosamente el mecanismo enfermo que hace mover ese organismo y que es un encadenamiento de fantasías rayanas en el delirio. El delirio que provoca el deseo por otro cuerpo.

¿Acaso el ser humano no puede liberarse del deseo? No hablemos de meditación, de ayuno y abstinencia, de castración química, ni de ninguna doctrina que prometa la paz de los sentidos por la creencia en quién sabe qué invisibilidad omnipotente. Hablo de la extirpación del deseo del cerebro y por lo tanto del cuerpo, como en la Edad Media se pensaba que se podía extirpar la piedra de la locura.

No, no se puede. Porque el hombre (y la mujer, pero quién sabe, tal vez más el hombre), es un cúmulo de deseo, nada más. Aunque hay que admitir que la perversión del sistema ha llevado a la mujer a ser tan deseante cuanto el hombre, deseante permanente e insatisfecha, en todas las versiones sexuales posibles: material, de poder, corporal, de juventud, etc etc.

Algunos pedófilos piden que se los castre. ¿Y qué van a hacer con su deseo, o creerán que el deseo nace en el pene? Claro, no podrían perpetrarlo. Pero el pene no es el único objeto introductorio con que cuenta la imaginación humana, ni tampoco la penetración es la única manera de satisfacer las ansias sexuales, sean éstas lícitas o criminales, según la sociedad del momento y su hipocresía oficial. Al menos los pedófilos tienen una inmensa ventaja por sobre la mayor parte de la humanidad “sana”: no confunden deseo sexual con amor.

CARTA DOCE

Mi extrañado amor: no sé cómo decírtelo, porque lo que te diga no será nunca lo que te quiera decir. Pero igualmente trataré de

hacerlo. O sea, de comunicarme con vos nuevamente a través de las palabras.

Te extraño tanto, me hacés falta, te pienso constantemente, y muchas, tantas veces siento que me hallo mutilado, mutilado en el alma, porque no estás. Pero cuando te has acercado a mí, cuando subrepticamente en la penumbra he sentido tu presencia, algo, una inquietud extrema, difícil de explicar, me invadió el cuerpo. Empecé a temblar, empecé a transpirar como si de pronto una inusitada fiebre devorase de fuego mis miembros y no era amor. Qué extraño, yo que te amo, te amaré y siempre te he amado, sufro esta rara enfermedad. Porque me he sentido enfermo. En la oscuridad de mi pieza; en la sombra compacta de la noche de mi casa; entre las pilas de libros de mi estudio, tu presencia escondida, o la vibración de tu cuerpo invisible, me han provocado terror. Estoy exagerando, no fue terror, no será algo tan gigantesco, pero sí algo más hondo, más penetrantemente intenso.

Estaba en la vieja bañera y conocés mi costumbre de hundirme en el agua cuando todavía es transparente, hundir la cabeza y allí abajo abrir los ojos, sólo para mirar la refracción de la luz a través, para ver las dimensiones que habitualmente el aire que siempre nos circunda no nos deja ver. Allí abajo, sin aire, los ojos felices de estar en el líquido que es su elemento, e imposibilitados de reformar el objeto mirado, porque están programados para atravesar el aire y no el agua, allí los ojos podían distinguir los haces de luz, los vaivenes ondulados de la claridad filtrándose a través de la densa capa de agua caliente. Y en esto entretengo mis horas, hasta que ese haz luminoso que se desperdigaba por las moléculas acuáticas buscando apoyo y disgregándose en los caprichos de cualquier movimiento de esa masa de agua, ese haz se interrumpió, porque algo se interpuso entre la luz y la superficie. Era tu rostro. Tu rostro perfecto y expectante. Me mirabas desde el aire, desde fuera del elemento que instantánea y fugazmente era el mío, yo sin respirar allá abajo, mamífero atrapado en una materia extraña, sin branquias ni siquiera pulmones demasiado desarrollados, yo que iba a tener que resurgir como un volcán que necesita escupir fuego, tanta es la presión del magma subterráneo que lo quema, yo iba a tener que surgir para aspirar, para volver al aire. Y tu rostro me miraba desde fuera, dueño otra vez y como siempre de mi vida, jugando con mi muerte como si fuese la opción de tu capricho. Y te veía, deformada tu fisonomía a través de esa

capa acuosa, rasgos de monstruo o de sirena, de sirena al revés, yo sumergido y vos afuera, gozando del aire que cada vez me era más indispensable, respirando lo que yo no podía respirar, yo agonizante debajo de vos. Como tantas veces, agonía semejante es el sexo, asfixia momentánea y muerte liberadora y falsa. No podía seguir. Estallaba la asfixia como una mano de hierro que apretase el pecho, y vos inmóvil, tal vez sonriendo al ver mi muerte, mi posibilidad de muerte como siempre en tus manos. Vos con tu belleza devastadora.

Empujé la cabeza fuera del agua y un desesperado inhalar, el último, hubiera sido mejor, hubiera sido así el último. La inspiración más brutal y estruendosa, con la boca, la laringe, los pulmones masacrados. Y abrir los ojos desmesuradamente sin que comprendieran cómo estaban un momento atrás a punto de estallar y escapar de las cuencas ya muy estrechas, y no verte. Ver los azulejos patéticos la cortina de colores, ver el cielorraso humedecido por el vapor. Y vos otra vez fantasma, otra vez aparición que desaparece ante el mínimo concretizarse de la materia. La materia yo fuera del agua, vos fantasma de mi persecución, pesadilla, delirio, deseo inaprensible.

Vos fuera del agua siempre.

Yo ahogado.

CARTA TRECE

Te había hablado de la yuxtaposición, y del fracaso de mi experimento. Te había hablado de la falsedad de las palabras. Y ahora, ahora que sigo agonizando tu presencia y me sucumbe tu ausencia, ahora que miro con pavor mi soledad que es tu falta, estoy descubriendo otra cosa. Otro es el abismo que nos separa. Di la culpa a las palabras, y vos, vos tantas veces me hiciste comprender que las palabras eran mi obsesión y mi cárcel. Pero mi amado amor, existe algo entre vos y yo que no se define de ninguna manera, y menos con palabras, porque no necesita de palabras. Siempre creí con firmeza que habían sido ellas, las palabras, las causantes de nuestro alejamiento. Pero ahora, ahora que siento tu proximidad, que en la sombra el brillo de tu pupila secreta me espía como espía el puma a la liebre montesa inmóvil, mudo, ahora empiezo a vislumbrar en mi mente otra

verdad. Y es que lo que nos ha separado ha sido nuestra cercanía.

He llorado tanto tu ausencia, he roto la piedra de las súplicas implorando tu regreso. Pero he empezado a comprender otra cosa. Mi ansia de tenerte no me dejaba saber. Mi amor desmesurado, idólatra, me había arrancado los ojos. Es tu presencia la que nos separa. Es la cercanía de nuestras dos personas -si persona se puede llamar a un cuerpo con alma- lo que hace imposible nuestro amor.

¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta amor mío de que esto es monstruoso? ¿Te das cuenta de que se trata del fin del mundo conocido, de la terminación de toda expectativa y de cada sueño? Porque he sentido tu respiración en la penumbra, he intuido tu presencia detrás de las cortinas de mi habitación, cuando finjo que duermo. Y ha sido entonces cuando comprendí que era imposible. Allí, al alcance de mi mano, estaba lo inalcanzable, y más inalcanzable era mientras más cerca estaba.

Ah, que regrese tu ausencia total, completa, bendecida. Porque mi amor no soporta esta confrontación, porque las palabras quieren abrirse paso extremadas entre nosotros, que no les permitimos destruir el silencio. Pero ellas ya están poblando ese silencio que nos pertenece, nos pertenece solamente a vos y a mí, y las palabras quieren invadirlo y ya lo hacen, sin ruido, reptan y se encaraman como reptiles deformes sobre la muralla de la mudez que nos separa piadosamente.

Hacelas callar. Alejate y con tu paso que se va llevas con vos, las palabras. Ay, me duelen los oídos de escucharlas taladrar el silencio, que silencio nunca es entre los dos. ¿Te imaginás si nos mirásemos? ¿Si perforásemos la sombra para juntar pupila con pupila nuestros ojos y nos viéramos? Qué catastrófica marea de palabras se corporizaría entre nosotros, disparándonos en un estallido inacabable hacia los extremos del universo. Del universo que no tiene confines, y jamás nos permitiría volver a amarnos.

LA IMPUREZA DEL RECUERDO

Recuerdo tu frente siempre algo preocupada, tus ojos redondos y de mirada inteligente, cómo cambiaban de expresión cuando se dirigían a mí con amor. Y allí descubrí que quien ama mira de un modo diferente, porque no ve lo que está mirando. Ve otra cosa, lo que ama. Y lo que ama es otra cosa. Y yo cada vez que me mirabas así, sin verme, me sentía amado, aunque era una ilusión, porque ya no era todo lo que no me gusta de mí, lo que de mí hizo el tiempo, sino otro ser, lo que vos veías, que no era lo que yo era.

Y digo era y es pasado, y los verbos se acumulan sobre mi cabeza con su insoportable bagaje de tiempo y de conjugaciones imperfectas, siempre imperfectas pero lo suficientemente contundentes como para aplastarme. Como si me estuvieran diciendo mirá, mirá el pasado, porque somos siempre pasado, hasta el futuro es imperfecto, o hipotético, imposible. Nosotros somos el pasado, y el pasado por lo tanto sos vos. No soy; fui, he sido, era.

Y digo recuerdo que caminábamos a la par, a veces rozándonos las manos, y nos sentábamos a la mesita de un bar y mirábamos con nostalgia delante de nosotros, y delante de nosotros no estábamos vos ni yo, sino el paisaje. Y el paisaje era la melancolía del tiempo irrecuperable.

Maravillosa e increíblemente traidora capacidad de la mente para modificar, transformar e inventar recuerdos. Todo esto que recuerdo, ¿es verdaderamente un regreso al corazón, o una artimaña de mi mente para hacerme creer en la felicidad? O peor aún, una trampa para hacerme sentir que la felicidad existió, en el pasado, y que por lo tanto está irremediablemente perdida. No, nada de todo eso es posible. Todo es una construcción de la mente: tu frente no estaba preocupada, sino serena, nuestras manos no se rozaron jamás, tu mirada no creaba de mí un objeto de amor, sino que ya me abandonaba; tal vez porque me veía, sí, me veía cada vez que me miraba. Y al verme veía lo imposible, y lo imposible era una vida juntos. Sí, todo lo reconstruye mi mente sobre el andamio deshabitado que el tiempo dejó en el recuerdo, para que así mi presente soporte el vértigo de estar convirtiéndose inmediatamente en pasado, un pasado en el que no estás.

Qué libertad tendríamos de hacer un mundo mejor, aunque irremediabilmente perdido.

De todos modos, para qué serviría un mundo mejor. Y qué significaría mejor. Yo por ejemplo podría en este preciso momento, en este momento en el cual te recuerdo, decir que tu recuerdo no existe, que vos no exististe nunca, y que lo único que caminaba a mi lado era mi sombra, la fiel e incesante sombra. Entonces ahora no te recordaría, estaría libre de ese invento de mi delirio. Y tal vez fue así, tal vez el pasado con vos fue tan inexistente como mi presente, sin vos. Aunque tu ausencia me dé existencia.

Recuerdo la casa de mi infancia, el piso de baldosas amarillas, las goteras en el cielorraso, la voz de mi madre llamándome para la mediatarde.

Todo eso es mentira, jamás viví en un lugar así, ni tuve madre.

Soy un hombre sin ombligo.

CARTA CATORCE

Y ya que tu ausencia me da vida y tu presencia me mata.

Ya que tu ausencia me da vida.

Y tu presencia me mata.

Ya que tu ausencia.

Ya que vos, mi amor, sos mi vida y mi muerte, comprendo que vida no tengo fuera de vos, de tu recuerdo, que construyo y desconstruyo constantemente, y cambio y adorno y vuelvo a corregir para hacerte el motivo, la razón y la causa. Vos que no estás y no estando hacés que yo esté, no debés volver nunca. Porque volviendo me destruirías, destruirías en mí lo único que existe de mí: la capacidad de escribirte, recordarte, hablarte, culparte y agradecerte por el amor que te tengo; estigmatizarte por tu abandono, idolatrarte por tu ausencia que me da vida y palabras. Soy porque fui con vos. Soy porque ahora no sos.

Y para que no seas no debo verte, no debo sentir tu cercanía que a fuerza de arrojar palabras al vacío, se hace cada vez más tangible. La percibo, la presiento, la huelo casi. Sí, ése tu olor sin olor, no es humano. Todo lo que no es humano en vos lo humano provoca en mí. Por eso para que humano siga siendo yo, necesito tu inhumanidad. No te acerqués, no te dejés ver, no entres en mi casa o en mis ojos, en lo que ven mis ojos y confunden con la realidad. Porque comprendo que lo que hace humano a un ser humano que humano no es sólo por haber nacido en esta raza, es la imposibilidad. Lo inaprensible nos hace acercarnos al espíritu. Lo brindado, en cambio, nos quita el único elemento que nos diferencia y nos hace humanos: la angustia.

Regalame la angustia, la mía, con tu ausencia.

Tu presencia solamente pondría ante mí lo que no sos para mí. Para mí, que respiro por tu recuerdo.

CARTA QUINCE

Sí, lo hice.

Te había dicho, te había escrito, mi amor, que era tu presencia, tu cercanía, la que nos separaba. Y yo no puedo vivir sin este amor. Pero no puedo vivir con vos. No sé. No sé.

Sabía, sentía, percibía que estabas cada vez más cerca, vos, el objeto de mi amor, el destino de todas estas cartas, la sombra que fecunda mi alma. Y sabía y sentía que esta proximidad me estaba matando. Por eso cuando estaba en la terraza de ese edificio altísimo, esa terraza desde donde podía contemplar toda la ciudad con una perspectiva tan ideal cuanto falsa, estaba apoyado en esa baranda, y sentí tu presencia detrás de mí, lo supe. Supe lo que tenía que hacer para preservar nuestro amor, para que durase siempre, como lo habíamos prometido, como tantas veces lo habíamos repetido en noches de abrazos, sumidos en la oscuridad de la habitación, dejando que las palabras nos envolvieran y nos drogaran con sus vapores envenenados. Habíamos prometido al aire, a ese otro cuerpo que no veíamos pero que tocábamos y nos tocaba, que nos

íbamos a amar siempre. Y yo mantuve mi promesa, aunque las mismas palabras que en la sombra nos estaban uniendo, nos iban a separar.

Sí, lo supe. Me di vuelta y te tuve frente a mí, vos y tu cuerpo, y quizás tu alma, y tu corazón latiendo dentro del pecho sobre el cual cientos de veces había apoyado la cabeza exhausta. Vos y tus ojos que nunca supe si reían o pensaban. Como si los ojos pudieran pensar. Quién sabe. Estabas ahí, y comprendí en ese instante que debía actuar inmediatamente antes de que las palabras nos alejaran de nuevo, antes de que ese equívoco que nos había separado se instaurase otra vez entre nosotros y nos arrojara cada uno a una punta distante del mundo. Te tomé por los hombros con una fuerza que nunca tuve. Te tomé por los hombros porque estabas cerca, tu cuerpo casi tocaba el mío. Te tomé por los hombros con manos nuevas, durísimas, y te arranqué del sitio en que tus mismos pasos y mi presencia te habían colocado. Te arrojé al vacío, si vacío se puede llamar a ¿cuánto? ¿diez pisos? ¿veinte? Todo lo que supera nuestra propia, ínfima estatura, para nosotros es el vacío.

Te arrojé al vacío pero entonces sucedió algo inexplicable, horroroso. Yo mismo caí con vos. Yo que quería librarme, librate, librarnos de nosotros mismos para poder seguir amándonos. Yo caí junto a vos y no te veía caer, porque nadie sabe lo que es el vértigo que provoca la desesperación. Mas un instante después ya no sentí desesperación, flotando en la velocidad con que me acercaba a mi muerte, se detuvo el tiempo y pude saborear la soledad. Estaba sin vos, estaba libre de mi amor en ese instante que duraba más que un instante porque había vencido al tiempo. Ya no amaba, ni sufría, ya no escribía ni tenía miedo. Sobre mi cuerpo horizontal, en caída libre, a la altura de mi pecho, caía mi corazón. Latía y al ritmo paralelo de su latido se escurría el aire entre nosotros. Si extendía la mano y la abría, hubiera podido tomarlo, apretarlo entre los dedos. Pero lo que menos quería era apoderarme de mi corazón, porque la libertad era perderlo.

Caí y me hice pedazos junto a una alcantarilla de la calle. Me hice pedazos y no podía mover la cabeza para ver dónde estaba tu cuerpo, tu cuerpo seguramente también destrozado. Tu cuerpo destrozado y que yo no veía. Tu cuerpo que ya nunca iba a llevar a tu corazón cerca del mío.

Y cerré lo que quedaba de mis ojos, para que la muerte tuviera menos trabajo. Y dejé de respirar, para ayudarla en su tarea tanto esperada. Y sin embargo escuché, escuché en mi oído desmembrado tu risa, tu risa grave y escalonada, como los peldaños imposibles de una escalera que no lleva a ninguna parte. Tu risa junto a mí, tal vez surgía de la alcantarilla, porque tal vez la alcantarilla comunicaba con el mundo de los muertos. Mi próximo mundo. Mi mundo que no llegaba.

Y vos allí riéndote. Invisible riéndote.

SOBRE LA LIBERTAD

La libertad del ser humano no existe. Es decir, no en el sentido en que se entiende habitualmente, y como ha llegado a institucionalizarse y comercializarse en este sistema que se basa en la no-libertad.

Si un hombre o una mujer fueran totalmente libres, no serían humanos. Porque el ser humano es tal en cuanto integrante de una sociedad, sin la cual no sería humano, ni tampoco animal, ya que ha perdido la vinculación y la capacidad para sobrevivir y estar en el mundo en armonía con la naturaleza. Por lo tanto el ser humano debe vivir en una sociedad, para ser humano. Ésta es su paradoja, ya que desde el momento en que vive en sociedad, vive reprimido. Y si entendemos la libertad como la posibilidad de hacer lo que se quiera, entonces esta libertad no existe para ningún ser humano. Nadie que viva en sociedad es libre en este sentido, y nadie que haga lo que se le dé la gana puede vivir en sociedad, por lo tanto no puede ser humano.

La libertad entendida como la capacidad de pensar, decidir y hacer lo que se quiera es una mentira de la sociedad, que llena este concepto con los productos de mercado del sistema. Mientras más libre se siente una persona según las reglas de este sistema, más encadenada está a sus prejuicios y sus órdenes, que llevan indefectiblemente a la sumisión más abyecta y a la anulación de todo pensamiento creativo.

Me pregunto entonces, ¿existe alguna libertad para el ser humano? Tenemos menos libertad que un pájaro y que un pez, como lo dice Segismundo en *La vida es sueño*. Y es justamente en esta obra en donde Calderón de la Barca demuestra que la libertad soñada por el príncipe encerrado en la torre es una quimera, ya que la torre se trueca en el trono y la corte, y Segismundo concluye tan prisionero de sus deberes como antes lo era de sus cadenas. Hamlet también es un esclavo, porque no acepta la realidad y no soporta el orden de las cosas de esa realidad, pero tampoco tiene la capacidad de cambiarla. El mandato de su padre lo ata a la realización de una venganza que significa su propia muerte, y su condición de sabedor de la verdad lo condena a no poder escapar del laberinto de su mismo pensamiento.

Por lo tanto, el ser humano no puede ser libre.

Pongamos a un ser humano en medio de un desierto infinito, y será libre. Pero ya no será humano. Porque la humanidad es especular, y necesita construirse en un ambiente social, reflejándose constantemente en otros seres humanos, con los cuales comunicarse a través del mayor logro cultural de todos los tiempos: el lenguaje.

La cuestión es que el ser humano quisiera ser libre entre los demás seres humanos, y eso es imposible. A no ser que llame libertad a un desarrollo intelectual y espiritual enmarcado en los parámetros de la sociedad. Tal vez la cultura verdadera -no la que alimenta y droga a las masas-, podría, en grandes dosis y suministrada sin pausa a lo largo de una vida, provocar en un ser humano una sensación de libertad. Pero hablamos de sensaciones únicamente, ya que nunca se podría salir de los límites de la sociedad humana. Sin embargo quizás ese desarrollo de la mente y el espíritu consistan en la única libertad para un ser humano, porque otra libertad ya es imposible, visto que no puede volver a ser animal, ni planta, ni piedra, ni río, ni montaña, ni siquiera puede volver a ser una célula.

La sociedad es una cárcel con ventanas que dan hacia adentro.

Cuando se abre una puerta, se vuelve a entrar, jamás se sale.

El hombre y la mujer libres quizá son aquéllos que han comprendido este anatema. Para ser libres es necesario aceptar,

comprender, estudiar y teorizar la propia cárcel. Ésa es la condición humana.

Asterión en su laberinto.

CARTA DIECISÉIS

Has sobrevivido a mi muerte como yo a mi vida.

No has muerto, para que yo pueda seguir viviendo. Y yo persisto mientras persista en silencio tu presencia en el mundo. Después de todo, ¿qué es la muerte? La muerte existe para los demás, para los que prosiguen en una tierra en la cual ya no estamos. Para quienes mueren, la muerte no es. Simplemente dejan de existir, como deja de existir una antigua casa que es demolida para construir una carretera.

Pero vos estás, y esa conciencia me revela que sigo en el mundo, y que la muerte aún no ha sido. Por eso ahora comprendo que matarte sería suicidarme. Y me pregunto qué sucedería si fueras vos quien me asesinase. ¿Seguirías viviendo? No en estas palabras, pues soy yo quien las escribe. Vivirías en el anonimato común, en la masa indistinta de las personas que cada día salen a la calle, repiten gestos y palabras, y vuelven a encerrarse en sus cajas para desaparecer por algunas horas y después replicar el simulacro. La vida. Qué coraje llamarla así. Debería ser solamente existencia, y ya el término le queda gigantesco. ¿Qué existe? ¿Qué existe de vos más allá de mis palabras que te están construyendo permanentemente? ¿Y acaso estas palabras son justas? ¿son justas con tu belleza, con tu inteligencia, con la sagacidad de tu mirada? Sé muy poco de todo, pero menos sé de mí mismo. Me manejo con palabras, y ellas viven a través de mí.

Pero vos, amor mío imposible, ¿detrás de cuáles palabras te has escondido ahora? ¿Cuál es la clave que debo pronunciar para que tu presencia se materialice, para que tu olor me alcance y me penetre, para que tu respiración se mezcle con el aire que respiro? Hemos estado juntos tantas veces, hemos intercambiado el mismo aire noches enteras, hemos compartido salivas y líquidos internos, alientos de las entrañas, a veces lágrimas saladas. Y cada vez que el silencio se rompía, un hacha invisible agrandaba el abismo entre los dos. Hasta que un

día me dijiste que no querías volver a escuchar mis palabras, ni mucho menos leerlas, porque ellas te habían mentido, te habían arrojado a la infelicidad. Y yo que creía que era dueño de las palabras. Desde entonces no te hablo. Sólo escribo, escribo y escribo porque de otro modo las palabras me asfixian. Ellas hacen presión sobre mis venas y aprietan mi garganta.

Y sin embargo te has acercado. Peligrosamente te has acercado a mí y me has llegado a mirar. Por eso traté de matarte, y sólo estuve cerca de matarme.

Si vos murieras lo sabría inmediatamente, porque me quedaría sin palabras.

CARTA DIECISIETE

Te extraño.

Y me duelen los lugares en donde hemos sido felices.

Te extraño porque vos me suscitás melancolía. Tu alma es densa y cargada de sombras, de sufrimientos, y eso provoca en mí la piedad, que confundo con el amor. Pienso que me necesitás porque la vida para vos ha sido demasiado dura, y me siento culpable, culpable de huir con mis palabras fuera de tu vista, culpable por haberte dejado ir, culpable de no ser capaz de callarme. Y yo no sé distinguir mi amor de esa melancolía, de esa necesidad de sentirme responsable de tu felicidad. Como si yo pudiera detener la avalancha de males y dolores que la existencia arroja sobre la cabeza de todos los seres humanos, y para vos la contuviera con mi sola presencia, e hiciera tu vida más amena, más soportable. ¿Eso es amor? ¿Es piedad? ¿Cuál es la diferencia?

Vos me suscitás melancolía. Tu ausencia se corporiza en mí con un puño cerrado en mi pecho, y me arranca el corazón. Entiendo que no es justo, no es justo con vos, pero no es justo conmigo. ¿O debería haber algo de felicidad para nosotros? Sin embargo me doy cuenta de que no ha sido la alegría la que nos ha acercado, que no encontramos felicidad juntos, sino que los dos tejimos ese puente de melancolía que nos unió y nos retuvo

uno al lado del otro, y cada alma, la tuya y la mía, cargada de pesares, encontró en la otra su eco piadoso, y nos quedamos mucho tiempo juntos, contemplando cómo la dicha pasaba por enfrente, sin que pudiéramos ni siquiera tocarla con las manos. La dicha encarnada en todos esos seres para los cuales ha sido hecho el mundo, y que viven en él como en su propia casa; no padecen esta terrible sensación de estar fuera de lugar, de tiempo, de planeta, de existencia. Esos hombres y esas mujeres que sonrían mientras escuchan música con sus audífonos, y que caminan con la seguridad de quien pisa el terreno para ellos destinado. Ésos, pasaban por la vereda de enfrente a la nuestra, nosotros exiliados del mundo y de la felicidad, nosotros extranjeros para los que no había sido previsto nada, ni el paisaje, ni el aire, ni las palabras.

No sé si hemos estado juntos por amor o por tristeza.

Porque ahora evito cada calle, cada paseo, cada plaza y cada lugar en que hayamos estado los dos en ese simulacro que algún día creímos que era la felicidad. Cuando hablábamos y teníamos la ilusión de que nos entendíamos, cuando hacíamos proyectos y estábamos convencidos de que los llevaríamos a cabo juntos. Y no sabíamos que estábamos hablando otro idioma, que cada uno de nosotros decía otra cosa, y que era la terrible melancolía la que se instalaba en esas palabras y les daba la apariencia de la comprensión, pero las cargaba de bilis negra, de pesar y de distancia. Una bilis negra que poco a poco, antes o después, iba a trepar por la garganta hasta impedir la respiración. Por eso aquellos lugares me son odiosos, y estoy seguro de que en lo que me resta de vida no volveré a visitar ninguno de ellos. Porque se han quedado grabados en mi alma como si fueran los momentos de la felicidad. Y sólo han sido y siguen siendo los escenarios de mi melancolía, viven en mí, mi recuerdo los reconstruye permanentemente detrás de mis párpados, los colorea y los llena de aquella brisa.

Nada de eso es materia. Los lugares son nosotros. Son nuestro estado de ánimo, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos. Por esa causa esos sitios ya no existen, porque vos ya no estás en ellos conmigo.

No te extraño. Extraño la melancolía que me provocabas, y la ilusión de felicidad que teníamos cuando estábamos juntos. De todo eso, tu ausencia ha dejado este pesaroso sentimiento de culpa que sigo confundiendo con amor.

CARTA DIECIOCHO

Cae la nieve sobre el jardín. Súbitamente el cielo se ha vuelto blanco, y se deshace en minúsculos fragmentos que vaivenean con pereza, tal vez con miedo, hasta tocar la tierra muda. Y allí se asientan, casi translúcidos; poco a poco van cubriendo todo con una gasa sutilísima que refracta la luz y la multiplica, brillante y efímera, helada, aparentemente dura como una roca, y sin embargo quebradiza y frágil. Cristal de nieve cuaja sobre los árboles y los arbustos enmudecidos. Nada se mueve excepto ese despedazarse de lo invisible sobre todas las cosas. Qué es la nieve, sino la descomposición del mundo, la agonía del cielo que se desmigaja en hojitas inaferrables, frías, blancas, silenciosas y livianas. Bastaría el soplo de una brisa inesperada para cambiar la configuración de este paisaje que este prodigio incandescente va construyendo sobre el viejo mundo, sobre las cosas conocidas y ya tan pronto olvidadas. Pero nada se mueve excepto ese cielo, y desangra blanco, blanco y silencio.

Un pájaro con el pecho amarillo y una máscara negra sobre los ojos ha bajado de las nubes y se ha parado sobre el borde del estanque. Mira a su alrededor la insólita construcción de este otro jardín blanco, como si tuviera la misión de inspeccionar el cumplimiento de una orden traída desde más allá de la claridad ciega que techa la existencia esta mañana. Mira, y sus ojos negros y astutos penetran dimensiones invisibles con rápido movimiento, sin parpadear, gesto superfluo para quien vive en el aire. Esponja su plumaje y las alas fugazmente descubren el poderío que esconden así, pegadas al cuerpo, quietas en este instante detenido en el margen espejado del agua. La nieve no lo toca, porque tal vez este pájaro conoce el triste nacimiento de esta sangre helada, y ha sido quien decidió que hoy la Tierra se volviera blanca y fría, como siempre debería haber sido, como siempre debería ser.

Gira la cabeza soberbia y erguida, el pico tenaz apunta a mi ventana, yo detrás del vidrio, pájaro también yo sin alas y prisionero. Pájaro de palabras, cielo de páginas, mudo ante el prodigio del universo. Apunta su pico afiladísimo y parece decir que no va a decir nada. Nada a mí me dirá, porque no hay nada que decir. Ambos lo sabemos.

Con un gesto inhumano y preciso, agacha el cuerpo perfecto y abre las alas, aquellas alas que se habían enmascarado y era potentes, y alza el vuelo, veloz y alto, pasa sobre los arbustos y los árboles y no le importa lo que quedó aquí abajo, aquí los pájaros sin alas. Aquí los vidrios de las ventanas ciegas. Aquí las palabras. Vuela y ya se pierde en el blanco, en donde nace el blanco que hoy el cielo desgrana sobre el mundo. Mancha apenas, silueta de obsidiana, recorte de una noche sin estrellas, y desaparece.

Frente a mi ventana la nieve.

No.

No es verdad. Ha estrenado el verano una mañana luciente. La nieve es un recuerdo; un recuerdo de otro invierno, o un sueño. Sueñan los sueños siempre lo que no tienen, o lo que han perdido. Siguen las palabras rodando por el espacio, por el jardín dichoso de la luz, tropiezan con el espejo de agua. Ningún pájaro ha bajado del cielo esta mañana.

LA TRISTEZA Y LA MELANCOLÍA

Se trata de un estado que muy frecuentemente se confunde con la melancolía. En cambio se diferencia de ésta en que la tristeza es producto de un fracaso, llamémoslo así, de la vida. Y entendamos por vida la cotidianidad dentro de un sistema en el cual vivimos, nos desarrollamos e interactuamos, y que nos proporciona nuestra condición humana. La melancolía, en cambio, es un estado que tiende a la permanencia, y que se enraíza en una sensación de pérdida o vacío, la falta de algo imposible de definir que no solamente es inalcanzable e inasible, sino que ni siquiera tuvo ni tendrá la posibilidad de existir jamás. La melancolía es un estado natural de la mente, mientras que la tristeza es un producto del sistema. Porque la melancolía siempre se remite a lo inexistente, mientras que la tristeza necesita de un objeto material cuya ausencia o pérdida es su causa. Y por ello la melancolía tiende a ser un estado constante, o al menos recurrente, durante toda la vida, mientras que la tristeza, al necesitar un motivo material, es oportunista, y acaece solamente si las condiciones materiales le son favorables.

Una persona está triste porque ha roto una relación sentimental. Pero sólo puede experimentar la melancolía ante la imposibilidad del amor, pues el amor como se lo concibe en la condición humana, es imposible.

¿Digo imposible y sigo nombrando sin nombre a quien es objeto de mi amor? Sí, porque la melancolía no significa negación del amor, sino la irrealización del amor.

La melancolía es la prueba tangible de la incapacidad humana para superar la barrera que aísla y exilia, que impide tocar con la propia mano el corazón amado y quedarse a vivir en él, o al menos junto a él. La melancolía certifica y realiza la condición humana; pero no tiene ninguna vinculación con la muerte. La tristeza sí, la tristeza es la muerte que está eligiendo órganos, momentos, síntomas, el ropaje teatral y la escenografía que usará en su primera y única función. Se puede vivir con la melancolía, con la tristeza solamente se puede morir.

La melancolía es la linfa de quienes aman profundamente la vida, y por eso contemplan en silencio el lento marchitarse de una rosa.

ESTO NO ES UNA CARTA

Increíblemente, como suceden las cosas inesperadas, hoy me ha llegado una carta tuya. En tiempos en que no existen las cartas escritas, encontré el sobre en el buzón de mi casa. Apenas lo vi reconocí tu letra desprolija e irregular, y sería estúpido decirlo, pero sentí una sensación de fuego en el corazón, como si una mano de hierro al rojo vivo me lo tomara y cerrara sobre él sus dedos incandescentes.

Tu carta dice:

“Nada de lo que hemos dicho vale. Nada de lo que no dijimos vale. Nada de lo que podríamos decir vale. Nada entre nosotros vale. Pero te escribo esta carta para contarte algo inusitado: me olvidé de tu cara, y ese extrañísimo fenómeno me causó mucha agitación, extrañeza diría. Porque lo que más quería era olvidarme de tu cara. Uno se olvida de una persona,

de su voz, de sus gestos, de su pensamiento, pero no de su cara. Pues yo me olvidé de tu cara. Y entonces pensé que era justo que así fuera. Y que olvidarme de tu cara era, en el fondo, un premio a mi perseverancia. A mi constancia por mantenerme lejos, sin comunicación con vos.

Pero hay algo que no entiendo; no te puedo olvidar. No recordar tu cara me hace recordarte. Y eso es lo que me enloquece, me angustia, me desequilibra.

Te pido por lo tanto que hagás algo. Dejá de escribir, dejá de existir”.

¿Qué hacer con esta carta? ¿dejar de escribir? Es mucho más fácil dejar de existir, aunque una cosa lleva a la otra. Sí, siempre me dijo que las palabras... Pero yo soy mis palabras. Entiendo que de este modo, soy soy su tortura, Pero me pregunto, ¿existiría sin mis palabras? Si yo dejo de escribir sobre mi amor, ¿no dejará de existir también este amor? O sea, ¿qué va a ser de su persona? ¿se perderá en el anonimato del mundo junto a la gran mayoría de zombis que caminan por la faz de la tierra, esperando solamente el día y la hora de morir para dejar lugar a otros muertos vivientes que seguirán caminando por sus mismas huellas y repitiendo sus mismos gestos y palabras hasta que la muerte se los lleve y seguirán otros, y después otros, hasta que el planeta se harte y expela a los seres humanos de su piel como un perro que sale del agua, se sacude y se seca al sol, para proseguir su trote feliz en el universo infinito?

Ah, la felicidad.

Ah, la dicha, que a nosotros nos ha sido vetada. Yo dejo de escribir, está bien. Por lo tanto dejo de existir. Le dejo la libertad. La libertad de morir en el anonimato. En la desidia de la cotidianeidad. ¿Cómo sabe de mis palabras? ¿Es que las palabras crean el mundo y su realidad? Estoy seguro de ello, por eso sigo, sigo sin poder detener mis manos que son lo único que se mueve en este ser que llaman mí, que llamo yo. Las palabras que fluyen y fluyen, ésa es la realidad. Y mi amor es estas palabras. Sin mi amor no puedo vivir, sin mis palabras no puedo vivir, sin lo que escribo nada existe. ¿Qué voy a hacer entonces? No se trata de vivir sin amor, se trata de no vivir. ¿O es acaso que vivir sin amor significa no vivir? ¿estoy cayendo también yo en esta falacia del amor y la vida?

No, definitivamente no. Yo escribo para estar vivo. Y estar vivo es amarte. Y amarte es escribir sobre este amor. Si dejo de escribir dejo de amarte, amor mío, y por lo tanto dejo de vivir. No quiero morir por no amarte. Ni quiero vivir sin amarte. Quiero amarte. Cómo hacer caso a tu pedido. Cómo borrarte del mundo. Cómo matarme.

CARTA DIECINUEVE

Para olvidarte, te fui a buscar.

Te fui a buscar a un local nocturno. Un boliche, dirían los jóvenes. Sí, nosotros también decíamos boliche. Lo que pasa es que hacía tanto que no pisaba uno de esos lugares que no sabía ya cómo llamarlo. Pero fui. Es un lugar que se encuentra en el centro de la ciudad, por lo tanto es pequeño, porque en el centro sólo hay lugares pequeños, negocios pequeños, gente pequeña. El centro de la ciudad se ha vuelto pequeño, pequeño y horrible. Recordaba este lugar, antiguamente exhibía imponentes fotos de las estrellas de la noche, algunas veces travestis, en la entrada. Mujeres (o semi mujeres, qué sé yo), sonriendo bajo una tonelada de maquillaje y pestañas postizas, enfundadas en vestidos apretadísimos y brillantes. Me gustaban esas fotos, eran como la radiografía íntima de la feminidad. Una feminidad inventada, como todo lo que nos caracteriza como hombres y como mujeres.

Llegué y ya no estaban esas fotos. Pagué una entrada irrisoria, lo cual me hizo temer lo peor. Lo peor porque antes era más cara, y eso se debía a que había shows de revistas y transformismo, unas superproducciones llenas de plumas, play back y luces de colores. Entré y el clima era desolado. Inmediatamente ya estaba arrepentido, arrepentido de todo lo que estaba haciendo. Gente feísima ocupaba algunas mesas redondas circundadas de taburetes también redondos, de cuerina o algún material igualmente infame. Me senté a una de esas mesitas, y miraba alrededor la fauna circundante, personas destruidas por el aburrimiento y el sinsentido de la existencia. Poco después empezó el show de un jovencito que imitaba a algunos cantantes a la moda, algunos de éstos que deben ser famosos quizás, yo no sé nada del mundo. Era tan patético que no podía mirar al escenario, ni mucho menos a él, porque me

daba vergüenza. Vergüenza de la mediocridad, del mal gusto, de la estridencia, de la imitación, del falso fervor de las mujeres y hombres que lo seguían y batían palmas descreídamente, sin fe ni convicción, al compás de esas canciones ininteligibles, tapadas por el fondo musical grabado, absurdas.

Esperé. Estoicamente esperé, porque esa tortura tenía que terminar. Así fue, y cuando el imitador se hubo retirado, me quedé inmóvil, imaginando que estaría en paz, pero inmediatamente empezaron a retirar las mesas para despejar la pista de baile, una música estruendosa reemplazó las disonancias del cantante y la gente se puso a bailar. Me quedé junto al mostrador, náufrago aferrado a una roca aislada en medio de un océano de monstruos y peligros; una roca cortante. Miraba la miserable marea humana y te buscaba. Vos que hubieras relumbrado por tu belleza en medio de tanta fealdad.

Lo que no sabía, lo que no podía imaginar, era que estabas entre esa pequeña multitud animada, estabas y mutabas permanentemente. Eras alto, muy delgado y desgarbado casi, y te movías al compás de esa no música con pasos desmesurados y desacordes, las piernas demasiado largas, no sé, o los brazos desastrosos, y tu perfil aquilino ya se aguzaba contra otra cara allá, más abajo, porque eras alto, sí, muy alto. Y entonces, en el delirante ondular de ese sinsentido humano te veía otra vez, y eras pequeña y armónica, el vestido de lentejuelas ajustado en un cuerpo que podría haber sido un pez o un calamar en cualquier momento; los minúsculos pies inalcanzables velocísimos en sandalias de estrás, y el cabello ensortijado y rubio, falsamente rubio, falsamente ensortijado, tratando desesperadamente de seguir las convulsiones de una cabecita casi invisible. Pero no, eras esa otra mujer, ese enorme pólipo oscuro llena de puntillas sintéticas, que desplazaba su masa carnosa bajo las luces cambiantes, como debe desplazarse la ameba en el territorio que le pertenece, y agitaba una larga cabellera renegrada como los mil látigos envenenados de la Gorgona. O eras quizás ese joven de cabello corto, casi demasiado serio para estar en ese infierno, un joven de camisa a cuadros y pantalones vaqueros, bailando mesuradamente y sin embargo disfrutando, disfrutando al hablarle al oído a otro joven como él, casi igual, casi igualmente vestido, otro joven que también bailaba, tan de frente uno con otro que casi se chocaban, pero no chocaban, se rozaban con una sensualidad

tan próxima al sexo que se hubiera dicho que ya estaban copulando. Y entonces una cabeza dorada, dorada como la cabeza de Palas Atenea, se destacaba sobre las demás con el cabello perfecto y denso enmarcando una cara no joven ni bella, fuerte y desgraciada, profundamente desgraciada, sobre unos hombros excesivamente anchos, sobre una cadera angosta y unas piernas flacas y torcidas que se hubieran dicho de algún pájaro de los esteros, a punto de levantar el pie largo y puntudo para mantenerlo un instante fuera del agua y observar con el ojo alquitranado si algún molusco serviría de aperitivo en esa noche imposible.

O eras ninguno de esos seres que se hubieran dicho felices, tal vez lo eran, pero que me causaban tanta infelicidad que tuve que dejar de mirar, tuve que bajar la cabeza y mirar lo que no se veía, que era el piso vibrante bajo los saltos de cientos de pies, la música chirriante la penumbra el humo de los cigarrillos las luces enloquecidas y yo que escapaba corriendo y corría ciego afuera, afuera de ese antro, afuera de la felicidad de todos los demás, afuera de mí mismo, afuera afuera, afuera

CARTA NÚMERO VEINTE

Mi buen amor, cansado de correr tras tu imagen, te desimagino. No tenés cuerpo, ni cara, ni voz. Sos sin ser. De esa manera puedo no verte, y no viéndote te veo como yo quiero verte. Te percibo y te siento sin la necesidad de mis sentidos externos. Es un sentido que llevo dentro, que es otra cosa. Tal vez así finalmente logre engañar a las palabras, y dándote una vez más la razón, pueda acercarme a vos sin esa escalera de signos que trepo constantemente sin llegar a ninguna parte.

De este modo no sos nada, ni nadie, y sos mucho más que un cuerpo y una voz. No tenés sombra ni me das miedo, ni me da miedo perderte porque no puedo poseerte, ni tocarte, ni sentirte lejos. De este modo no envejecés ni cambiás, ni volvés a engañarme con tu belleza arrasadora, ni me seducís con tus manos y tu mirada. Nada podés hacerme y yo de vos todo puedo hacer. Te poseo como poseo a mi sombra, no te puedo asir, pero puedo inmovilizarte junto a mí, a mi lado, y tenerte, cerca, prisioneros ambos uno del otro.

Si yo pudiera hacer conmigo lo mismo. Si saliendo de mi cuerpo fuera una sombra, material de un sueño, nube negra extraviada en un cielo sin estrellas, entonces podría abrazarte sin temor, correr detrás de vos sintiendo que no hay distancia sino vértigo, sensación de vuelo, aire inmenso. Si pudiera liberarme de esta pesadísima cadena de la materia y convertirme en lo que a vos te convierto, imagen sin imagen, color cambiante sin perfume, sonido silencioso, arcoiris por el que corrés y te abrazo por la espalda, y rodamos juntos sin límites, sin límites el espacio, sin límites nuestros cuerpos no-cuerpos, nuestros seres plenos de nosotros mismos que ya somos otros y por lo tanto somos más que nunca nosotros.

Ah, la libertad que no tengo aquí.

Aquí ante esta página, aquí en esta habitación desde la que escribo y escribo y te invento y estás a mi lado, ideal, en silencio, vos imagen de palabras invisibles, pero no son palabras, no, son lo que son sin necesidad de conformarse, sin forma, sin sonido. Son lo que sos y lo que soy.

Pero yo deliro, porque sigo atado a esta silla, a este teclado negro. Tengo solamente diez dedos para escribirte, de los que uso menos, no sé, nunca aprendí a escribir en estas máquinas, las máquinas nunca aprendieron a crear.

¿Escuchaste? Fue el aleteo de un pájaro. ¿O fuiste vos que abriste alas inexplicables y te fuiste por la ventana que da al jardín? Ay, qué tristemente limitado mi cuerpo, qué pequeña esta habitación y qué prisión mi mente. Estás o no estás a mi lado, ya ni siquiera lo puedo saber. No espero una respuesta tuya, solamente anhelo una respuesta mía.

Y hasta eso soy incapaz de hacer.

CARTA VEINTIUNO

Yo soñaba.

Caminábamos juntos por una vereda, entrábamos a un negocio donde se vendían películas, y elegíamos varias, muchas. Al salir, subíamos a mi auto y vos me decías que ibas a manejar. Una amiga iba sentada detrás. Una amiga muerta. Vos

bromeabas, con juvenil buen humor, y para hacer una gracia dejabas que el auto se fuera hacia adelante, donde había estacionada una pequeña camioneta, de esas que se usan para repartir mercaderías. Yo te decía que pararas, que no hicieras estupideces, pero vos te reías y más dejabas que el auto se deslizara por el borde de la calle en que estaba estacionado. Yo me ponía tan tenso que casi te gritaba, hasta que el auto daba un golpe a la camioneta y ésta se movía, empezaba a desplazarse cada vez más rápidamente, y cruzaba la esquina, que estaba a pocos metros, hasta pasar por sobre una acequia y chocar contra la pared de la casa de enfrente.

Entonces vos reaccionabas y dabas la vuelta a gran velocidad por la misma calle para regresar por donde habíamos venido y escapar. El corazón se me salía por el pecho y empezaba a decirte lo imprudente que habías sido. Estacionábamos el auto en otro lugar y regresábamos caminando hacia el negocio, yo iba haciéndote reproches, el enojo ponía palabras en mi boca, enronquecía mi voz, y mi amiga caminaba un poco detrás de nosotros, más lentamente porque estaba enferma. Yo sabía que mi amiga había muerto, pero pensaba que por suerte aún podía caminar, porque aún no había quedado inválida y aún no había muerto.

Pasábamos por la esquina del incidente y ya habían sacado la camioneta, quedaba un rayón en la pared de la casa, pero daba la impresión de que no había pasado ocurrido nada catastrófico. La otra esquina era una panadería, y yo decía que tal vez la pequeña camioneta chocada pertenecía al repartidor de esa panadería.

Sin embargo seguía reprochándote a medida que caminábamos, y entonces vos, para acallarme, te detenías imprevistamente en medio de la vereda, te dabas vuelta hacia mí y me abrazabas. Y no eras vos, pero eras vos. No eras vos y yo sabía que nada podía esperar de ese abrazo, porque era sólo una reconciliación por el episodio del auto, que tu belleza y tu juventud nada más podían querer conmigo, y sin embargo tu cuerpo me circundaba y yo estaba inerme, y me besabas el cuello y yo sabía que no eras vos y que yo era más yo que nunca y me abandonaba y ponías tu boca tan junto a la mía un mareo me ganaba y la nada.

Y seguíamos caminando, detrás mi amiga, la que estaba muerta.

RECONSIDERACIÓN SOBRE LOS SUEÑOS

Los sueños son un papel atrapamoscas.

Creí que los sueños eran la vida en libertad. Pero ¿acaso la libertad puede existir en un universo de símbolos, signos y máscaras? Los sueños aceleran el ritmo cardíaco y producen asfixia. Los sueños son un engaño, y es posible que la realidad exista para impedirnos cumplir ese engaño.

Si viviéramos constantemente en el mundo onírico tal vez moriríamos a causa de las emociones. La realidad, la vigilia, probablemente sean la realización del proyecto que se traza en los sueños, o mejor sería decir, el cumplimiento de ese proyecto, de manera tal que es en la dimensión de la realidad donde nos damos cuenta de nuestra finitud y de nuestra imposibilidad, y no en los sueños. Entonces, de ser así, es la realidad la que nos salva del sufrimiento, porque los sueños son intensos, desesperados, apasionados.... Pero nunca concluyen. La realidad nos lleva a un plano chato, insulso, en el cual podemos llevar a cabo lo que habíamos soñado, y darnos cuenta de manera fehaciente de que era inútil, de que toda ilusión forjada en los sueños se desvanece, de que toda pasión queda inconclusa, de que toda ilusión se esfuma y deja en su lugar un vacío desolador.

¿Será este tremendo insomnio que llamamos realidad la tabla que nos salva del naufragio de los sueños? ¿Deberíamos aferrarnos a la vigilia y mantener los ojos del alma siempre abiertos sobre este mundo pedestre, y soportar las injurias de la existencia en pos de lo real, porque de otro modo anegaríamos en la engañosa infinitud del mundo onírico?

Qué poco vamos a amar entonces, qué poco vamos a sentir, qué poco vamos a vivir. Porque nunca he amado, sentido ni vivido tan intensamente como en los sueños. Y nunca tanto he temido y tanto he llorado. La realidad es una misérrima sombra de lo que puede alcanzar el alma en ese otro mundo, en esa dimensión hecha de niebla, pero que sin embargo es capaz de penetrar nuestro pecho como un puñal de oro, un puñal que se bebe la sangre que él mismo derrama.

CARTA VEINTIDÓS

Acostado en el lecho que sirve de mortaja a mis ilusiones, esperaba pacientemente que la noche terminase, y la sábana de la oscuridad se deslizara silenciosamente por el límite lineal del horizonte, arrastrada por los picos dorados de los pájaros del alba.

Una mano que no era la mía y que yo conocía y no conocía, se apoyó sobre mi sexo y sin palabras, como deberían suceder todas las cosas humanas, que humanas tal vez no serían, pero serían humanas, empezó a acariciarme. Su premura era tal, tan contenida eran su decisión y su certeza, que permanecí inmóvil, tratando de que mi respiración mantuviese esa apariencia de sistemática regularidad que indicaría calma, sosiego, indiferencia. Pero cómo decirle al cuerpo que esa falta de palabras otra cosa no era sino la puerta abierta a lo que no necesita palabras, al dique contenedor del terrible deseo, que suele cobijarse en la penumbra para despertar todo lo que no necesita de la luz para moverse. Entonces mi sexo respondió, libre de mí y de mi inmovilidad, y la excitación lo irguió sin importarle mi mente, es más, lanzando sobre mi mente oleadas de un océano imparable, donde ya se formaban imágenes, inasibles y borrosas al principio, cada vez más poderosas e imparables pocos segundos después. Y esa mano que no se detenía y mi cuerpo que entonces se liberó totalmente del disimulo a que lo sometían la sombra y mi voluntad, y se precipitó sobre el otro cuerpo, ése de donde provenía la mano anónima, y lo inmovilizó con su peso y con una inusitada fuerza de brazos que parecían haber surgido de la nada para transformarse inesperadamente en tenazas de hierro. Con ellos aferré ese cuerpo callado que había extendido la mano y que ahora se volvía sumiso y se sometía a la imparable fuerza que él mismo había despertado en mí, en mí que ya era todo cuerpo, que ya era todo erección y nada más que un vientre sin mente, oleaje que golpea un acantilado por primera vez con la fuerza de la marejada que le da la Luna. Aferré ese cuerpo y descendí hasta su mitad, descendí con mi cabeza ciega que de pronto era sólo una lengua, una lengua húmeda y vibrante, una lengua que humectaba y buscaba orificios, y recorría y se deslizaba afiebrada por lugares que podrían ser conocidos, y que si no lo eran, se parecían a los lugares conocidos, la zona que late bajo el inapelable mandato del deseo. Y sostenido por el pilar de una

erección sin réplicas manipulé ese cuerpo invisible pero más concreto que lo visible, ese cuerpo que me había despertado no a mí, sino a mi deseo, que tal vez soy yo, y lo hice girar con presteza de experto, y me lancé sobre él y lo penetré preciso, brutalmente. Un gemido de dolor y placer, que suelen ser la misma cosa, surgió de una boca secreta que antes había besado, había penetrado también con la misma lengua exploratoria que recorrió los ángulos de otra boca, en el mismo cuerpo. Un gemido que excitó mi furia y me impulsó a renovar la fiereza de mi impulso y a repetir el movimiento de émbolo con el cual había introducido mi miembro en el otro cuerpo. Y esta vez el gemido fue un grito, un grito tan estremecedor que la sombra se hubiera regocijado de seguir siendo sombra, para tapar el rostro que debía estar acompañando ese grito, la expresión martirizada, el éxtasis que no quiere revelarse. Más fuerte entonces mi ímpetu se abalanzó sobre ese cuerpo, y sujetándolo con brazos de roble empecé a subir y bajar sobre él, llevando al máximo la penetración y liberando casi mi miembro en cada movimiento, rítmico, sintiendo que mi propio cuerpo poseía un instrumento increíblemente concreto, casi doloroso, que debía realizar esa tarea brutal para desatarse de sí mismo, para dejar de sufrir esa rigidez que lo volvía inhumano y devoraba todo lo que de humano podría haber tenido. Bombeaba y no escuchaba el grito que paulatinamente se volvió gemido, y paulatinamente se acopló al ritmo ciego de mi penetración sin palabras, sin palabras pero tal vez gimiente también yo, yo sin oídos ni boca, sólo un miembro en acción, un aspa que mutila el aire, que entra y sale de la carne carente de toda piedad, ocupada en buscar un placer que era irrenunciable y urgente. Y a cada empujón que mi cuerpo ya tenso al máximo lanzaba contra ese otro cuerpo, sentía más placer, más calor, más delirio, como si una droga largamente esperada estuviera surtiendo efecto; y por momentos, al acercarme y clavar esa espada de hierro en el otro cuerpo, en el cuerpo inmovilizado por mis brazos y mis puños de acero, mordía el cuello entregado de mi víctima, lo mordía sin destrozar y arrancaba pedazos de nuevos gemidos, mezcla de sufrimiento y gozo infinito.

Me moví y me moví sin misericordia, porque no existieron más el tiempo, ni la noche y su penumbra, ni un ruido que no fuera el de esos dos cuerpos que luchaban una pelea sin nombre, combate milenario del que no podían escapar. Hasta que mi movimiento se hizo más veloz, mi miembro llegó al máximo de su rigidez y los gemidos que la penetración provocaba se

hicieron más frecuentes y más agudos, más dolientes, más necesarios. Apuré sin querer apurar este martirio, porque sólo la muerte podía liberarme de mi propia energía que ya no era mía, o tal vez era lo más mío que hubiera podido tener, o que me tenía a mí, y clavé hasta el fondo a ese cuerpo como si con esas puñaladas finales asegurase la desaparición definitiva de un fantasma. Entonces algo, una mano afilada, se cerró dentro de mí y arrebató todo lo que encontró a su paso, lo trituró con un gesto feroz y lo lanzó por mi miembro erecto, transformado instantáneamente en un canal, un cañón, un tubo por donde fluía algo caliente, algo que me desgarraba las entrañas y se llevaba mi contenido en raudales intermitentes, imparable. Y fui yo el que gritó y tapó el grito de ese otro cuerpo debajo de mí, ese otro cuerpo que se estremecía con el mío al recibir un océano de lava invisible, lleno ese cuerpo de lo que salía de mí, lleno y fecundado de algo que yo no sabía que fabricaba mi cuerpo, mi cuerpo que no podía detenerse, que se estremecía y jadeaba en estertores sagrados y definitivos.

Si hubo una creación en el origen del universo, ha de haber sido semejante a ese momento.

Finalmente la marea descendió, y la rigidez que me había tensado como un arco mitológico fue cediendo, a medida que mi miembro extenuaba su palpación y dejaba escapar las últimas gotas de su semen hirviente. Laxo de a poco, blando despaciosamente, ordenó a los brazos aflojar su tenaza, a las manos a desprender sus dedos acerados del cuerpo sometido, y éste también suspiró, aún vivo, aún respirante, o quizás más vivo que nunca. Todo el peso de mi cuerpo cada vez más blando se apoyó en ese otro cuerpo, muy despacio se deslizó hacia un costado y lo liberó, mientras un último gemido escapaba de su víctima, de la víctima que estaba viva y a la que tal vez había dado la vida misma, la víctima que acusó la despenetración con ese gemido donde ya había más dolor que placer, porque el dolor, que tanto se asemeja al placer, siempre sigue al placer. El gemido último, un suspiro casi, y en un lapso que podría haber sido la eternidad y que tal vez era nada más que la fracción de segundo que separa al placer del dolor, quise acariciarlo, acariciar el cuerpo que me había permitido torturarlo y darle vida, electricidad necesaria quizá para crear un alma, como aquel médico loco que intentaba crear un hombre desde la oscuridad de la muerte.

Y estiré mi mano, ahora sí una mano, no ya una tenaza de acero, una mano que se había dulcificado por la pérdida de todo ese líquido, ese veneno que antes ocupaba mi cuerpo y lo llevaba al paroxismo y a la noche. Estiré una mano humana y el cuerpo junto a mí ya no estaba. No había sentido su huída ni había presentido su ausencia súbita y muda. La mano cayó en el plano arrugado de una sábana aún caliente y húmeda, una sábana dispuesta a olvidar prontamente el peso y la forma de ese otro cuerpo, ese cuerpo que había agonizado y que había vivido bajo el mío.

Esperé el alba, porque desde entonces no tardaría en llegar, apurada por deshacer todo lo que la noche había urdido en su sombra, deseosa de llenar de rumores el silencio que la había mantenido lejos, como lejos ya estaba ese cuerpo que yo había penetrado, lejos del mío, penetrante y a su vez también víctima, también sujeto pasivo del deseo.

No supe si eras vos, si habías sido vos, porque la urgencia del deseo me había vuelto insensible a todo lo que en vos hay de conocido para mí. No supe si eras vos pero fuiste vos, seguís siendo.

Yo fui yo. Por una vez sin palabras, fui yo.

LA FIDELIDAD

La fidelidad es una elección.

La fidelidad es la prueba de que el amor es verdadero.

La fidelidad es la integridad del corazón de quien ama, y su prueba de amor.

Todo esto es basura.

La fidelidad es uno más de los inventos de esta cultura represiva que hasta no hace muchos años ponía a las tortolitas como ejemplo de pareja “para toda la vida” (Fontefrida), cuando está archidemostrado que en la naturaleza es justamente donde la hembra elige un macho más adecuado para aparearse, cada vez que debe aparearse, y de este modo asegurar una cría sana y vigorosa.

Pero esto no sería nada en comparación con la falacia más grande que encierra este concepto de fidelidad para la sociedad humana. Cuando se habla de fidelidad no se habla de lo invisible, que es lo único que vale en el ser humano (y lo que puede ser peor también), sino de sexo. Fidelidad significa simple y sencillamente “no te vas a acostar con otro/a” por el resto de tu vida. Y si lo llegás a hacer.... Caerán sobre tu cabeza los fuegos apocalípticos, y legalmente tu pareja te va a desplumar hasta dejarte en la calle, y además con esa excusa de que le fuiste infiel va a aprovechar a dar rienda suelta a su verdadera naturaleza, que es la ninfomanía (en mujeres y hombres), y se va a acostar con toda la humanidad que se le cruce por delante. Claro, hay casos en que la/el cornudo se hunde voluntariamente en una vida de desesperación y ascetismo, hasta que encuentra otra “alma gemela” dispuesta a hacer el mismo voto que el alma anterior –que se ve que había perdido el gemelazgo- no cumplió. Y así ambos pueden proseguir felices la farsa *per omnia secula seculorum*.

La represión sexual es el único modo de construir una sociedad “humana” (y entiéndase por humanidad un grupo de seres que necesitan vivir juntos sin destrozarse a dentelladas, como por naturaleza lo harían). Por lo tanto es indispensable tapar el sexo, acallararlo, y escribir libros (en el mejor de los casos de sublimación), o en su defecto conducir como locos e insultar a todos los que se nos ponen delante, o ir a la cancha y matar a puntapiés a un hincha del equipo contrario. Delicias de la sociedad humana. Porque como demuestra Lars Von Trier en su genial film “Ninfomaniaca”, la enfermedad no radica en que el sexo se desate, se libere de prejuicios, de la moral y de cualquiera otro tipo de ataduras, sino que es justamente la liberación del sexo la que provoca la revelación de la verdadera enfermedad, que es la convicción de que la cultura humana es humana y es cultura porque tiene cúspides sublimes, y que la sociedad es un orden natural que no sólo respeta sino que propicia el desarrollo del hombre y la mujer.

Pero no hay de qué preocuparse. La sociedad humana está erigida sobre bases materiales lo suficientemente sólidas como para jamás, jamás permitir estas libertades. Y para eso ha creado también muchas lindas etiquetas que sirven no sólo a la ciencia y a los estudios sobre la psiquis del hombre, sino también a la educación, y sobre todo y más que nada, a las leyes. Debería haber sólo una ley que restallase sobre el mundo

como un cartel luminoso visible desde todo el planeta y si es posible desde la Luna: se prohíbe el deseo.

Bastaría con esto para acabar con las guerras, la miseria, la desilusión, la angustia de la muerte y la mar en coche.

CARTA VEINTITRÉS

Hasta cuándo voy a seguir escribiéndote. Hasta cuándo voy a hacer de cuenta que existís. Porque tal vez exististe, o existís, que es lo mismo que si hubieras existido. Porque todo lo que ha sido es, definitivamente y hasta el final de nuestra vida. El recuerdo nos conforma y construye como una arcilla en la que se modelan los órganos de nuestro ser. Sin embargo con vos no supe, no sé. Si fueras una creación de mi mente, si pudiera borrarle como se borra la bacteria de un morbo que nos ha tenido prisioneros una temporada de fiebres y dolores, y tras un tratamiento perseverante desaparece, un día regresan la calma y el bienestar y ya no sabemos más de esa enfermedad que nos condenaba a la inmovilidad. Algunos dirán que no has existido. Yo no soy capaz. Porque de qué otro modo explicar esta marea de sensaciones, de recuerdos, de emociones que me suscita tu amor. Tu amor, qué pretensión, qué ridiculez la mía. De qué amor estoy hablando. Ordeno palabras, ejércitos de palabras alineadas en las filas que marchan desmesuradas para cantar mi amor por vos, y quizás todo esto sea únicamente la necesidad de sentirme vivo, de creer que soy un ser humano. Porque también yo he caído en esa creencia de que el amor hace humano lo que de humano no tendría más que la apariencia si no hubiera amor.

Por eso sería mejor destruir todas estas cartas, cartas a nadie dirigidas, cartas que nunca vas a leer, porque no tenés ojos, no tenés una cara que contenga esos ojos, ni tenés un cuerpo que culmine en una cara, ni sos, ni fuiste, ni serás.

Ay, qué doloroso me resulta negar tu existencia, porque haciéndolo arrebató a la mía el único sentido que he encontrado hasta ahora para que prosiga su camino sobre este mundo.

Te tuve, te extravié, te sentí a mi lado, te poseí, o me poseíste, te maté y me maté a la vez, busqué tu tumba, te recordé, nos recordé. Todo lo que escribo, que ahora me parece el derrotero ebrio de una nave sin timón ni brújula, todo lo que escribo es alimento del viento, del aire que esta mañana entra por mi ventana y cambia el otro aire, ése ya respirado, ése que desaparecerá siempre invisible, para posarse sobre los arbustos, los árboles, el pasto, y ser gusano, hormiga, mariposa o nada.

Qué voy a hacer con vos, más de lo que vos ya has hecho conmigo.

En esa carta que me escribiste me decís que has olvidado mi cara, y que por eso no podés olvidarme. Qué imaginación la mía al inventar semejante disparate. Qué necesidad de que me recordaras me impulsó a imaginar esas líneas que vos habrías escrito. Vos que nunca me escribiste, y yo que escribí por vos. Como todo este manojito de cartas, como todas estas palabras que ahora deliran en una danza enloquecida frente a mis ojos y me parece que se rieran, que emitieran un agudísimo chillido como el de pájaros atrapados, un chillido de picos agonizantes, las palabras.

Y vos, palabras.

Ha entrado un gato en el jardín. Hace días que se acerca a la casa, atraviesa el jardín con su paso cadencioso y despreciante, y se acuesta en el alféizar de la ventana del estudio en el cual escribo. Desde allí, adormilado casi, lleno de pereza y suntuosa soledad, suele mirarme con sus ojos irisados, amarillos y fríos. Quisiera creer que es tu enviado, un mensajero de terciopelo al que has pedido que me haga compañía. Pero no, es un gato, un maravilloso ejemplar de la vida, la que a mí me falta y que él despilfarra serenamente, con la desidia de quien saborea un mundo que para él ha sido creado. Yo soy el intruso. O soy el que invade su jardín con mi desoladora forma inarmónica, el que no tiene lugar ni sentido. Comprendo quién es él, y qué soy yo.

LA ESPERANZA

Qué otra cosa podría ser más nociva que la esperanza. ¿La tiene la naturaleza? ¿La tiene el mismo universo? La esperanza es el

sueño de un futuro que no existe, y se va carcomiendo de vacío a medida que crece esa enfermedad que lo proyecta con la absurda creencia de que algo va a ser mejor, de que algo va a cambiar para dar lugar a un nuevo orden, un nuevo mañana. La esperanza ha permitido que las religiones dominasen la fuerza de voluntad de toda la humanidad, que nublaran su entendimiento y la hicieran creer en lo invisible, en el poder de alguna divinidad vengativa que promete y promete lo que no existe. La esperanza sostiene las dictaduras, justifica los desmanes del poder y la represión, en pos de una paz que vendrá. La ambición desmedida y el ansia de poder, la inescrupulosidad y la corrupción de algunos son sostenidas por la esperanza de millones. De millones de ingenuos o egoístas que creen en algo que sucederá, en un avenir muy próximo y muy feliz. La esperanza, por lo tanto, es el sustento de las guerras y del hambre en el mundo, porque engaña a las multitudes que tienen comida cada día en sus mesas, haciéndoles creer que se está trabajando y haciendo los esfuerzos necesarios para paliar el sufrimiento de los otros, éstos que no tienen qué comer. Engaña haciendo creer que es indispensable fabricar armas para derrocar los gobiernos injustos, y que hay que bombardear para sembrar democracia. La esperanza permite la explotación y dignifica la maldad, que es la verdadera esencia humana.

La esperanza es lo que los humanos confunden con alma, y por lo tanto al tenerla, creen que tienen alma, cuando en realidad no la tienen, y lo único que experimentan es un regodeo perverso de poder comer todos los días y de tener un techo bajo el cual cobijar sus mezquindades, mientras anhelan más y más y no les importaría pisar las cabezas de sus mismos vecinos si eso les permitiera aumentar sus posesiones.

Esperanza la llaman, cuando deberían decir horror.

La esperanza es un mal que contamina y se contagia, y es difundido a manos llenas por la comunicación masiva, por los periodistas, por todos los que claman justicia denunciando permanentemente las agresiones, los robos, las violaciones, el hambre y los asesinatos, gozando espantosamente al lanzar estas acusaciones contra otros, contra otros que no son ni más ni menos humanos que ellos mismos, ellos que están amparados por la esperanza, esperanza de que se terminen estos errores, de que se aprese a los ladrones y asesinos, de que se ponga fin a las violaciones, de que se detengan los robos y se

termine el hambre. Esperanza que es nada más que la careta tras la cual se esconde la misma poquedad que pinta todos los rostros humanos.

La esperanza no es el alma, aunque se la venda por tal.

Cuando se logre despertar un día, o una noche, y sentirse libres de la perniciosa esperanza, la humanidad va a empezar a vivir, y va a tener la fuerza de enfrentar el presente.

UNA NO CARTA

Caminaba lacerado por el aire que traía la realidad hacia mi rostro, hacia mi cuerpo, y como cuchillos invisibles me hería, me hería de heridas sin sangre, o que dejaban escapar una sangre sólo percibida por mí, por mi desesperación. La ciudad era un cúmulo de horrores. Horrores en los edificios que se precipitaban sobre mi cabeza como gusanos gigantes, amenazando caerme encima, repletos de mezquindades y basura, seres humanos pletóricos de gritos y susurros. Horrores en los automóviles, esas máquinas desagradables que siguen desplazándose movidas por complicadísimos motores y seres humanos adentro, ambos en una simbiosis de contaminación e histeria. Horrible la gente que me pasaba alrededor, deshecha por todos los deseos incumplidos, corriendo hacia la concreción de la materia, con la falsa ilusión de que allí se podría encontrar la felicidad. Gente que ha tenido que mirarse en un espejo y comprobar cuánto la vida le ha quitado y el mundo la ha marcado sin haber cumplido una sola de sus promesas; personas que han vestido sus cuerpos deformes con los harapos chillones y vulgares que les ha impuesto la sociedad, y encerrados los pies en torturantes envases ajustados, han salido a la calle a ver a quién podrían aplastar, a quien podrían insultar para desquitarse de tanta desilusión, la desilusión que les impide alcanzar aquello, aquello para lo que habían sido puestas en esta existencia. Y siguen adelante sin comprender que no habían sido puestas para nada, que su existencia misma es un fraude.

Caminaba y antes de que la náusea me impidiera dar un paso sobre mi propio vómito, me detuve ante un kiosco de diarios y revistas, y fingí que contemplaba las fotografías de las

portadas. Si fotografías ya se pueden llamar esas imágenes totalmente modificadas, manipuladas de manera tal que la sangre se vea más terrorífica, que las heridas se vean más cercanas y profundas, que la pretendida belleza y sus desnudeces se vean más plásticas y turgentes. Allí asesinatos, robos, violaciones y la incesante humillación de la humanidad convivían con los cuerpos injuriados de mujeres fabricadas con la técnica del doctor Frankenstein, que si hubiera vivido en el siglo XXI habría utilizado los materiales plásticos en lugar de los restos de cadáveres para fabricar un cuerpo. Pero el doctor Frankenstein había hecho un hombre con trozos de muertos, mientras que estas mujeres estaban muertas con sus plásticos injertados en todas partes de sus cuerpos imposibles, insultados hasta el hastío, convertidos en el símbolo de la degradación máxima a que puede llevar la sociedad a un ser que debería llamarse humano.

Allí junto a las fotos de los miembros mutilados y esparcidos de las víctimas de un atentado, se lucían los políticos de turno exhibiendo sus caras de cerdos satisfechos y maquillados, maquillados para disimular el robo y el estupro al que someten día a día a la humanidad, mientras niños asesinos eran llevados con las manos detrás de la espalda por la policía, cubiertas las caras de los niños porque son niños antes que asesinos, o son asesinos sin cara. Y a su lado rubias y morenas cuyo rostro no es tan importante como sus mamas, desproporcionadamente gigantescas sobre cinturas dignas de un cadáver, y que levantaban sus culos al igual que lo hacen las gatas atenazadas por el celo cuando inevitablemente las ataca y las obliga a maullar desesperadamente sobre los techos, porque la supervivencia de la especie es más fuerte que ningún tipo de conciencia. Pero esas mujeres, si mujeres hubieran seguido siendo, casi a punto de volar con sus cuerpos de avispas imposibles, entreabrían bocas dispuestas a chupar lo que fuere a cambio de dinero, y debajo de esos cuerpos no-cuerpos se imprimían sus declaraciones de amor a los niños, de desinterés por lo material y de voluntad de ser madres de familia.

Me pregunté cómo serían esos cadáveres después de que la muerte los hubiera hecho suyos. Cuánto de ese plástico perduraría más que la escasa carne mancillada. Un esqueleto con trozos de goma pegados a los huesos sonrientes.

La muerte aleteaba y se complacía sobre todo este montón de papel nauseabundo.

EL CUERVO Y LA URRACA

-Si fuera humano sería periodista –dijo el cuervo.

La urraca lo miró con la expresión estupefacta de su ojo amarillo -¿Para qué? –dijo- nunca serías protagonista de nada, sólo relator. Además, tendrías que estar al tanto de lo que pasa en todo el mundo, sin poder vivir libremente.

-Te equivocás –respondió el cuervo, negro como una mancha de alquitrán arrojada sobre la incandescencia del cielo blanco-. Podría hablar sobre todas las cosas, sin tener que moverme de mi lugar ni saber necesariamente la verdad, eso no sería indispensable. Pronunciaría cuidadosamente los detalles de las violaciones y los homicidios, y pondría expresión contrita para enumerar a las víctimas de la delincuencia, y expresión de condena ante la lentitud de la justicia y la falta de atención del gobierno para con los necesitados.

-Qué extraño –reflexionó la urraca, mirando esta vez hacia abajo, hacia la tierra, desde la rama del poderoso roble en que ambos pájaros estaban descansando- -¿Cómo sabrías distinguir entonces entre la justicia y la delincuencia, la honestidad y la mentira?

-Eso no sería mi tarea, querida urraca. Mi jefe me diría a quiénes señalar como asesinos y a quiénes como víctimas, a quién absolver con palabras cargadas de compasión, y sobre quién volcar el oprobio de un gesto de desprecio.

La urraca se quedó unos minutos en silencio. En el cielo un sol monstruoso calcinaba los pastos como la llama invisible encendida por un pirómano enajenado.

-De todos modos –dijo al fin- ¿cuál sería el beneficio de decir las noticias tal cual te ordenase tu jefe?

-Estar libre de toda culpa y sufrimiento –sentenció el cuervo satisfecho. –Quien denuncia públicamente los homicidios, las violaciones, los robos y la inseguridad, nunca es el homicida, el violador, el ladrón o el delincuente. Se me consideraría como un vocero de la verdad, y todos me apreciarían por la manera fehaciente y verdadera con que yo anunciaría las noticias. Además, querida urraca, ese trabajo me daría la posibilidad de

jugar con las emociones y los sentimientos de miles, millones de personas que me estarían mirando por televisión.

-No me parece honesto, ni siquiera interesante –respondió la urraca, aunque en su voz se percibía un fugaz titubeo como de copa al borde de la mesa.

El cuervo se esponjó las alas negrísimas y con el pico afilado escarbó en el brillante dosel de su pecho. El vigoroso roble sostenía majestuoso su ramaje decorado por vibrantes hojas de satín, y escuchaba inmóvil el diálogo de los pájaros.

-Y si tu jefe cae en desgracia, o cambia el gobierno, ¿vos no caerías junto a él como un cómplice? –preguntó la urraca, movida por sincera curiosidad.

--¡¡De ninguna manera!! –respondió el cuervo irritado-- ¡Yo sería considerado siempre un mensajero de la verdad! Seguiría usando la misma estrategia y los mismos métodos, sólo que para un nuevo jefe.

Hubo otro lapso silencioso entre ambos pájaros, mientras el sol, olvidado de rodar en el cielo, pendía inmóvil en su charco de mercurio, derramando luz ígnea sobre todos los vivos y los muertos.

-¡Cuántos inútiles resquemores! –agregó entonces el cuervo- ¿No sabés acaso mi querida urraca, que en el mundo de las personas nadie se da cuenta de nada? ¿Vos creés que alguien de entre los miles y millones de espectadores de un noticiero se pregunta quién paga para que aparezcan tales noticias, o sean presentadas de tal o cuál modo? No, nada de eso. Las personas se arrellanan en sus poltronas, satisfechas de estar al resguardo de guerras, robos y violaciones, y de poder compadecerse de tanto desmán que hay en el mundo. Es un espectáculo más.

-Me adorarían, te aseguro -prosiguió. Yo sería capaz hasta de derramar una lágrima de auténtico dolor al decir que han encontrado el cuerpo de un niño que había desaparecido, y pondría ojos de fiera indignación al anunciar que el asesino niega su crimen a pesar de que todas las pruebas lo acusan. En fin, un trabajo apasionante.

La urraca miró al cuervo, tan imponente en su silueta recortada de un molde de acero líquido oscurecido por el manto de una noche sin piedad, los negrísimos ojos punzantes y el pico como dos dagas ensambladas listas para destrenzar un vientre o

desfigurar el más bello de los rostros. Se preguntó si debía tener miedo del cuervo. Reflexionó un instante aún, mirando a su amigo resplandecer en el aire incendiado de ese mediodía de fuego. Y se dijo que no, que no temía al cuervo. Temía a sus palabras.

CARTA VEINTICUATRO

Mi extrañado amor, fui ganado por el tedio, que me arrojó en un estado de inmovilidad muda, y pasé días y días acurrucado en un sillón, mirado transitar la luz y la sombra sobre mí y a mi alrededor, como si yo fuera un mueble más, un objeto respirante que a veces abría los ojos para volver a cerrarlos acto seguido, seguro de que nada había cambiado en torno a mí, pero especialmente seguro de que nada había cambiado en mí. Como un gusano de seda que teje minuciosa pero ininterrumpidamente su tela sobre su propio cuerpo, y se endurece e inmoviliza a medida que este capullo avanza, así fui yo tejiendo una tela invisible sobre el mío, envolviéndome en el tedio rígido, sin réplicas, y dejé de escribir, de comer, de beber, casi de respirar. Pero a diferencia del gusano, que se momifica a sí mismo para surgir tras una metamorfosis convertido en otro, en un ser capaz de volar, dotado de alas y destinado a las flores, yo no resurgí otro, sino que fui encogiéndome, retirándome en mí mismo para hacerme cada vez más yo mismo, para destilar la esencia de mi tedio y mi desventura, sin que surgieran en mi espalda no espléndidas alas, sino tremendos dolores, y sin que mi destino hubiera cambiado por algún jardín prometido.

No, crisálida no fui.

Cadáver que embalsama tu recuerdo.

Tu recuerdo que no me abandona a pesar de la falta de palabras con que permanecieron las hojas en blanco esos días. Pensé que tal vez así dejarías de vivir, me liberaría de vos, vos sin el alimento de mis cartas. Y te liberaría a su vez. Qué ingenuo he sido. No solamente seguiste viviendo en mí, sino que al privarte de las palabras mías empezaste a hablar las tuyas, vos que usabas tan pocas palabras, y esas tus palabras se quedaban adentro de mí, resonando como ecos y rebotando en los

confines de mi cuerpo cada vez más entumecido. Tus palabras que ni siquiera podía distinguir, porque hablaban otro idioma, una lengua desconocida que reverberaba como una invasión de diminutas dagas en el aire a mi alrededor, y cayendo como llovizna me penetraban lentamente, sin revelar significados, sólo con sus sonidos extraños. Pero yo sabía lo que querían decir. No estoy, no estoy, pero estoy, repetían. No hacía falta entenderlas, porque se entendían. Como esas óperas cuyo argumento sabemos de memoria, y al verlas representadas escuchamos con deleite y el efecto del arte sobre nuestro espíritu obra el fenómeno de la comprensión, y ya no necesitamos saber alemán o italiano, porque entendemos en un proceso que escapa de todo razonamiento, así yo entendía tus palabras de un idioma desconocido. Entendía tus palabras y sufría en silencio, mordiéndome los labios de la mente para no responderte, para no replicar y gritar que me dejaras tranquilo, que te fueras de una vez.

Cuánto tiempo pasé en este tedio inmóvil, acribillado por el silencio de tus palabras, no lo sé. Pero un día, o una noche, me moví, me arrojé desde el alto sillón en que vegetaba y el golpe de mi cuerpo anquilosado contra el suelo me liberó instantáneamente de tu voz y de mi letargo. Tuve que hacerlo, para morir de otro modo del que estaba muriendo. Porque esa muerte de crisálida era la vida, y era una vida insoportable.

Allí, en el suelo que con su dureza hizo de mi cuerpo un cuerpo nuevamente, tardé infinitos milenios en desplegar mis brazos y mis piernas, obligados a permanecer encogidos en mi tedio, adoloridos y extenuados por la inmovilidad. Ni siquiera necesité abrir los ojos para saber que el mundo seguía allí, el mundo sin palabras que necesitaba mis palabras. Ya construido, ya montado como una escenografía perversa que espera pacientemente a los actores del drama que se repetirá una y otra vez, una y otra vez hasta el fin de los tiempos. Una náusea que procedía de lo más íntimo de mis entrañas subió por mi pecho y llegó a mi boca, pero no había nada que vomitar, porque náusea material no era, era el hastío que se manifestaba, sólido, inevitable, persistente, reafirmando su presencia en mí como en todo lo que me rodeaba, salido de mí, eso sí vómito de mi alma martirizada .

Tu ausencia.

Cuando pude incorporarme, o arrastrarme, llegué hasta mi escritorio y miré mis manos mucho rato. Hubiera querido que fueran ya incapaces de escribir, pero no, estaban esperando, habían esperado con la misma paciencia que tu recuerdo. Y seguían, como tu recuerdo, obligándome a escribir sobre tu recuerdo.

Un día, en un pasado remoto que hubiera podido ser un segundo atrás, yo había inventado una carta tuya, había escrito una breve carta y me había dicho que la había encontrado en el buzón de mi casa. En esa carta me pedías que no escribiera más, que de ese modo dejarías de existir. El truco no funcionó, todo en él era improbable. Era improbable que vos me escribieras una carta; era improbable que ésta apareciera en mi buzón; era improbable que me pidieras algo, que me dijeras que dejase de escribirte. Era improbable que yo la leyera. Todo era improbable, y por lo tanto, en este mundo que se rige sólo con probabilidades, era imposible.

Comprendo ahora que este tedio es mi sangre, y no significa otra cosa que una condena de la cual no voy a poder escapar.

Crisálida.

EL TEDIO

El tedio es la existencia.

Pero es demasiado simplista formularlo de esta manera. Es necesario especificar que la existencia en las condiciones humanas conocidas es profundamente tediosa. También sería simplista afirmar que este hecho es consecuencia de la sociedad materialista, y de su obligación a la actividad permanente, actividad sin meta y sin sentido, destinada sólo a sostener el andamiaje del mundo concreto. No, es preciso excavar más en este estado del alma que ocupa el cuerpo y lleva la mente hacia los más recónditos parajes de la inmovilidad. ¿Es acaso el tedio una enfermedad que acosa sólo a algunas personas? ¿O es un morbo común al ser humano, que lo proyecta y contagia a la naturaleza y a todo lo que lo rodea? El tedio es la falta de algo,

o la excesiva presencia de algo, que surten en el espíritu el mismo efecto.

La vulgaridad rampante y creciente que ha ganado al mundo, la imprudencia y la soberbia de una especie cada vez más atropelladora y necia, provocan tedio en un espíritu desarrollado. Según esta opinión, entonces el tedio acosaría únicamente a cierto tipo de personas, aquéllas que por cultura y sensibilidad sufrieran el choque con un mundo adverso. Sin embargo, creo que la raíz del tedio se encuentra en el alma humana, al menos en germen, naturalmente. Una cierta soberbia que hace sentir al ser humano, incluso al más inculto, al más grotesco, al más rústico, lo hace sentir superior, más que un árbol, más que un animal, y por lo tanto más, incluso más que otros seres humanos, es el germen del tedio. Porque el tedio es la sensación de inutilidad que provoca lo irrealizable. Lo que no es irrealizable porque sea intrínsecamente imposible, sino aquello cuya irrealizabilidad es consecuencia del tedio, el tedio que sería el resultado inevitable de llegar a realizar lo irrealizable. Porque en ese enfrentamiento con el vacío el hombre adquiriría plena conciencia del sinsentido. Por eso el tedio se funda en contemplar lo que no vamos a realizar, esfuerzo vano que nos conduciría a la conciencia de la muerte.

Que un ser humano se sienta superior a otra cosa de todas las cosas que pueblan la Tierra o el universo, provoca tedio. Porque no existe manera, ni hay ningún tipo de justificación teórica ni material, para determinar ni demostrar esa superioridad. Por lo tanto ese ser inicuo, el hombre, experimentará la frustración de sentir algo que ni puede demostrar ni lo lleva a nada concreto, y el resultado es el tedio. O sea, la futilidad de su existencia, si la existencia había sido concebida como algo trascendente, en cierto modo diferente o más importante que el resto de las existencias de todas las cosas que existen. En este caso la existencia misma provoca tedio.

Ya no se trata del tedio romántico relacionado con la vaguedad, un estado de ánimo propenso a la melancolía y a un vacío lleno de sentimiento y propicio a la creación artística. Se trata del hastío, la repugnancia sin náuseas. La sensación que no alcanza a hacerse física, que no lleva al vómito liberador sino que permanece allí, a medio camino entre el esófago y el alma, y que impide la respiración normal, oprime el pecho y obliga a cerrar los ojos. Cerrar los ojos para no ver, para no ver el mundo. El tedio es el deseo de una ceguera voluntaria. Pero no

se cumple, entonces puede volverse crónico y contaminar el organismo al punto tal de acompañar a la persona y a cada uno de sus actos mientras transita por una existencia que le provoca tedio. Un círculo cerrado.

Para la gente común, la masa televisiva, el tedio es sinónimo de desagrado y aburrimiento. Para las personas sensibles, puede llevar al suicidio.

Sin embargo, el tedio podría ser una palanca que abriese las puertas hacia otra concepción de la existencia, una en la cual el individuo no se limitase a simple sujeto paciente del mundo, observador incapaz, sino que trabajase únicamente dentro de sí mismo, en la elaboración de otra realidad que sería propia y única, y cuyo proceso fuera propiciado justamente por el tedio. En este caso, el tedio habría de ser la condición necesaria para la introspección autoreflexiva, la demolición de la realidad circundante y la construcción de un análisis de sí mismo. Es más, desde este punto de vista, el tedio sería no solamente beneficioso, sino indispensable. Sólo en estado de tedio el hombre y la mujer accederían a la posibilidad de escapar de la telaraña social para acceder a otros planos de la reflexión, planos en los cuales cabe diseñar la propia arquitectura de la existencia.

En este caso el tedio no es aburrimiento, sino que es el paso necesario para la liberación. Pero cuidado, está a milímetros de la melancolía.

CARTA VEINTICINCO

Llueve sobre el jardín y el mundo.

Llueve tanto que se diría que siempre ha sido así, que las plantas, el cielo y la tierra están hechos para permanecer en este elemento transparente que sin embargo ha vuelto al paisaje un vidrio alucinado, de extraña inmovilidad, un vidrio a través del cual se ven todas las dimensiones de la quietud, del movimiento interrumpido, del silencio. Pero no es silencio, es un rugido monótono, como el de una fiera obligada a vivir por el resto de su vida en una jaula estrecha, y allí tirada en el piso

de cemento en el que se mezclan su comida, sus excrementos y la basura que le arroja la gente a través de las rejas, se consume de rabia y desolación en un gemido inacabable que ya no se diferencia de su propio jadeo, el jadeo de la muerte.

Una vez, de viaje por un país del Pacífico, visité uno de esos zoológicos tristes que se encontraba fuera de la ciudad. Entre los cientos de jaulas infames que señalaban lo que debería haber sido un paseo y que era algo así como el laberinto de los horrores, se hallaba la de un oso gigante encerrado en una habitación de cemento minúscula, con un ventanuco a través del cual las personas podían observarlo. Yo también me asomé a ese panóptico de la iniquidad, y vi al oso parado en medio de la habitación. Balanceaba su enorme cuerpo de terciopelo opaco sobre las dos patas, en un movimiento idéntico a sí mismo, como un péndulo, y de ese modo convertía en tiempo su desolación, pero no en un tiempo humano, que es una escalera de sentido único hacia la muerte, sino en un tiempo igual, sin ida ni vuelta, un tiempo que era la negación del tiempo mismo, un no tiempo que le permitiera soportar el tiempo de la existencia, esa condena sin salida.

En el jardín llueve. Pareciera que el cielo hubiese sido creado para soltar esa cascada monótona que ha vuelto verde al verde y que ha convertido la luz en un líquido grisáceo, una perla luminiscente que rueda sobre las horas como desprendida de un collar invisible. Llueve en todas las cosas, en los árboles inclinados, en los arbustos, en el pasto brillante, el estanque convertido en otro cielo, un cielo en el que mil manos incógnitas bordan incansablemente una tela fugaz e insensata. Llueve y la lluvia que no cesa lleva mis pupilas permanentemente hacia la ventana. Mientras escribo ya no miro la página, jardín también ella donde caen las palabras como las gotas innumerables de otra lluvia, una lluvia de ojos secos, sin promesas. Mientras escribo la lluvia sigue cayendo como un martillo blando sobre el alma de todas las cosas, y me conduce al jardín, al estanque, a los límites de ese universo cultivado cuidadosamente y ahora encerrado por la voluntad del cielo.

Qué pasaría en el mundo si lloviera para siempre, me pregunto. Qué les pasaría a los hombres y las mujeres hechos para caminar bajo el sol y la sombra, obligados a permanecer bajo esta enajenación del agua del universo, mojados también ellos, mojados sin salida, ya húmedas las almas, enfermándose poco a

poco y perdiendo el sentido que a todo daban la alternancia de la luz y la oscuridad.

La lluvia es el blando martillo de la locura.

Todos perderían la razón antes de ver cómo la piel se les cae a jirones, cómo se les desprende el cabello para deshilarse en mechones velozmente arrancados por las tenazas de la lluvia incesante, ahogándose en el mismo río de barro en que se habrían convertido las calles y el mundo. Antes de que los ojos, acostumbrados a contener el llanto, anegaran en ese otro llanto caído desde arriba, desde todas partes, ese llanto de agua dulce que lastima.

Miro el jardín y no hay en él sombras ni contornos, sino sensaciones y recuerdos. La lluvia ha deformado la materia y ya diluye la realidad, llevándola hacia otra parte, una parte desconocida que realidad no es, sino otra cosa, otro lugar donde tiempo y espacio pelean en un combate sin palabras, sin sangre, a muerte. Miro el jardín y allí en el centro exacto de ese nuevo lugar que ya no reconozco, pero que intuyo, estás vos. De pie sin moverte, de pie la lluvia que se mueve a tu alrededor, sometida también ella a tu influjo y a tu potencia. Vos que no te inmutás porque el mundo se esté deshaciendo en esa interminable corriente venida del cielo, vos que seguís detrás de todas las cosas, imponiendo tu belleza o tu terror, con la seguridad de quien sabe que nada se acaba, porque todo ya se ha acabado.

Cierro los ojos para no ver la lluvia, para no verte en la lluvia, para recordar el día en que imperaba el sol sobre todas las cosas. Cierro los ojos y caigo en el agua que sigue martillando incansable, dibujando el universo a tu alrededor, porque todo es a tu alrededor.

La lluvia.

LA LLUVIA

La lluvia es una máquina del tiempo.

La lluvia es una máquina del tiempo enloquecida.

La lluvia no es humana, pero lleva a lo humano, que son los recuerdos. Sin duda la lluvia detiene al tiempo del no pensar para obligar a la mente a mirar hacia atrás, *como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada*, y allí están todos, todos los lugares, la infancia y las personas que se borraron en el pasado como la lluvia borra los contornos de nuestra querida odiada realidad.

La lluvia pone en peligro al mundo.

La lluvia trae el pasado porque inmoviliza. Por eso, para que su máquina del tiempo funcione como lo ha previsto el inconsciente, es necesario no estar en las ciudades cuando llueve, no estar en la calle ni rodeado de gente. Cuando llueve hay que encontrarse solo, en una casa apartada, junto a un jardín abandonado, en una habitación cuyo techo golpee como el parche de un tambor bajo los latidos de la lluvia.

En esas condiciones, la lluvia producirá el efecto para el cual la crea el alma, despertará la infancia y traerá al corazón todos los amores pasados, los desencuentros, los adioses sin respuesta. Pero no hará daño, porque la lluvia fue concebida para poder regresar al dolor sin sufrir la herida por la cual se desangra el corazón. Es un pasado que se desdibuja tras el agua, y momentáneamente se perfila como un fantasma muy querido, y un instante después ya desaparece bajo el rumor igual de las gotas, y casi es una canción que no habíamos podido recobrar en la memoria y allí estaba, escondida detrás del desagüe que ahora sí, ahora canta casi desafinadamente la música de la niñez.

Cuando llueve todos somos niños, y estamos a punto de enamorarnos.

CARTA VEINTISÉIS

Yo no me río. No puedo reírme.

Mi buen amor, si lo pienso, nunca te vi reír. En cambio te sentí llorar. En la oscuridad. La primera vez que estuvimos juntos, lloraste. A mi lado en la cama, en el silencio sin rostro de la noche, te pusiste a llorar. Te pregunté qué te pasaba, y me dijiste que nada, que tenías que llorar un poco. En esos

momentos pensé, estúpidamente pensé, como todos los estúpidos seres humanos piensan y creen que piensan, que estabas llorando de felicidad. El llanto era la liberación de tus emociones tan largamente reprimidas, que agigantadas en la soledad habían hallado en nuestro encuentro una grieta salvadora, la finalización de algo que no era la felicidad. Ésa era la consecuencia de mi pensamiento estúpido, si se puede llamar pensamiento a conclusiones que ni el más incapaz de todos los seres del universo hubiera podido engendrar en un cerebro tal vez hecho para otra cosa, pero evidentemente abortado antes de que alguna sinapsis esclarecedora le hubiese mostrado el sendero de una reflexión digna de ese nombre.

No, el llanto es indescifrable, proviene de lo indescifrable. Y vos llorabas.

Porque desde esa noche y para siempre vos, y yo, y lo nuestro, era indescifrable. Habíamos pasado a formar parte del laberinto infinito que sostiene el universo, con sus preguntas sin respuesta, verdaderos confines de lo que no puede ser abarcado. Y mi primera conclusión respecto de vos ya me arrojaba al abismo del error a que están condenados todos los acercamientos humanos que se apoyan en las palabras y en sus sucedáneos, el silencio por ejemplo. Ya estábamos equivocándonos, me estaba equivocando, y una mano de acero me arrancaba de tu lado para llevarme lo más lejos posible, un lugar inalcanzable desde el cual yo te iba a mirar por el resto de mi vida, te iba a mirar e iba a pensar que te estaba entendiendo, que estaba a tu lado.

Nada es tan enigmático como el llanto.

Porque el llanto destila, abre una surgente líquida que se derrama, y nunca podremos saber cuál es su fuente. Aquellas lágrimas que lloraste esa primera noche eran solamente el néctar destilado de un lago secreto y profundo cuyas márgenes me estaban vedadas, y del cual únicamente puedo sospechar la inmensidad. No era yo el motivo de ese llanto, aunque quería serlo. No era la felicidad que supuestamente desataba por fin nuestro encuentro la que conmovía tu corazón y liberaba tu alma, y abría las esclusas de tus grandes ojos oscuros, oscura la noche, oscuro el silencio, oscuro el porvenir, oscura la dicha que ya me engañaba, ya me hacía creer. Porque ya se había marchado.

Si te hubieras reído, tal vez habríamos tenido una posibilidad.

Porque la risa es solamente un estertor nervioso que no significa nada, mueve el cuerpo y brota como el ruido de hace el viento cuando agita una mano de papel y la golpea contra el aire mismo, lo invisible. La risa no surge, estalla; no tiene raíz ni fuente secreta, se adhiere a las costillas y borbotea fuera de una boca que no es capaz de besar. Sólo el llanto permite el beso.

Pero nunca te vi ni te oí reír. Sólo en sueños, y no era risa esa carcajada sardónica con que despedías mi amor hundiendo el estilete de tu abandono en la carcasa ya inútil de mi pecho.

Nunca te reíste porque la sinceridad te lo impedía. La risa no es sincera. Tuviste hasta esa premura conmigo.

Nunca escuché tu risa.

Y vos llorabas.

LA RISA Y EL LLANTO

Jamás se debería creer en alguien que se ríe.

Jamás se debería creer en alguien que llora.

Jamás se debería creer en nadie.

Sin embargo, la risa y el llanto tienen génesis distintas y mueven sus naturalezas por cauces distanciados; la una se desliza en una superficie de pechos y estómagos, mientras que el otro socava cavernas invisibles, lacerando con lava ardiente la carne y el alma, sembrando incógnitas. La risa está hecha de palabras, el llanto de mudez. La risa es la certidumbre, el llanto el enigma. Porque el llanto sin duda es hijo del dolor, y el dolor es la esencia que hace humanos a los humanos, mientras que la risa es un ruido material, el síndrome de los necios.

Algunos libros dicen que la risa cura las enfermedades mortales. Y esto tal vez sea cierto, porque el estertor de la carcajada mueve los órganos y los sacude estrepitosamente, en un temblor tan absurdo y antinatural que quizás la muerte se

caiga de su andamio. El llanto en cambio se desliza casi mudo por los intersticios del cuerpo, arrastrando consigo el alma, y no cura, pero vuelve humano a lo humano, restaña las vísceras laceradas por la mediocridad y el olvido, por la inhumanidad, la mentira, el deseo. El llanto incandesce los órganos y se estanca en charcos de fuego líquido hasta que un conato de desesperación rebasa los márgenes de su masa oscura, y entonces derrama unas gotas, ácido transparente y salado, elixir de humanidad.

Pero no hay que creer en quien llora demasiado, mucho menos en quien siempre se ríe. Quien siempre se ríe acabará llorando, aunque es probable que ese llanto ya sea el síntoma de su muerte definitiva. El llanto verdadero es el que se vierte minúsculo, en silencio, en la oscuridad solitaria de la habitación impenetrable en la cual escondemos nuestro desencanto.

El llanto de la primera noche es el llanto del final.

CARTA VEINTISIETE

Querido amor: es de noche.

Siempre cuando es de noche me hago preguntas, pero esta noche me pregunto qué significa la noche. Qué significa para el mundo, para la naturaleza, para el jardín que mueve sus ramas y arroja sombras sobre las paredes de mi habitación. Qué significa para la casa, cuyos muebles crujen como si una garganta muda los asfixiase para que no pronunciaran tu nombre, y los fuera despedazando de a poquito. Quizás sea el tiempo, y también ellos puedan oír mis crujidos.

Me levanto en la hora en que la noche está en su apogeo, cuando es más oscura, y salgo al jardín a mirar las sombras movedizas del mundo en la penumbra, porque la ausencia del sol libera los volúmenes y el aire, y los elementos se perfilan nítidos y poderosos contra un cielo que palpita, finalmente cielo en su perfecta soledad, en la inmensa serenidad de su vacío. Ya que es el sol el que ciega y ocupa, y con una luz incandescente borra todo infinito. Dicen que el sol fecunda y germina la tierra, pero entonces ¿por qué de noche toda la naturaleza se yergue

gigantesca y adquiere vida propia, una vida rumorosa y expectante, llena de sombra, sí, pero llena también de desesperada libertad?

En esa oscuridad de cíclopes salgo a esperarte. Te espero en el vano de la puerta, en la galería, en el mismo jardín, pisando el pasto que se ha vuelto sagrado bajo la pulsación regular de las estrellas. Te espero, y vos no venís. Porque ya has venido antes, o vas a venir después. Pero no venís ahora.

Entre nosotros, el tiempo.

No es la noche la que impide que nos encontremos, somos nosotros, que nos amamos a destiempo. Entonces la misma noche se abalanza sobre mí y me envuelve apresuradamente con oscuro raso, tal vez para que no me caiga en el pozo de tu ausencia. Es la noche la que acude en la noche, viene llena de sí misma a una cita que pareciera hecha sólo para ella, y sabe que estoy yo, yo insomne, yo con los ojos abiertos cuando el mundo ha bajado los párpados, yo de pie debajo de los millones de pupilas estelares inalcanzables allá en la inmensidad. Porque vos no venís ni vas a venir mientras yo te espere, y la noche.

El viento nocturno penetra los enormes árboles y los llena de voces, y barre el pasto y abraza precipitadamente los arbustos que me rodean. Todo se vuelve magnífico y negro, todo habla para tapar tu silencio.

Por qué de noche todo será tan grande.

Tal vez porque de noche el talón de hierro fundido del sol no pisa la tierra y abate a sus criaturas, imponiendo su estatura de gigante, y en cambio de noche ellas alzan la cabeza, ya libres de su yugo, ya soberanas del espacio, y cantan a la oscuridad una canción de rebeldía. Y por qué en la noche los muebles crujen y rompen la quietud de la casa que duerme. Crujen y pareciera que van a emprender una larga caminata, van a moverse lentamente hacia sus orígenes, despojándose de los inútiles abalorios que les adosaron los humanos, y una vez fuera de las paredes domésticas van a volver a hundir raíces poderosas en la tierra que los espera, y destruirán las escuadras y las molduras para ser otra vez tronco y ramas y hojas negras que dirigen al cielo su aplauso reivindicador. En el viento de la noche van a aplaudir millones de hojas nuevas por la vida recuperada.

Los únicos que mueren de noche son los sueños. Los sueños humanos, las quimeras. Muere mi amor, paulatino, descorazonado; muere de inedia y de silencio. Se postra y se va petrificando bajo el cielo inigualable, y se hace estatua, cariátide, ruina.

Y te espera. Y como todas las esperas, ésta también es inútil.

La noche devora mi grito que pronuncia tu nombre.

LA NOCHE

Algo en el mundo pierde sus límites durante la noche. Las formas, los elementos. Todo se vuelve gigantesco y desmesurado. La noche es la terrible libertad, la puerta que se abre a los monstruos.

Sí, es la luz la que impone límites y contiene, la que mide el alcance de cada cosa, hasta dónde ha de llegar esta copa, hasta dónde se extenderá el arbusto, hasta qué rincón estirará la mesa sus patas, qué altura puede tocar el techo. De noche todo se libera, se rompen las cadenas de la forma y las medidas, y cada cosa adquiere la magnitud que desea, el ilimitado poder de que la dotó el cosmos cuando aún era parte del polvo que no tenía forma ni destino; cuando no había palabras que dibujaran, esculpieran los límites.

La noche es el inconsciente del universo.

Es de noche cuando sucede lo que tiene que suceder: crecen las raíces, se forman los pimpollos, germinan las semillas, se hunde en algún vientre la carne que podrá fecundar otra carne, o se extinguirá en un grito de placer. La noche es la incubadora del mundo, y su creación constituye la energía que permitirá al día rodar otra vez por el espacio, proyectar sombras, dirigir sus pasos hacia una meta visible y segura, lo concreto, lo odioso, lo material tangible inhumano.

La noche alimenta el alma de todas las cosas. Nutre secretamente los ríos subterráneos y fertiliza los senderos que llevan al pensamiento; mueve títeres de humo en el escenario inconcreto de la mente, y barre con las falsas ilusiones, la perniciosa esperanza y sus afanes llenos de luz y de sudor. La

noche se da vueltas en la cama porque tiene insomnio. La noche es insomne. Abre las sábanas arrugadas del cielo hecho cenizas por la maldad del sol ausente, y siembra puntos de sutura en la vida humana, para hacer soportable la existencia. Sin la noche, la potestad de la luz encandilaría para siempre cualquier inteligencia, y el hombre y la mujer se arrastrarían como orugas sin patas por la faz de un mundo calcinado de vacío. La noche es la creación, la mano que tapa la boca de donde escapa ese grito, ese grito interminable que se llama humanidad.

CARTA VEINTIOCHO

Nos habíamos hecho promesas.

Para qué, me pregunto, la pretenciosa soberbia de querer determinar el futuro, más que el ansia de prolongar la felicidad, o lo que creíamos felicidad, más allá de ese día o ese instante que había sido lo único que la existencia nos había otorgado. Nos hicimos promesas que naturalmente eran sólo flechas de aire lanzadas hacia lo imposible.

Tal vez quisimos dejar de tener miedo. Y sin embargo ahora, cuando ya nada de todo aquello existe, comprendo que no es el miedo el que ha reemplazado a nuestro amor, sino una materia mucho más concreta y persistente, algo con lo cual se aprende a vivir, si vida se puede llamar esta sucesión de días y noches, insomnios y duermevelas, que denominamos existencia. Quisimos conjurar el miedo porque el amor es un objeto fugaz, engañoso. Un agua resbaladiza que escapa velozmente de la mano y ya ha tomado otra forma, ya se escurre por el piso y es otra cosa, y se detiene o se evapora, o se ensucia o se estanca, con otro color, otro olor, otra geografía que nos es tan ajena como aquello que sentíamos, y que ya no sabríamos definir.

Nos hicimos promesas, tantas palabras que usábamos como cuerdas y les hacíamos nudos ciegos, apretados, les poníamos fechas, nombres, y hasta les atribuíamos sentimientos. Hubo una cierta ingenuidad en nuestra soberbia. La ingenuidad de quien quiere prolongar un instante que ya no existe, porque cuando lo estábamos pensando, cuando caíamos en la cuenta de

que debíamos amarrarlo de alguna manera al puerto de nuestro corazón, ya se había deshecho, atomizado en el aire innumerable que nunca volveríamos a respirar.

Me pregunto qué hubiera sucedido si hubiésemos olvidado el futuro. Porque las promesas siempre están en el pasado, y lo que prometen siempre está en el futuro. De uno sólo nos queda un recuerdo, del otro nada. Si hubiésemos dejado que el aire se llevara las palabras que nos decíamos de la misma manera que las manos se llevaban consigo las caricias, ya extraviadas cayéndose por las puntas de los dedos, y las miradas que destinadas estaban a diluirse en cualquier horizonte del pequeño mundo que nos rodea, cualquier horizonte que no sería ya la otra mirada. Porque los ojos sirven para construir el suelo que pisamos, y muy rápidamente se cansan de mirar otra pupila, que no es camino, sino espejo.

No recuerdo ninguna de nuestras promesas, de las tuyas ni de las mías, aunque puedo imaginar sus andamiajes imposibles, su desmesurada estatura de marionetas sin hilos. Qué más queríamos que seguir queriéndonos. Si ésa fue mi promesa, la he mantenido. Y tal vez también vos lo hayas hecho, vos que dejaste de estar, que no estás, que te fuiste, que no existís. No, las promesas son piedras con las cuales se pretende anclar en el mundo la red del sentimiento, para darle paredes, techo, un piso recto donde nada se deslice hacia otra parte. Por eso son inútiles. El mismo movimiento de rotación de la Tierra desbarata inmediatamente ese ansia de inmovilidad que es la linfa de las promesas. Y además hay algo, algo que no tuvimos en cuenta: las promesas son palabras. Orgullosas palabras hechas de signos y sílabas que encadenábamos con eslabones de oro y piedras preciosas; palabras tan dispuestas a traicionarnos como todas las palabras, igual que aquéllas que son de madera o de barro, las espurias, los insultos. Las palabras vuelan, y en ese elevarse por el aire inconsciente pierden la áurea coraza con que las habíamos revestido, y la dejan caer a algún pantano, el mundo, y abren alas de plata y lapislázuli, plumaje brillante para sobrevivir en la tierra de los hombres, para elevarse más allá de nuestro alcance, donde nuestra mano nunca va a poder volver a recuperarlas.

Las palabras son aliadas del tiempo, con él se arremolinan y se vuelven inaprensibles. Y nosotros, qué otra cosa podemos hacer más que subir a la atalaya del pasado, esa escalera inestable de los recuerdos, y desde allí con temblores de incertezas mirar un

campo de batalla devastado que puede ser la ilusión de nuestros ojos o tal vez humo, niebla, nada.

Nos hicimos promesas porque era la única manera de saber que habíamos sido felices.

LAS PROMESAS

Antes de arrojar al universo el dardo inútil de un compromiso de palabras, deberíamos reconsiderar nuestra situación y nuestra miopía temporal. Porque la promesa es un contrato con un tiempo que no existe, el futuro ya es pasado.

Las promesas son el ancla con la cual intentamos detener lo que ya hemos perdido en el naufragio del tiempo.

Mejor sería decir, antes de pronunciar una promesa, que en cambio trataremos de seguir siendo humanos, que viviremos con esta incertidumbre, sí, pero que la angustia se ocupará de alimentar ese ansia de caminar siempre hacia un horizonte que de todas maneras nunca nos va a pertenecer. Sería mejor reconocer que el tiempo es nuestra materia, y que vamos a seguir ensamblando pacientemente los restos de nuestros recuerdos, hermoseándolos tal vez, por qué no, todos los hacemos, para erigir la mansión de nuestra vida, el solar en el cual el miedo esté enjaulado y el dolor ausente. Entre palabras, sí, palabras viejas que podemos cambiar cada día o que pintamos de nuevo con el barniz lábil del recuerdo, palabras de la infancia, las que nunca quizás fueron pronunciadas pero que vamos a poner ahí, como un coleccionista elige un objeto hermoso para adornar su casa, vamos a poner allí, en ese jardín de recuerdos, para que mantengan en pie una imagen y la salven de la vorágine del tiempo.

Las promesas son la otra cara del miedo a la muerte.

El miedo a la desaparición total. Por eso se trata de corporizar el amor, de hacerlo más duradero que nosotros mismos, *nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*, olvidando que tampoco seguimos siendo, que tampoco podemos retener un átomo del aire que respiramos, y que todo ya corrió hacia su propia destrucción, ya corrió y lo que viene no se ve hasta que pasa bajo nuestros pies vertiginosamente, y sólo podemos

entrever que también nuestros pies van deshaciéndose en ese río interminable, van deshaciéndose y muy pronto nos dejaremos arrastrar enteros, ya materia del olvido.

Tal vez si nos olvidáramos de nosotros mismos no haríamos más promesas. ¿Piensa el árbol en permanecer arraigado a la tierra que se mueve, rota, se calienta y se deshace? ¿Piensa el caballo en prolongar su trote cuando termina la pampa y se abre el abismo frente a sus patas poderosas? ¿Por qué el ser humano debería creer que va a durar más de lo que dura todo a su alrededor? Porque tiene palabras para nombrarlo. Y al hacerlo promete. Y se engaña, y engaña. Y quiere engañarse y engañar a personas que quieren ser engañadas. Porque no soporta la fugacidad, lo perecedero, lo irremediabilmente transitorio. No soporta su propia naturaleza.

Y promete.

CARTA VEINTINUEVE

Con el alma sola, y desnuda como el viento, llevo conmigo *el universo de un glorioso beso* que me sigue a todas partes; es mi vida. Un beso tuyo, una mañana, o una tarde, ya no lo sé. Fue el primero, pero ya era el último. Arrebatado en la imposibilidad que signa todos los hechos humanos, ese beso sellaba el pacto inevitable con el olvido, la cita humana de la cual nadie escapa.

Recordarás quizás esa callecita estrecha, alta, sin ventanas ni puertas. Era como el sendero de un laberinto ciego al cual ya habíamos entrado y no sabíamos. Pisando el adoquinado lustroso por quién sabe cuántas lluvias que nos precedieron, te diste vuelta, no sé si me miraste ni siquiera antes de tomar mi cara con tus manos y darme un beso. Fue un beso tan breve que su persistencia *aún abarca mi vida*. Podría decir que fue el único beso, porque si hubo más, fueron la sombra de aquel beso, el humano intento de imitar la hazaña con que la existencia nos demuestra que cada uno de sus dones es irrepetible, y el tiempo construye su elaborada teoría de espejos deformantes, imágenes engañosas, nunca iguales. Sí, fue el único beso, y ya no hubo otros besos, aunque hubo muchos

besos. Porque lo que vuelve humano a un hombre o a una mujer cualquiera, que por ese acto infinito dejan de ser cualquiera, es irreplicable. Y tal vez esa humanidad instantánea también sea irreplicable, o se vuelva ajena, como ajenos se nos vuelven los recuerdos si no estamos con ellos, si no los adornamos cada día con el piadoso pincel de nuestra memoria.

En esa callecita sin otro eco que el de nuestros pasos predestinados, te diste vuelta y me besaste. No se podría haber previsto semejante cataclismo. Así han de haber sido las hecatombes con las cuales principió el mundo, terremotos que lanzaron el agua a los abismos y elevaron las montañas por sobre la línea inalcanzable del universo; y abrieron el cielo para que el sol fecundara una nueva vida, una especie que tal vez sería fértil, o tal vez se autodestruiría en su maldad. En esa callecita que no alcanzamos a recorrer más que hasta el punto exacto en que te detuviste, un lugar que ya había sido señalado por secretos oráculos, cuando el sol esquivaba la tierra y deslizaba por los paredones una luz secretamente tibia, me besaste. Me besaste y cambió el mundo, vibró el aire y cada célula de mi cuerpo se metamorfoseó predisponiéndose a ser cáliz y lápida de tu recuerdo. Fui el mismo y otro, ya no era quien había sido, y empecé a ser quien nunca iba a poder ser, alguien amarrado a ese instante para siempre; un instante que ya era siempre porque se hizo jamás.

Ya no recuerdo si era de mañana o por la tarde. Pero había sol, aunque no alcanzaba su luz a tocar el pavimento de piedra. Había sol, y estaba lejos de nosotros, como lejos habían quedado las otras calles repletas de gente, el ruido, las voces, las vidrieras. Vos y yo solos en esa soledad que soledad no es sino encuentro, oportunidad única debida a quién sabe qué generosidad del destino, gesto irreplicable y raro, único, extraordinario.

No, soledad no era, soledad es ésta; tu recuerdo.

EL BESO

El beso es un contacto carnal que apunta a lo humano, y que debería ser consecuencia de un acercamiento humano. Sin embargo, la mayor parte de las veces se trata de una

aproximación sensitiva destinada a servir de prólogo a la relación sexual. Cuando dos personas se besan en la boca están dando su consentimiento para utilizar de manera análoga otras partes de su cuerpo, en especial las que contienen otros orificios.

El beso es un prólogo del olvido.

Quienes sostienen que el beso es una demostración de amor, olvidan que el amor no necesitaría la carne para ser demostrado, y que en todo caso nada hay más fugaz y superficial que un beso para sellar un sentimiento que en teoría habría de durar mucho tiempo, o según la medida de la pretensión humana, tal vez toda la vida.

Los besos castos no existen. Todos los besos están cargados de una alta dosis de contenido sexual, porque el roce de los orificios corporales pone en tensión terminales nerviosas que no van a desembocar justamente en los sentimientos. El beso pone en marcha el sexo. El sexo busca el placer. El placer es unipersonal y equívoco. El beso, por lo tanto, es un camino directo hacia la soledad.

Debería sorprender que dos personas peguen sus bocas e intercambien humedades íntimas con la misma oquedad con que comen y mastican todo tipo de alimentos, y beben y tragan. Sin embargo, nada hay más comercial que el beso para promocionar cualquier tipo de productos, desde lápiz labial, perfume, hasta desodorante para axilas. Esto es una prueba irrefutable de la gran significación sexual del beso. Debería, por lo tanto, desconfiarse del contenido humano y duradero de tal tipo de roce, si bien es un gesto evidentemente humano. Pero justamente por ello no es natural, ni sublime, ni nada de todas esas virtudes que se le atribuyen en la sociedad de consumo.

Aun así hay besos que sinceramente quieren demostrar un sentimiento. Y son los peores, porque éstos abren heridas profundas en el alma, fundan un recuerdo, y jamás son capaces de regresar en el tiempo más que a través de una memoria inevitablemente repleta de melancolía. No obstante, son innegables y deseados, y toda persona quiere realizar este gesto o ser objeto de este gesto de parte de otra, al menos una vez en

la vida. Sólo para poder construir su melancolía sobre ese pedestal hecho de olvido.

El beso es imposible.

CARTA NÚMERO TREINTA

En mi peregrinar de días y noches por este insomnio que es tu recuerdo, he visitado tu casa. Fui hasta el antiguo barrio que dibuja el límite histórico y geográfico de la ciudad, y caminé por sus calles arboladas y vetustas, restos de un pasado que el tiempo desgastó brutalmente, descascarando minucioso veredas y fachadas, hasta pintar cada cosa con los tonos lívidos del abandono. Allí donde los días habían elaborado pasos y voces, y las noches tejieron sombras movedizas, ahora una quietud de garganta muda arrastraba su paso fatigado, y hasta el aire parecía viejo, lleno de un cansancio intangible.

Tu casa estaba allí, en una de esas calles cuyos nombres habían sido pronunciados doscientos años atrás, y ahora eran un cartel mudo. La alta fachada noble seguía en pie, recta y desafiante como un rostro que conoce el dolor. La puerta angosta, de dos hojas, había sido clausurada por una cadena que traspasaba, a través de las rejas elaboradas, los vidrios rotos, y que hubiera debido aislarla del mundo; tal vez lo hizo, hasta que una mano desconocida hubo robado el candado que debía sellar esa sentencia.

Desencadené la puerta que fue un día mi entrada a un ambiguo paraíso, y ante mí se abrió la penumbra del zaguán de mayólicas verdes, cuyas flores cubiertas de polvo parecían haber cerrado los cálices, replegadas en ramilletes que se desmayaban aún sobre dedos invisibles. Desde el techo las molduras sin luz. Y detrás de la puerta cancel, rameada de vidrios rotos, la destrucción. Del patio interior quedaba menos que de un campo de batalla; alguna guerra desconocida había lanzado bombas sobre el embaldosado en damero, sembrando huecos en donde ahora crecían las malezas, y desencajando las puertas de sus marcos para dejarlas allí apoyadas como naipes desbaratados, rotas y sucias. No persistía el recuerdo de los macetones con helechos ni de la bien cuidada fuentecita de piedra en que nadaban peces de colores, en otro tiempo, otra

existencia. Entré en el antiguo salón de puertas dobles, y mi paso se llenó del triste rumor de los escombros. Una parte del techo se había derrumbado, y el empapelado de las paredes, enmarcado antes en rectángulos precisos, se deshilachaba sin color a la intemperie, como una piel inútil en el cuerpo de una crisálida que ya no retornará a su forma primigenia, aquella en la que caminaba por hojas lustrosas y tallos potentes. Aquí el despojo y el abandono parecían haber hecho su nido desde siempre, y con más fuerza el pasado incitaba a la memoria, mostrando los restos de lo que fue, de lo que alguna vez tuvo color, luz propia, una vida secreta y humana.

Caminé hasta tu habitación, y un aliento de penumbra deshabitada me acarició desolado cuando empujé lo que quedaba de la puerta. En un rincón todavía oscuro, como si hubiera conservado la sombra para la que fue concebido en otra vida, en otra época ya perdida, estaba aún la cama, inclinada, abatida, acunando escombros y basura, esperando el golpe final del cielorraso a punto de desmoronarse. Las paredes dejaban entrever el amarillo luminoso que había sido, y debajo de la tierra y los restos de todo, se podía leer el dibujo de las baldosas retóricas, ya vanamente bellas, como un cadáver adobado para contemplación de antiguos amantes. Y donde hubo una noche un cielo inesperado, y ahora jirones de lienzo amortajaban el olvido, aún pendía la cadena de bronce que sostuvo una lámpara de antigua opalina. Era una tulipa con la forma de una llamarada invertida, un fuego instantáneo que supo alimentar otro fuego, el de la tierra de los hombres, el fuego que suele iluminar fugazmente este castigo injurioso que llaman existencia.

La pesadumbre habitaba aquel despojo que fue tu casa. Sentí con amargura, como se siente todo lo perdido, que allí un día, una noche, había saboreado la felicidad, y con esa ceguera con que su luz cubre los ojos, no había visto la catástrofe que inevitable acompaña tan desmesurado, soberbio sueño. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Acaso sirve de algo medir con números lo que ya no existe, devorado en una vorágine que también nos arrastra, y a la cual sucumbiremos con el mismo desconsuelo de todas las cosas que nos recuerdan la dicha?

Vos ya no estabas, y tu ausencia había demolido cada rincón, cada mirada de esa casa vacía.

Caminé despacio entre los escombros de lo que fue también mi historia, cerré tu habitación para que nadie viera el despojo de nuestro amor perdido, atravesé el salón y su derrumbe, el patio en ruinas, la puerta cancel que fue el prólogo, un día ya inexistente, de tus palabras y tu silencio, y me despidió el zaguán con sus mayólicas tristes, un jardín petrificado ahora irrecuperable cuyo adiós me estaba destinado. Volví a cruzar la cadena en la alta puerta de la calle, y miré la fachada de tu casa.

No era tu casa, era mi pasado.

Ahora pasado más mío que tuyo, vos que no escuchás ni mirás ni sabés qué quedó atrás.

Yo que soy ese atrás.

LA CASA HUMANA

Los seres humanos construyen un refugio inexpugnable que llaman casa.

Una vez erigido, enrejado y amurallado, lo llenan de cosas, inútiles en su mayor parte, y en su mayor parte de horrible gusto. Y se encierran bajo llave a vivir junto a esas cosas, dedicándoles todos sus esfuerzos y convirtiéndose en guardianes de su integridad. Hasta que mueren, y esas cosas pasan a otras manos, en el mejor de los casos, o son rápidamente desechadas por otros hombres y mujeres, a veces herederos de sangre, a veces advenedizos, a quienes no importa en absoluto la vida que fue dedicada por otros a esos objetos incomprensibles.

Porque vida no fue, necesidad.

Las casas humanas se parecen a una colección insensata de cosas elegidas sin ton ni son, distribuidas de manera teatral, como en un malísimo teatro del peor gusto realista, a lo largo de paredes, piso, estantes y toda clase de recovecos. Las casas humanas son el triunfo de una enajenación caracterizada por el mal gusto y fundamentada en bases sociales de aislamiento e individualismo, donde sólo vale lo material. Allí dentro se perpetran las más atroces perversiones, se incuban las más

desoladoras mezquindades y se lloran los más amargos abandonos.

Las casas humanas son cajas fuertes de los sentimientos.

Al entrar a una casa, después de atravesar las medidas de seguridad con que las personas resguardan esa madriguera de la locura, nos encontramos por lo general ante una galería del pésimo gusto que aúna objetos de la más variada naturaleza, dispuestos en lo que comúnmente se denomina “decoración”. Bajo esta palabra vacua se justifica una sucesión de adornos y cuadros, reproducciones en el mejor de los casos, todas ellas de índole romántica, aunque hayan sido pintadas el año anterior, paisajes y rostros tristes, maternidades y otros lugares comunes del emotivario colectivo. Cuando se trata de originales es mucho peor, porque podemos enfrentarnos al voluntarioso producto de un taller de arte, regalo de un pariente o adquisición a quién sabe qué comerciante inescrupuloso que se valió de la absoluta carencia de cultura del comprador.

En la sociedad materialista y consumista, la decoración ha debido ceder terreno a la tecnología con que los seres humanos ocupan el tiempo de lo que llaman vida, y que se limita a pasar de una máquina a otra, en espera de estímulos y goces que la verdadera existencia les ha negado y que ellos mismos no sabrían cómo procurarse. De este modo, las distintas partes de las casas humanas están atiborradas de pantallas televisivas, a veces colgadas de las paredes, computadoras de todo tipo y tamaño, máquinas para hacer pan, para freír papas, para descongelar alimentos, para conservarlos, para pelarlos, para lavarlos. Por lo general quienes menos cocinan están más provistos de toda esta tecnología costosa, pretenciosa e inútil. Y nunca falta lo más importante: los aparatos móviles que los seres humanos llevan permanentemente adosados al cuerpo, y cuando están en casa colocan en lugares de fácil acceso, y trasladan de una habitación a otra, para evitar la crisis de pánico que podría causarles haberlos olvidado lejos del alcance de la mano, o en un lugar donde no se puedan escuchar sus múltiples sonidos ni ver sus lucecitas, indicadores de importantísimos mensajes con los cuales sin duda se decidirá el destino de sus hastiadas personas, o incluso de toda la raza.

Las casas humanas son, en definitiva, muestrario de los efectos deletéreos que ha causado el sistema en las personas, y refugio de todas las mezquindades y miserias que estas mismas

personas esconden tras esas paredes adornadas y enrejadas. Son la caverna de los ambiguos tesoros que ningún Alí Babá quisiera descubrir.

CARTA TREINTA Y UNO

Mi amor, esta madrugada mis pasos me han llevado dentro de una iglesia. Era casi el alba, y los últimos restos de la sombra, ya deshilachados por la luz asoladora del día que se abalanzaba sobre el mundo, se refugiaban en las ramas de los árboles y bajo los puentes, agrisados como gorriones que se guarecen del temporal. Me detuve frente a la mole vertical de una gran iglesia y vi que la penumbra anidaba allí, entre las columnas gigantes del pórtico, debajo de las molduras sucias de tiempo, invitando a entrar en otro tiempo, un tiempo del nunca, una dimensión de la irrealidad que tal vez para mí, en ese nuevo día que me acuciaba, podía volverse la única realidad.

Entré, y me recibió la luz magnética de incontables lamparitas, ojos escondidos en candelabros de un viejo dorado, manos de bronce extendidas desde siempre en el silencio retumbante de ese recinto hueco. Pensé que si el mundo de los humanos hubiera reconocido tu belleza, debería haberte colocado allí, en uno de esos pedestales de madera coloreada, estatua también vos, meta de la veneración de hombres y mujeres que buscan un objeto para adorar, una imagen, un rostro inmóvil que hubiera derrotado la bofetada de la existencia.

El templo era desmesurado y extraordinario, como si la divinidad necesitase un espacio sobrehumano para expresar su humanidad. En el centro, filas de bancos de madera esperaban a los creyentes, a sus rodillas suplicantes, y a los costados, las naves escandidas por gruesísimas columnas rematadas con capiteles eclécticos, resguardaban altares de aire barroco, dorados y extrañamente complejos, poblados de estatuas de santos vestidos como nadie debió vestirse nunca: una mezcla de alta moda romana con estudiados harapos medievales, aunque en su mayoría se trataba de ricos mantos orlados de oro, coronas de pedrerías y poses tan lánguidas y sugestivas que sólo la índole del lugar excluían estas imágenes de la lascivia

más perversa. Me pregunté si algún hombre o alguna mujer, de aquéllos que a esa hora tempranísima ya se hallaban hincados ante esas estatuas, podía creer que alguno de esos santos o santas alguna vez, en un pasado imposible de fechar, hubiese caminado por el mundo ataviado de esa manera, y en especial en esas actitudes más propias de un baño de odaliscas que de un mártir o un ermitaño.

Al final de la nave central un inmenso altar dorado, alto cual alto era el techo del templo, ocupaba todo el espacio que abarcaba la mirada, imponiendo suntuosamente su presencia pretendidamente divina, y que en cambio era de una materialidad densa y altanera. Entre sus columnas retorcidas y sus doseles polvorientos se abrían nichos en los que otros personajes divinizados dirigían miradas más dignas de un perro pidiendo comida que de ningún ser humano, a la platea casi vacía de ese palacio del vacío. En el centro, un nicho excepcionalmente grande en comparación con los demás, alojaba la estatua de una mujer, y se suponía que era mujer tal vez por la larga cabellera arreglada de manera femenina, derramada sobre una espalda sin hombros. Estaba engalanada con una suerte de gran cono bordado de perlas y oro, y tocada con una corona no menos rica y suntuosa que esa vestidura que borraba cualquier forma humana y sólo dejaba escapar dos manecitas minúsculas extendidas como pidiendo ayuda. Me quedé un rato contemplando ese prodigio de la imaginación, hasta que detrás de mí, e invadiendo repentinamente todo el enorme recinto decorado, sonaron las notas poderosas de un órgano. Me di vuelta y vi que allá arriba, sobre la puerta principal que enfrentaba a ese altar de las divinidades principales, un gran balcón sostenía un órgano de proporciones tales que su sonido hubiese bastado para ensordecer a un pequeño pueblo de montaña. Miré fijamente hacia ese otro altar, ese altar de tubos magníficos de los cuales escapaban notas profundas y solemnes dignas de Bach, y te vi, te vi de espaldas frente al teclado escalonado, moviendo las bellas manos con la habilidad de un pájaro que salta de rama en rama esponja su plumaje incandescente a las primeras luces del alba.

Sentí que el corazón me saltaba en el pecho, liberado de alguna sábana ajustada por la mano oscura de una noche demasiado larga, y con la mirada ansiosa busqué el modo de subir hacia donde se apoyaba ese órgano, ese órgano que era tu altar, vos que sin duda habías abandonado un pedestal dorado para

regalar al silencio absorto de estatuas y mármoles el don de esa música que ya abrazaba las columnas, las molduras, los techos abovedados y los cuerpos ondulantes de mil santos y vírgenes, cuerpos dispuestos a proseguir un paso de danza interrumpido innaturalmente por esa inmovilidad devota de las cariátides

Ah, una súbita fiebre me ganó entonces y corrí hacia el fondo de esa iglesia casi despoblada, corrí y busqué, junto a las puertas laterales, una escalera que me condujese ante vos, ante esas manos que tan bien conocía y que estaban ahora acariciando un teclado que no era mi cuerpo, porque quizás el cuerpo estuviese proscrito en ese palacio del no cuerpo, que exhibía cuerpos y prohibía tocar los cuerpos. Corrí y casi tropiezo con los platonos de agua sostenidos por pilas de alabastro. Encontré una puertecita a un costado, una puertecita minúscula disimulada entre las falsas molduras pintadas en la pared. La empujé con todas mis fuerzas, inútilmente, porque se hubiera abierto con el leve roce de los dedos. Ante mí se desarrolló una escalera estrecha y oscura, una serpiente sin adornos ni caras de santos, espiralada y vertiginosa. La subí en dos saltos y me encontré ante otra puerta, idéntica a la anterior, pero infranqueable. La empujé, golpeé con mis puños la madera antigua, y las notas del órgano cada vez más poderosas acallaban mis súplicas, no se abrió. Detrás estabas vos, vos que dedicabas tu música a las divinidades de yeso y no a mi corazón desolado de carne.

Y me quedé allí, deshecho junto a la puerta muda, suplicando en voz baja como aquéllos que de rodillas suplicaban ante las imágenes pintadas de los altares, suplicando y llamándote, a vos que no podías escucharme, a vos que te habías enamorado de ese teclado que te devolvía una música inhumana, perfecta, eterna, más eterna que ese templo de utilería, que esas estatuas vestidas de oropes falsos, que esos bancos hechos para acoger las penitencias del dolor. A vos que estabas del otro lado y yo no te alcanzaba.

A vos que siempre estuviste del otro lado de una puerta que yo nunca pude abrir.

LAS IGLESIAS

Las iglesias son teatros con pocos actores. Y una escenografía que nunca se cambia.

No es de extrañar que los espectadores se cansen de ver siempre la misma obra, donde no hay intrigas amorosas ni lances caballerescos, ni siquiera efectos especiales, más que una muerte que todos conocen y que, como en el teatro griego, no tiene lugar en escena.

Aunque no puede negarse que se trata de teatros magníficos y grandilocuentes, un poco exagerados en su expresionismo, es cierto, pero no carentes de mucha sugestión y una imaginación desbordante. Porque hace falta imaginación para inmortalizar a tantos personajes ataviados como para el último festín de Pompeya, petrificados en el primer paso de un baile exótico o en las contorsiones de un requiebro amoroso con un amante invisible. Sin embargo, es sorprendente que hombres y mujeres de todas las edades y clases sociales se arrodillen frente a estas imágenes de madera, yeso y a veces mármol, y les dediquen oraciones tan contritas como jamás deben haber hecho ante ningún verdadero prodigio de la naturaleza o de los humanos sentimientos.

Y lo más extraño es que nadie, entre todas aquellas personas que inclinan la cabeza con sagrado temor ante esas estatuas, nadie se pregunte cómo es posible que los personajes representados estén vestidos de manera tan frívola y descabellada, con mejillas tan arreboladas como ningún maquillaje de buen gusto permitiría, con los ojos tan vidriosos como en un éxtasis de placer indescriptible o como si hubieran sido víctimas de una alergia milenaria congelada en ese segundo, el segundo en que sus expresiones quedaron fijadas en muecas que a ningún actor contemporáneo serían admitidas sin una tajante crítica acerca de la caducidad de los melodramas y el anacronismo de las exageraciones.

Las iglesias son grandes teatros de entrada libre, porque sería escandaloso que se cobrara una entrada para ver una puesta en escena que lleva dos mil años y pico en cartel. Y que para colmo tiene siempre un solo actor, salvo casos excepcionales en que se agrega algún otro, pero que recita el mismo papel y luce un vestuario casi idéntico al habitual protagonista. Pero hay que

reconocer que esta representación hace participar al público, ya que los espectadores, pocos o muchos, responden a las invitaciones del monologuista, y hasta cantan melopeas cadenciosas de carácter indeciblemente aburrido, e incluso se saludan entre ellos como si de pronto tuvieran que hacer negocios con los compañeros de banco o los que se sientan detrás, y les dan la mano y les desean buena suerte o algo por el estilo. Sin duda en algunos aspectos se trata de un teatro muy contemporáneo, a pesar de los años que lleva en cartel.

Pero lo más sorprendente es que esas mismas personas que gastaron sus rodillas en las hispidas maderas de los reclinatorios, ésas que besaron los pies untosos de alguna estatua sagrada expuesta a la pública devoción, ésas que se golpearon el pecho recitando una plegaria incomprensible que las acusaba de quién sabe que error trágico perdido en el tiempo, esas mismas personas salen del templo dotadas de una ceguera sobrenatural, una ceguera que les impide ver a los niños desnutridos que piden limosna en el pórtico, a las mujeres zaparrastrosas que ofrecen estampitas, a los viejos paralíticos que mendigan caridad. Esas mismas personas bajan las escalinatas del templo con bienaventuradas sonrisas, bendecidas por las estatuas doradas, preparadas para afrontar el terrible mundo de los seres humanos, acorazadas contra la maldad y la piedad, ya libres de la culpa de ser cómplices de la desventura que azota a toda la raza humana.

CARTA TREINTA Y DOS

Porque no quisiera ya pensarte. Porque no quisiera ya escribirte. No quisiera saber que no sé de vos, ni quisiera saber que nada sabés de mí. Porque no quisiera seguir creyendo que un día leerás estas cartas ni temiendo que nunca las leas. No quisiera haberte amado, pero menos aún quisiera tener esta certidumbre de que sin amarte no hubiera vivido.

No, no quiero más de vos, de tus palabras, que son las mías y te han creado; de mis palabras, que son las tuyas o deberían serlo, pero para mí sos vos esas palabras, estas palabras.

No más palabras, no más espera ni recuerdos. Ya sé que es el modo de perderte, pero también sé que es el único modo de

morir, y para morir estoy viviendo. Escribí para vos y para mí he creado esta fantasía que es mi existencia.

Ahora debo confesarte la verdad.

Nunca te he visto, ni te he hablado. Nunca me amaste, ni hiciste el amor conmigo. Nunca caminamos juntos por una ciudad ni junto a un lago, ni vislumbré tu sombra en la penumbra de mi habitación, ni sentí tu cuerpo junto al mío ni te vi sobre un escenario, y tampoco te soñé, porque no tenés rostro, ni voz, ni piel, ni alma. Sos lo que no sos. Fuiste para que yo fuera, y ésa ha sido tu verdadera existencia, la mía.

Ahora amanece, y voy a romper una a una estas cartas. Avanzo en la penumbra dudosa de mi casa hacia el estudio donde se ha pergeñado esta mentira. La destrucción siempre es la culminación del amor, y del desamor. Mis pasos titubean ante la sombra obstinada de las paredes, se arrincona la oscuridad para tenderme una trampa detrás de las puertas entornadas. Pero desde afuera el grito desconsolado de un pájaro me dice que el día va a llegar inevitablemente. El último perro de la noche ladra al vestigio de la Luna que está secuestrando el cielo. Avanzo por el pasillo que se ha vuelto innumerable, como innumerables me parecen mis pasos indecisos. Voy a romper las cadenas que me atan a este simulacro de existencia. Verdugo de mí mismo, soy el hacha y la horca, el veneno lustral, la daga y el puño cerrado. Soy la muerte.

De pronto, surgida de una sombra que es más que la sombra última de la noche, una oscuridad impenetrable, una mano me detiene, apoya en mi pecho una palma extendida y poderosa, y ante mí el cuerpo de la oscuridad, tu silueta tal vez, la nada. Erguida entre mi cuerpo y todo lo que existe, me dice:

-No podés destruir esas cartas, no podés borrar las palabras, porque vos también sos

palabras.

-Quiero morir –respondo.

-No es cierto.

Entonces golpeo brutalmente a esa sombra, quiero abrirme camino hacia mi destino, y ella me empuja y caemos abrazados en lo que no se ve, abrazados luchando y cierro puños de rabia contra su cuerpo invisible, puños que terminan en mi estómago.

-¿No te das cuenta? –me dice entre jadeos- ¿No te das cuenta de que no podés hacer nada contra tus palabras porque vos sos tus palabras?

Y una rabia sin nombre y sin dirección me estalla en el pecho y en el vientre, me devora la cabeza y me hace luchar como un desesperado que manotea el agua inaferrable para no ahogarse. Peleo, peleo y golpeo, interminablemente, golpeo su sombra y su cuerpo oscuro sin rostro, y su rostro también lo golpeo y no me doy cuenta, pero me voy dando cuenta de que estoy golpeando el aire. El aire y la nada. La penumbra hueca de la última noche.

Estoy solo; y no he destruido las cartas.

LA SOLEDAD

Sería excesivamente esperanzado hablar de la soledad como la falta de compañía, la temporaria condición en que el hombre o la mujer se despiertan a un silencio sin respuesta. La soledad es el eco de la propia voz deformada por la bóveda del mundo.

Todos dicen que quieren estar solos y padecen un terror ancestral a la soledad. Nadie soporta la falta de otro ser humano, la ausencia de una voz que hable en el silencio que de otro modo, podría arrastrarlo directamente hacia la enajenación. Un ser humano solo estalla y se desnaturaliza, hasta volverse un híbrido sin lengua.

La soledad de que hablan los necios soledad no es, sino otra palabra: confort. Quisieran pasar una hora solos rodeados de todas las posesiones que les ha proporcionado la sociedad materialista, y con las cuales creen que van a ser felices. Ciertamente es allí donde cuaja la verdadera soledad, pero nadie lo sabe. Sería necesario exponer al hombre y la mujer a una soledad verdadera, o sea el aislamiento de todo lo que conforma la sociedad humana: el vacío de las cosas. Entonces este ser que se autodenominaba humano, podría medirse consigo mismo, considerar cuánto le queda de humano despojado de todo lo que pueda caracterizarlo como humano. Porque son las cosas que nos rodean las que nos espejan humanidad. Y son las palabras las que nos anclan en esta especie artificial llamada raza humana. Y sin cosas ni palabras

no existimos. Sobreviviríamos muy poco sin la estructura material, pero mucho menos sobreviviríamos sin la palabra, sin otro ser humano a quien dirigir esa plegaria del lenguaje que nos hace humanos.

Animales no somos, híbridos.

Somos seres incompletos que quedaron a medio camino entre el instinto y el pensamiento.

La soledad es augurable cuando se ha desarrollado un cerebro medianamente capaz. Los necios aborrecen y temen la soledad, buscan el ruido, la basura, los escombros llamados reuniones, cualquier cosa que les permita sentirse hermanados, cercanos, parecidos, solidarios con todo lo que la humanidad tiene de vicioso y descartable, la vulgaridad que unifica masas explotadas y bulliciosas, sembradoras de suciedad, totalmente impiadosas, repetidoras inconscientes de todos los lugares comunes inventados para seguir exprimiéndolas y haciéndoles creer que son buenas personas.

Ah, qué bien le haría a esta gente encontrarse en medio de un desierto, acompañada únicamente por un lagarto fugaz, una serpiente corrediza, el sol abrasador y la arena ilimitada. Sin nadie a quien gritar sus insultos cotidianos, sin nadie que aprecie su maldad enmascarada de otra cosa. Sin embargo, no sobrevivirían. Estas personas son absolutamente incapaces de sobrevivir sin un contexto que les asegure que siguen siendo lo que son.

Encerrar en una torre de piedra a una tarántula con un libro.

CARTA TREINTA Y TRES

El solsticio del verano me indica que el mundo será ardido por la furia del Sol. Como un ojo ciego en el cielo, el astro incandescente lanza sus llamaradas blancas sobre el desierto de los hombres para arrasar con la vida y devolver el planeta a un estado primigenio, magmático, licuando los elementos para que regresen a su origen y se purifiquen de la forma, para que la materia sea otra vez una e indivisible, y finalmente los seres vivientes desaparezcan derretidos con todo lo que existe, tierra, mar, vegetales y minerales, aire y recuerdos.

Estoy de pie en el zenit del mundo, y sé que vos mirás el universo desde el nadir.

Este juego sin sentido que es la existencia nos ha colocado en cada extremo de nuestra cárcel, para que no nos llegue a cada uno más que el deseo de acercarnos, y siempre será imposible, pues la redondez de este planeta, de las órbitas, de todo el universo, nos mantendrá equidistantes, aislados en nuestro inútil afán por avanzar sobre una superficie curva. Curvo es todo, la atmósfera, nuestros pasos, la mirada que se pierde sin poder atravesar el vientre redondo de la Tierra.

Grito tu nombre y mi grito se proyecta lo más lejos que el aire se lo permite, llevado por pájaros de alquitrán a través de la atmósfera que rodea y abraza esta prisión circular que nos contiene. Pero hasta los pájaros, que viven en el aire, están limitados a girar sin solución de continuidad, esclavos ellos también de las leyes del universo. Las leyes que han dictaminado que estemos separados para siempre.

Si mi grito fuera una nube.

Si fuera la espuma del océano que llevada por las mareas atravesara la esfera caprichosa de nuestra prisión, lamiendo costas y golpeando acantilados hasta encontrarte, y allí devolverte mis palabras, las sílabas que dicen tu nombre, dicen tu nombre inútilmente porque no podés escucharme.

Estás de pie en el nadir del mundo. En el nadir de mi mundo, que es prisión y cuna y tumba de todo humano anhelo. ¿Para qué habremos nacido en un lugar del cual no podemos escapar? ¿Qué sentido tiene llamar vida a una condena? Vivir sin poder ir más allá de la propia mirada. Contemplar un cielo incontable y no poder contar las estrellas que serán otros soles, que iluminarán otros planetas donde seres como nosotros, como vos y yo, estarán gritando de desesperación, de soledad, de impotencia. Sí, el universo es la máquina de la crueldad.

Todo lo que existe nos encierra y nos condena.

Tu nombre se deshace en la estrechez de mi garganta, angosta y minúscula frente a las paredes de nuestra cárcel, que es la misma, pero es tan grande que el laberinto de sus distancias no nos permite reencontrarnos. Porque cárcel no sería entre tus brazos, cárcel amorosa para llorar sobre tu pecho este absurdo sentimiento de estar vivo, de vivir sin estar viviendo.

Emprendo el camino hacia tu nadir y sé que vos hacés lo mismo hacia mi zenit, o quizás soy yo quien está en el extremo sur y vos en el norte, y es lo mismo, y *es indiviso y uno el anatema*, y lo mismo no vamos a encontrarnos, porque la simetría de nuestra soledad nos lleva a seguirnos en la redondez de un camino que nunca se acerca a sí mismo, porque es idéntico y lleva siempre hacia el desencuentro.

La soledad es circular, como tu ausencia. El desencuentro camina hacia sí mismo. El grito no cesa, y se pierde en el vacío sin llegar a ninguna parte. Es inútil gritar, nuestra garganta es pequeña para contener el desamor.

Sigo de pie en mi extremo del mundo. Si no me muevo, tal vez me alcances. Pero sos mi sombra. No un paso vas a dar sin un paso mío. Y cada uno de nuestros pasos se sigue sin verse. Y así nuestros pasos o nuestra inmovilidad aseguran y eternizan nuestro desencuentro.

SOBRE LA REDONDEZ DE LA TIERRA Y LOS PLANETAS

Es particularmente curioso que todo en el universo sea redondo, o al menos circular, elipsoidal, concéntrico. Que nada rompa la figura perfecta que vuelve eternamente hacia sí misma. ¿Por qué los mundos no son chatos, llanos, o romboidales, o políedricos, llenos de aristas y planos inclinados? ¿Acaso la sólida gravedad no funcionaría si los cuerpos celestes tuvieran formas estrafalarias que eludieran el hastío del círculo y su infinito? ¿Caeríamos en el espacio innumerable, como fragmentos minúsculos de la materia?

Todo parece tan natural. Todo parece tan aceptable en este planeta, en este universo que nunca podremos conocer más que a través de cálculos de laboratorio. Agujeros negros, materia oscura, novas y supernovas, gusanos interestelares y singularidades. Todas teorías que hoy son leyes y mañana podrían ser refutadas por nuevos e ininteligibles teoremas de pizarrón. ¿Y a qué sirve todo esto? A las religiones, para hacer

pensar a las personas que hay un dios que ha dispuesto que todos sean ínfimos juguetes de la inmensidad, y que mientras tanto, para pasar el tiempo hasta que vayan a pasar la eternidad a un lugar llamado Paraíso o algo así, se maten entre todos con la excusa de hacer cumplir quién sabe qué escritura sagrada o para que aquéllos que adoran a otro dios, que es el mismo, se convenzan de que el verdadero es uno, el que manda matar. También sirve a la ciencia, para erigirse en la poseedora de la verdad, como si hubiera una verdad en este caos inaprensible del Cosmos, y así aplastar al espíritu humano con teorías abstrusas que demuestran que lo antes demostrado era falso, y que pronto serán barridas por nuevas teorías que demostrarán que todo lo anterior estaba equivocado. Y sirve a los poderosos, los que manejan la materia inventada por el mismo ser humano, o sea el dinero, para hacer creer a todos los hombres y mujeres del mundo que es indispensable imponer la justicia y la igualdad, y que hay que deslomarse trabajando para producir algo que hará que la raza entera viva mejor, cuando lo único que deberían hacer hombres y mujeres es sentarse a contemplar las estrellas y las nubes, sentarse y dejarse llevar por el cielo, sentarse y soñar.

Sí, el universo es una trampa redonda. Una ruedita para ratones que gira sobre sí misma sin llevar a ninguna parte. Y no importa si afuera existe otra cosa, o son todas rueditas que se sostienen quién sabe por qué mientras los ratones creen que van a algún otro lugar. Y los ratones deberían detenerse y mirar afuera de los barrotes, mirar el vacío al que nunca van a comprender. Rueditas para evitar la angustia.

Una mujer corría a su pequeña viña cada vez que se acercaba una tormenta, hacía una cruz de ceniza en la punta de la hilera y clavaba un cuchillo en el centro. De ese modo evitaba que el granizo demoledor se llevase en minutos el trabajo de todo un año. Un estudiante de astronomía la miraba y se reía, mientras hacía cálculos inacabables sobre los alcances del horizonte de sucesos en los agujeros negros. Me pregunto quién de ellos era más crédulo, quién más humano, quién más absurdo. Para ambos hubo lugar en este planeta, hasta que este planeta, como un perro que sale del arroyo en el que se metió para paliar el calor sofocante del verano, se sacuda vigorosamente la pelambre y arroje al espacio sin oxígeno a los seres y las cosas, y se eche al sol a dormir la siesta. Una siesta que durará otra incalculable eternidad.

CARTA TREINTA Y CUATRO

Corrimos juntos por un paisaje que anunciaba con un cataclismo su inminente metamorfosis. El cielo se precipitaba en un magma violáceo y furibundo, arrancando a la tierra desolada jirones de piel aún llenos de sangre. Las vísceras de los continentes quedaban expuestas a la ira de un sol ya opaco, ya iridiscente, siempre enemigo, dispuesto a calcinar el planeta y sus elementos en un instante.

Corríamos de la mano, finalmente juntos en una misma dirección, de la mano y tan desesperados que no teníamos tiempo de mirarnos, nosotros que hubiéramos querido hacer de esas manos la prolongación de los ojos sedientos, acariciarnos con pupilas que habían tanto esperado. Pero la urgencia del mundo que ya dejaba de ser mundo nos perseguía, y sólo podíamos trazar caminos precarios delante de nosotros, indicar con un grito breve el mejor lugar para apoyar los pies en un instante que ya pasaba y acuciaba el próximo, necesidad de sobrevivir. Juntos, los dos sobrevivir a todo lo que se terminaba.

Detrás se abrían fauces hambrientas que devoraban casas y jardines, árboles, calles, sembrados y desiertos. La tierra se estremecía por fin libre del yugo de los seres, y pronunciaba su propio alfabeto llena de cólera, agitando montañas y desapareciendo ríos en sus recientes heridas, heridas preparadas para parir una nueva epidermis, la superficie donde no habría lugar para los humanos y sus palabras. El clamor de mil pájaros que veían hundirse los árboles sagrados tatuaba en el aire enrarecido un réquiem agudo y lacerante, mientras los perros de la calle corrían junto a nosotros, a nosotros dos, nosotros también perros perseguidos, perseguidos por el final.

Me apretabas la mano y yo estaba feliz, estaba feliz del fin del mundo, porque me tenías de la mano y yo te tenía de la mano. Frente a los precipicios ya las moles enardecidas de las nuevas montañas, frente a los océanos instantáneamente devorados por una tierra desconocida, frente a los nuevos mares que arrasaban ciudades y personas, estábamos tomados de la mano. Podría haber cerrado los ojos al cataclismo del universo, ya decidido a liberarse de nosotros, de nosotros que éramos sólo palabras, ya

harto de ésas nuestras palabras, ansioso de un nuevo silencio, un silencio que le diera otra lengua, otro cuerpo. Podría haber cerrado los ojos y haber conducido tu mano hacia un vacío que vacío no era, vaciadero de todas las cosas humanas que humanas dejaban de ser en ese minuto, el minuto en que elegía tu vida, en otro mundo, en el desastre, en lo que fuere; tu vida.

Corrimos y la tierra se deshizo bajo nuestros pies enamorados. La tierra que había escuchado con tanta paciencia los silogismos de nuestro desencuentro, la misma que alejaba las citas de nuestros equívocos y nuestras esperanzas. Esa tierra se deshilachaba como la arena entre los dedos de algún dios adormilado, y caía lluvia de plata en lo que tal vez estaba destinado a ser el nuevo mundo, un planeta sin hombres ni mujeres, ni desencantos ni recuerdos. Y vos me apretabas la mano, la última vez

Y yo cerraba la mano en el vacío, en el espacio incontable de tu silencio, frente al mundo mudo, quieto, inmóvil de tu ausencia. Un mundo incólume, indiferente, monótono, dispuesto a repetir una y otra vez la ceremonia de nuestro adiós.

El adiós que terminó con el universo.

EL FIN DEL MUNDO

Es mejor no estar preparados para el fin de esta civilización, aunque tanto lo esperemos.

No estar preparados porque el fin significa la muerte, y nada angustia más que la idea de la propia muerte. O sea, de un final sin un significado.

Pero afortunadamente el fin va a llegar. Una mañana, o una tarde cualquiera, cuando las montañas se derrumben bajo el peso insoportable de un cielo enemigo, y los mares se dilaten y se hundan en nuevas gargantas monstruosas surgidas en la cara de la Tierra. Un día en que el paisaje conocido que denominamos nuestra casa se desplome inevitable y sin razón, arrastrando consigo todo aquello por lo que malgastamos la existencia; los objetos de nuestra absurdidad.

Entonces el sol va a parpadear sobre vivos y muertos, anunciando el final, y las estrellas se van a caer en pedazos sobre templos y palacios, sobre las antiguas tumbas y las eternas vanidades. Los ríos van a desbocar sus cauces desesperados y se van a abrir trizaduras de furia sobre los mapas de las ciudades. Torres y plazas se van a hundir con un grito. Y sobre esa voz diminuta la voz del universo impondrá su orden de destrucción. Valles y caminos van a desaparecer dentro de abismos de piedra, todos los bosques sucumbirán al fuego de innumerables volcanes y al apetito voraz de mil precipicios tajantes, como los vidrios cortados por una mano que hiere.

El mundo se va a liberar de las palabras, de los nombres que lo encadenaban a ser lo que quisieron ser hombres y mujeres desde que el horizonte y el cielo les dieron el lenguaje. La rosa va a dejar de llamarse rosa, el amor amor, el desconsuelo perderá sus silabas en la hecatombe de los seres humanos. Porque será necesario el fin de todo para que todo vuelva a ser. Vuelva a ser lo que nunca veremos ni sabremos nombrar, y así la vida va a destejer una crisálida de dura seda urdida en eones de un tiempo que ya no va a tener medida, como sin medida serán el Sol y su luz bienhechora, la Luna y sus enigmas, el crepúsculo y su melancolía, los incontables amaneceres sin versos ni poetas.

Así lo que fue pasión perderá su nombre, lo que se llamaba desencanto diluirá su voz en un silencio incógnito, y donde hubo odio no existirán palabras para nombrarlo. El vacío será el mausoleo de las mezquindades del hombre y la mujer, y sus ausencias no serán motivo de pena para el mundo, que va a abrir ojos nuevos, sin nombre, en espera de otras bocas que no hayan aprendido a decir adiós.

Se van a terminar estos signos, se va a terminar el mundo.

CARTA TREINTA Y CINCO

Mi buen amor, un pájaro ha llegado hasta mi ventana y detrás del vidrio mantiene erguida su figura –tan erguidos están siempre los pájaros-, mirándome con sus ojos inmóviles, negros

como es negra la obsidiana en las vetas de las montañas en los lejanos campos de México.

Me mira y parece juzgar con su pico anaranjado que lo que está viendo no es su mundo, y no es el mundo, y ni siquiera soy yo y mi mundo de palabras. No le gusta mi imagen tal vez deformada por el vidrio inestable; o no le gusta mi casa, tan llena de objetos que para él nada significan. O no le gusta que siga escribiéndote cartas, cartas y más cartas que él nunca va a llevar entre sus patas de durísima porcelana hasta tu alféizar, hasta el vidrio detrás del cual vos seguís estando, allá intocable.

Es un pájaro extraño, tal vez un mirlo o un zorzal. Su plumaje es negro y brillante, irisado si lo toca la luz, liso como la uña de un dios. Sus ojos redondos expresan una crueldad sin palabras, muda conciencia de que el mundo no es como yo lo escribo, sino como lo ve él, con esas oscuras perlas redondas, como lo ve él desde el cielo sin ventanas ni vidrios ni cartas.

Mueve levemente la cabeza alta, esbelta y dura como la cabeza de una estatua sagrada, no parpadea, y lanza el alquitrán de su mirada a mi pupila blanda y suplicante, como quien pronuncia una sentencia. Su sentencia es el silencio, pienso desde mi cárcel sin sonido. Pero al instante veo vibrar su pecho emplumado en un canto sutil, un gorjeo apenas, el minúsculo salto de un agua lustral sobre la piedra de un arroyo; surge del pico apenas entreabierto, como si estuviera midiendo el aire para darle el sonido preciso. Canta bajo las plumas de raso negro, y ese raso se vuelve azul en un temblor de música apenas susurrada. Canta como si estuviera murmurando un secreto que sólo al vidrio de mi ventana pudiera revelar.

Comprendo que la perfección está muy lejos, no la podés alcanzar, me dice su canto diminuto. Y ese canto ocupa el mundo y sus órbitas, traspasa el cosmos y llega a los confines de toda la distancia. No la podés alcanzar, es imposible, afirman sus ojos negríssimos desafiando al carbón en lucientes cristales. No respiro, no me muevo, no quiero pensar que soy humano nada más.

No quiero pensar que no soy ese pájaro, dueño de la voz del universo. Y que te extraño.

LOS PÁJAROS

Los pájaros no son animales.

Los pájaros son sentimientos que vuelan, cubiertos de plumas, para cantar en el cielo las palabras que no pudieron pronunciar en la tierra.

Los pájaros van a sobrevivir al hombre y a su mundo. Cuando la hecatombe final devore toda la maldad que hemos sembrado sobre este pobre planeta, los pájaros van a sobrevolar nuestro apocalipsis, piando de pena por todo lo que no fue, llorando a los árboles que fueron las columnas de sus palacios. Van a mirar desde el cielo con sus redondos ojos fríos la última desventura humana, que por fin va a terminar con esta equivocación de la existencia.

Los pájaros no piensan, fueron rescatados por sus alas del magnetismo de ese error que contaminó a todos los seres que apoyaban sus casas en el suelo del mundo. Por eso van a ser los únicos sobrevivientes. Desde el cielo enajenado van a contemplar la Tierra que se devasta a sí misma, a los hombres y mujeres que correrán tras los restos de aquellas posesiones que los hacían hombres y mujeres, y sin las cuales se hallarán perdidos, desnaturalizados, sin palabras. Enmascarados en nubes de azufre, los pájaros van a llorar por todos los seres vegetales que cubrían amorosamente la superficie terrestre, y por todos los animales que sufrieron la crueldad de los humanos. Y cada terremoto, y cada marejada gigantesca los tendrá como testigos, colgando del cielo mudo, repletos de sagrada indiferencia.

Sin un alféizar donde posarse, el pájaro negro del pico de oro va a lanzarse en picada sobre los últimos ojos, sobre las últimas manos que escriben cartas. Va a arrancar una a una las letras que formaban palabras, para que nunca más el mundo y sus cosas tengan nombre. Para que todo vuelva a ser.

Los pájaros están esperando el fin del mundo.

Y mientras tanto cantan.

LA RESPUESTA QUE HUBIERA DEBIDO

Mi lejano amor: he regresado a casa y me he encontrado con todas tus cartas. Treinta y cinco cartas en sus sobres cada una, todas dirigidas a mí, con tu nombre en el remitente. ¿Qué pensabas que yo hubiera posido hacer ante semejante cantidad de papel? Abrí una, dos, tres, diez. Las letras empezaron a bailar ante mis ojos hasta conformar lo que verdaderamente querían significar: una vorágine de pelos y patas negras que se aferraba a mi cuerpo para arrastrarme al vacío.

Te dije siempre que las palabras iban a terminar matándote. Ya nos habían separado, ¿qué más querían ahora que quitarnos la vida, cuando se habían llevado con ellas cualquier posibilidad de que fuéramos felices? Sin embargo has insistido. Has utilizado el mismo instrumento de nuestro desencuentro para tratar de reencontrarme, y reencuentro no pueden propiciar las palabras, creadoras de distancia. Cada sílaba, cada palabra, cada frase de tus cartas, eran como un arco que lanzase al vacío la flecha de nuestra desolación. No, las palabras nunca quisieron que estuviéramos juntos, y siguen trabajando para alejarnos.

Lo que vos parecéis no comprender, es que hace mucho tiempo que las palabras triunfaron.

¿Quién de los dos habita ese jardín donde los pájaros hablan y los árboles cobijan fantasmas de amores muertos? ¿Soy yo, o sos vos quien en la soledad sueña al otro junto a su cuerpo en la cama, y persigue una sombra que se deshace en los rincones? ¿Acaso uno de los dos buscó al otro en un teatro repleto una tarde de llovizna, o una mañana caminó por el cementerio para encontrar su tumba, o trató de impedir su nacimiento en un hospital de la periferia? ¿Quién se tortura con las palabras, como si fueran el cinturón de silicio de su alma, cada día, cada noche, para invocar un amor imposible?

Vos o yo hicimos un pacto de silencio frente a un teclado. Un teclado que se convirtió en la escalera hacia lo ignoto, en el dardo disparado hacia la nada. Un teclado que no podía formar las palabras porque las letras estaban encadenadas, petrificadas en sus lugares fijos, y eso era lo que vos querías, lo que yo quería, porque si hubiera escrito a mano, las letras habrían

caído sobre el papel con inevitable crueldad, y allí donde debía escribir te extraño, hubieran puesto no vuelvas nunca.

Sí, yo escribí estas cartas. Yo las envié. Las cartas han regresado a mis manos, que son las tuyas. Las cartas están dirigidas a vos. Vos que las recibiste y no podés ni siquiera leerlas. Vos que no sabés leer, porque no tenés ojos.

Aquí frente al jardín que despierta con sus pájaros de pupilas incandescentes y sus copas que susurran, no sé quién ha escrito las cartas, vos o yo. No sé ni siquiera quién está escribiéndote esta última carta, antes del final.

Sólo te pido que si alcanzás a leerlas, si llegás en tu infinita piedad a leer estas líneas, vengas inmediatamente a mi casa, cruces el jardín y entres a mi estudio.

En este lugar estás escribiendo las cartas.

ÚLTIMA CARTA

Quiero destruir el mundo y comerme sus ruinas.

Demoler uno a uno sus edificios, sin jamás agotarme. Ir caminando con una maza en las manos y derribar torres y casas, monumentos y avenidas, incendiar las plazas y los teatros, bombardear los edificios públicos, demoler las iglesias, abrir precipicios en los parques y deshacer ladrillo por ladrillo las escuelas.

Y la humanidad habrá desaparecido. Ni un hombre ni una mujer se verán por las calles devastadas. Ni un niño se escuchará detrás de las ventanas rotas, ni un viejo arrastrará su paso por las plazas inexistentes. Dejarán las madres de representar su papel de madres, y los padres se sacarán las máscaras de creer que tienen algo que ver con sus hijos y deben mantener un simulacro llamado familia. Se acabará la maternidad y ya no van a nacer hijos que justifiquen el vacío de otras existencias, ni perpetúen los mitos de la niñez, la inocencia, el amor y la dulzura. Se abolirán todas las amadas

costumbres: la educación, los deportes, las misas, las fiestas de cumpleaños y las navidades. Pero también van a dejar de existir la estafa, las mentiras, la falsedad, el engaño, las apariencias, los crímenes, los abusos, la soberbia. Quedarán sin voz los llantos, los lamentos, la risa y los suspiros. Voy a crucificar a todos los perros domésticos en las crucetas de las iglesias demolidas, y voy a ahogar a los gatos en el vómito de las cloacas abiertas. Acribillo a cada pájaro con balas de plata. Destrucción, devastación, silencio. Finalmente silencio.

Y en ese silencio del principio del mundo, en esa paz impuesta, lograda, recuperada, conseguida a través de la destrucción, el despojo, la muerte, aparecerá tu imagen. Tu imagen luminosa como la de una divinidad, superior, elevada, eterna, tendiéndome los brazos para llevarme lejos, muy lejos. A tu lado.

A tu lado que es lejos.

Lejos de mí.

Lejos de vos.

Lejos.